

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

VULNERABLES

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

VULNERABLES

Carlos Echevarría

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

VULNERABLES Carlos Echevarría

© 2026, Carlos Echevarría. Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de interiores y maquetación: Carlos Echevarría. **Imagen de portada:** Original de Freepik.com con intervención del autor.

Ficha técnica: Echevarría, Carlos VULNERABLES / Carlos Echevarría. - 1a ed. - San Juan: Edición de Autor, 2026. Libro de edición argentina. Materia: Narrativa; Novela ficción psicológica; Literatura contemporánea.

ISBN: 9798287229146

Primera edición: abril de 2026 Impreso en los talleres de Amazon.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

A las nuevas generaciones.

Para que nunca olviden el valor de lo que no se puede publicar.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

ÍNDICE

MODO DIGITAL	11
Todo es ahora	13
Validación, por favor	23
Amigas para el algoritmo	33
¿Y si soy nadie?	43
El reto.....	53
Modo avión	63
La más sola del mundo.....	73
La charla.....	83
Último scroll.....	91
Kilómetro cero	95

MODO CAMPO 107

El pueblo..... 109

El trabajo..... 125

No los conoces 139

Viejas cartas 155

Navidad 171

El viejo mundo 191

Un día en la vida 205

Una mano lava la otra 223

La última cena 237

La despedida..... 247

MODO REALIDAD 261

La vuelta.....

La jungla.....

Vuelta al cole

La carta.....

Todo sigue igual.....

Cambio de planes

El reencuentro.....

Otro mundo

Otra realidad.....

El limbo

El cuaderno

El acto

MENSAJE DE AUTOR

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

MOD0 DIGITAL

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

TODO ES AHORA

Constanza tiene 16 años, un promedio razonable, una rutina marcada por notificaciones, y una sensación flotante de angustia que se escondía detrás de filtros y stickers. Se levantaba con el celular en la mano, dormía con él al lado, lo apoyaba en la piletta mientras se lavaba los dientes, lo dejaba sobre el inodoro mientras se bañaba. No había minuto sin conexión. Todo tenía que ser registrado: la taza de café con espuma que no tomaba, el resumen de estudio que no entendía, la selfie en el ascensor antes de bajar para ir al colegio. La vida entera se daba entre el feed y los estados de sus amigas, que no eran amigas, pero la etiquetaban.

Vivía en un departamento en Palermo, moderno, con ventanales grandes, decoración neutra y plantas que sobrevivían gracias a su madre. La madre, médica clínica, de guardias eternas y silencios largos. Había aprendido a dejarla estar, a no invadirle el cuarto, a solo preguntar lo necesario. Ha dejarla que haga, lo que la hace feliz. Constanza sentía que cada vez que intentaba contarle algo, su madre la miraba con ese gesto que mezclaba cansancio y lástima, como si no supiera si retarla o abrazarla. Así que ya no le decía nada. Para eso estaban las historias de Instagram. Ahí podía lanzar indirectas sin decirlo. Una canción triste, un texto robado de alguna cuenta de frases y una carita llorando. Y listo. El mundo sabía que algo le pasaba. Y ese mundo contestaba: “¿estás bien?”, “te amo”, “contá conmigo”. Después todo seguía igual.

En el colegio las cosas eran parecidas. Tenía un grupo. Se sentaban juntas, comían juntas, criticaban juntas. Pero si ella un día no iba, no la llamaban. Nadie le preguntaba si estaba enferma, si necesitaba algo. Solo mensajes tipo: “faltaste wey jajaja alta paja” o “posta, lo mejor del día fue q no estuvo la Villalba, así hubo paz”. Y, sin embargo, se reía con eso. Como si aceptara que su lugar era ser parte de ese juego de sarcasmos y “microviolencias” cotidianas. Prefería eso a no pertenecer a nada.

Pasaba horas en TikTok viendo videos de gente llorando frente a la cámara, confesando cosas íntimas, hablando de ansiedad, de ataques de pánico, de tristeza. Se sentía menos sola así, aunque después cerrara la app y siguiera sin poder mirar a los ojos a nadie. “Estoy así, pero no tan así”, pensaba. Como si eso la salvara.

Una vez una profesora les pidió que escribieran algo sobre quiénes eran sin su celular. Constanza miró la hoja en blanco durante diez minutos. Escribió: “literal, no sé”. Y lo dejó ahí. Cuando se lo devolvieron, la profe había escrito con tinta roja: “Ese ‘no sé’ ya es un comienzo”.

Ella lo borró con corrector blanco.

Esa era su vida: un scroll infinito, una ansiedad maquillada, una desconexión que dolía más cuanto más likes recibía. Todo era ahora. Todo era ya. Todo tenía que importar y desaparecer al mismo tiempo. No había espacio para el silencio. Ni para ella.

El celular vibró tres veces en menos de un segundo. Constanza lo miró sin levantar la cabeza del escritorio. Un mensaje de Ambar: “¿Vos subiste ese TikTok?”. Otro de Sol: “Literal, quedaste como una psycho, re heavy”. Y uno de Tomás, el chico del curso de al lado que apenas la seguía: “No te tenía así. Full cringe”.

Abrió la app con los dedos temblorosos. Ya tenía más de mil visualizaciones. El video que había grabado a las tres de la mañana, llorando frente al espejo con la canción de moda de fondo, había explotado. No sabía si era por el llanto, por el texto que decía “estoy rota, pero nadie lo nota”, o por ese plano en el que se le caía el rimel sobre la remera blanca. No entendía por qué lo había subido. Bueno, sí lo sabía. Quería que alguien le escribiera. Que alguien, quien fuera, le dijera que no estaba sola.

Pero ahora todos hablaban de eso en el colegio. Se cruzaban videos por WhatsApp. Algunos imitaban su cara llorando. Otros editaban el video con efectos ridículos. Ya no era una chica triste buscando consuelo. Era un meme.

En el recreo, nadie se le acercó. Ni siquiera Ambar, que el día anterior le había dicho que “posta, sin vos, no tiene gracia nada”. En lugar de eso, la escuchó reírse con otros en una ronda, mostrando su celular. “Y después se enojan cuando les dicen que están mal de la cabeza”, dijo alguien. “Alta búsqueda de atención. Qué necesidad”, agregó otro.

Constanza se fue al baño. Cerró la puerta del último cubículo, apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer. Pensó en su mamá, pero descartó llamarla. Estaría en el hospital. Pensó en su papá, pero hacía tres años que no hablaban. Pensó en escribirle a Nacho, pero la bloqueó. Sintió cómo el aire se le hacía espeso, cómo el pecho se le apretaba. Buscó el celular. Abrió Instagram. Ningún mensaje nuevo. Solo dos corazones de una cuenta random y un sticker de fueguito.

Entonces entró una chica al baño. No la vio, pero escuchó su voz: “Dicen que la loca de 4to B está llorando otra vez”. Se rio y se fue.

Constanza salió más tarde, caminando despacio, con los ojos hinchados y la boca seca. En clase, la profesora de historia hablaba sobre la Revolución Francesa, pero todo le sonaba lejano, hueco, como un idioma que no entendía. Miró por la ventana. Quiso desaparecer. No morir. Solo no estar ahí. No ser esa chica rota, ni la del video, ni la de los stickers.

Esa noche no cenó. Su madre llegó tarde y ni preguntó. Solo le dejó un plato en la heladera con un papelito que decía “te quiero”. Ella lo arrugó y lo tiró al tacho sin leerlo. Después se encerró en su cuarto, se tapó hasta la cabeza con la frazada y sintió cómo la tristeza se le metía en los huesos.

Y pensó, por primera vez, que quizás el problema no era el mundo. Era ella.

A la mañana siguiente, Constanza no se levantó. Escuchó el ruido de la cafetera, los pasos apurados de su madre, el portazo de siempre. No quiso abrir los ojos. El cuerpo le pesaba como si alguien le hubiese apagado desde adentro. El celular titilaba sobre la mesa de luz, pero no tenía fuerza ni curiosidad para mirar. Estaba harta de todo: de los mensajes, de los grupos, de las etiquetas, de ser alguien que existía solo cuando aparecía en una pantalla.

Pasó las primeras horas mirando el techo. No había llorado. Ya no. Sentía una especie de frío seco por dentro, como si se hubiese vaciado. La ansiedad seguía ahí, agazapada, pero no tan evidente como antes. No palpitaba, no la agitaba, solo se pegaba a ella como una sombra que no hablaba. Cerró los ojos e imaginó cómo sería desaparecer digitalmente. Borrar sus cuentas, salirse de los grupos, no tener que leer lo que piensan los demás. Pero también sintió miedo. ¿Y si nadie preguntaba dónde estaba? ¿Y si se iba y todo seguía igual?

Por la tarde se obligó a bañarse. El agua caliente le dio un leve alivio, pero apenas salió del baño y vio su reflejo empañado, volvió el malestar. “Parecés un fantasma”, se dijo. Se sentó frente al espejo con la toalla enredada y el pelo chorreando. No se maquilló. No abrió TikTok. No sacó selfies. Por primera vez en meses, no se produjo para la pantalla. Solo se miró. Y no se gustó.

Recordó a Sol diciéndole “sos re intensa, posta”, y a Ambar riéndose cuando contó que aun dormía con una luz prendida. Recordó cuando subió una story mostrando su cama vacía y escribió: “ojalá alguien me espere ahí”. Cuarenta personas la vieron. Ninguna reaccionó.

Intentó escribirle a su madre. “¿Podés venir antes?”. Borró el mensaje. ¿Para qué? Ella tampoco iba a entender.

A la noche, cenaron juntas por primera vez en la semana. La madre le habló de una colega nueva en el hospital, de una guardia complicada, de un paciente que casi muere. Constanza asintió con la cabeza, pero no escuchaba. Solo observaba cómo la mujer se servía más arroz, cómo hablaba sin mirar, cómo no preguntaba nada. Y por dentro, algo se le endurecía.

—¿Pasa algo? —preguntó de pronto su madre, sin levantar la vista.

—No —contestó Constanza.

Silencio. Masticaron juntas unos segundos eternos. Después, la madre se levantó y empezó a lavar los platos.

Esa noche, en su cuarto, se grabó de nuevo. Esta vez no lloró. Solo dijo: “Me rindo. No tengo a nadie”. Y lo guardó en borradores.

Cerró los ojos. Deseó que alguien la viera. No desde Instagram. Desde otro lugar. Pero no sabía cuál. O quién.

Y por primera vez, pensó en que quizás, para poder respirar, tenía que irse. A donde fuera. Aunque le sacara el WiFi. Aunque tuviera que dejar todo atrás.

El lunes llegó como una pared. Constanza se arrastró hasta el colegio con los auriculares puestos, sin música. Solo para que no le hablen. Caminó entre los pasillos como si todo estuviera en cámara lenta. Nadie la saludó. O tal vez sí. Pero no lo notó. En el aula, Sol y Ambar ya estaban sentadas en el fondo, riéndose de algo que pasaba en sus celulares. No levantaron la vista. Ella se sentó adelante, por primera vez en su vida. Nadie lo comentó. Ni siquiera la profesora de Biología.

Durante la clase, se conectó al grupo de WhatsApp solo para ver qué decían. “No lo puedo creer, literal, qué cringe todo lo de la Connie”, leyó. Y más abajo, una captura de su último video llorando. El que creyó que había borrado. No lo había subido. Alguien lo había guardado y reenviado. Con emojis de risa. Con stickers de su cara llorando.

Se le cerró el estómago. El mundo entero se encogió en esa pantalla. La vergüenza le explotó en la cara como un cachetazo. Miró hacia atrás. Todos estaban mirando sus teléfonos. Sabía lo que veían. Ella misma. Su llanto, su cara destrozada, su voz temblorosa. “Alta víctima”, decían los comentarios. “Red flag total”, “canceladísima”, “qué necesidad de dar lástima”.

Se levantó. Nadie se inmutó. Salió del aula. Atravesó el patio sin mirar a nadie. Fue directo al baño del segundo piso. Se encerró en el cubículo más alejado. No lloró. No gritó. Solo se sentó sobre la tapa del inodoro con las piernas encogidas y el celular entre las manos. No quería mirar, pero no podía soltarlo.

La ansiedad le apretaba el pecho como una garra. No podía respirar bien. Quiso llamar a su madre, pero no lo hizo. ¿Qué iba a decirle? ¿Que la odiaban? ¿Que estaba sola? ¿Que tenía ganas de desaparecer?

Abrió TikTok. Su cara estaba en tres videos diferentes. Gente que no conocía haciendo duetos, burlándose. Uno imitaba su llanto con una peluca. Otro le ponía un filtro de payasa. Tenían miles de likes.

Constanza se quedó mirando su propio rostro, congelado en una mueca de dolor que ahora era meme. Le temblaban los dedos. Quiso borrar todo. Su cuenta, su nombre, su historia. Pero no sabía cómo. Todo se le salía de las manos.

Sonó el timbre. Vuelta a clase. No se movió. Se quedó ahí, con la espalda contra la pared, tragando saliva para no llorar. Por un momento, deseó no existir. Solo dejar de ser un archivo, una imagen, una burla.

“Esto no va a parar”, pensó. “No tengo escape”.

Y en ese instante, con el corazón acelerado y las manos heladas, supo que algo tenía que cambiar. Que tenía que salir de ahí. Literalmente.

Pero todavía no sabía cómo.

Volvió a casa sin hablar. Ni una palabra durante todo el camino. Ni siquiera con el chofer del Uber que su madre le pidió por la app. Abrió la puerta con su llave, subió directo a su cuarto y se encerró. Tiró la mochila al suelo, se quitó las zapatillas con un movimiento torpe y se dejó caer en la cama. Boca abajo. El celular quedó encendido, vibrando cada tanto sobre la almohada.

Estuvo así más de una hora. El ruido del mundo seguía adentro del aparato, como una marea invisible. Notificaciones, mensajes, menciones, capturas, risas que no escuchaba pero imaginaba. No tenía fuerzas para borrarlo todo. Tampoco para enfrentarlo. Cerró los ojos, sin dormir, solo para no ver más.

La puerta del cuarto se entreabrió sin golpear. La madre se asomó con la expresión cansada de quien está aprendiendo a leer lo que no se dice.

—¿Comiste algo? —preguntó despacio.

Constanza negó con la cabeza, sin moverse.

—¿Querés que prepare algo?

Silencio.

—Bueno. Avisame si necesitás algo —agregó la madre, con esa voz que mezcla ternura y rendición.

Antes de cerrar, dejó una bandeja sobre el escritorio. Dos tostadas, un vaso de jugo. Nada más.

Cuando el sol ya había bajado y el cielo se llenó de tonos apagados, Constanza se sentó en la cama. Tomó una de las tostadas, la mordió sin hambre, solo por hacer algo. Miró el celular con odio y miedo al mismo tiempo. No lo tocó.

En ese momento, notó algo raro. Una notificación distinta. Un mensaje privado en una red que casi no usaba. Era de Clara, una compañera de otra división. Casi no hablaban. El mensaje decía:

“Vi lo que te hicieron. Es una mierda. Si querés hablar, estoy.”

No respondía a nadie desde la mañana, pero a Clara sí. Solo un emoji. Una carita con los ojos llenos de lágrimas. Era lo más sincero que podía ofrecer.

Clara contestó con un sticker que decía “te banco”. Y algo en Constanza se aflojó. Un poquito. No era una solución. Ni siquiera un alivio. Pero era un gesto humano entre tanto algoritmo. Un puente mínimo.

Por primera vez en días, bajó al comedor por su cuenta. Se sirvió una sopa. No habló. Pero su madre tampoco preguntó. Le alcanzó el pan y le tocó el brazo con suavidad. Como si no hiciera falta decir nada.

Esa noche, Constanza apagó el celular antes de dormir. No lo puso en modo avión. No lo dejó cargando. Lo apagó. Entero. Lo deslizó bajo la almohada y se acurrucó sin auriculares. Le costó dormir, pero cuando lo hizo, no soñó con likes ni con pantallas.

Soñó con un lugar donde nadie la señalaba. Donde nadie la grababa. Un lugar que no conocía, pero que sentía cercano.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

VALIDACIÓN, POR FAVOR

El celular vibró tres veces en menos de un minuto. Constanza apenas pestañeó. Estaba en modo automático, con la mirada perdida entre la pantalla y la nada. Eran notificaciones de Instagram, pero ya ni las leía. Las veía como números. Solo eso. Veintitrés me gusta en menos de cinco minutos. Ciento cuatro vistas en su historia. Cinco nuevos seguidores. Un emoji de fuego de un chico que apenas conocía. Todo sumaba, pero ya no sentía nada. Era como si cada "like" fuera una gota más en un balde que ya estaba desbordado, pero igual seguía intentando llenarlo.

Estaba sentada en la punta de la cama, con la espalda encorvada y los auriculares puestos, aunque no escuchaba música. Solo los llevaba por costumbre, como una armadura invisible. La habitación estaba iluminada por la luz azulada del celular y las luces LED pegadas al borde del espejo, que cambiaban de color cada diez segundos. Su mamá cruzó por el pasillo, habló por teléfono con alguien del hospital y cerró la puerta de su cuarto sin saludar. Otra vez.

“Literal, a nadie le importa”, pensó Constanza, abriendo TikTok.

El algoritmo la entendía mejor que cualquier persona. Le mostraba exactamente lo que quería ver: bailes, challenges, chicas que hablaban de cómo superar un bajón, consejos para tener la piel perfecta, chicos que contaban sus traumas con música de fondo y

subtítulos en rosa pastel. Todo tan igual, tan predecible, tan... cómodo.

Hacía scroll con un dedo mientras el otro sostenía una cookie mordida. Estaba llena, pero seguía comiendo. Había pasado la tarde entera editando una foto en VSCO, retocando imperfecciones que nadie notaría salvo ella. La subió a su perfil con una frase que había copiado de Pinterest: "Healing in progress". Veinte comentarios en una hora. Casi todos con emojis. Casi todos vacíos.

“Estás hermosa”, puso Delfi.

“Siempre tan diosa”, escribió Sofi.

“Alta piel”, sumó otra.

Constanza respondió a todos con un “☐💖”, aunque no leyó más allá del primer renglón. Su cuerpo estaba ahí, pero su cabeza flotaba en otra parte. Miró el espejo. Se bajó la remera y revisó si tenía panza. Puso la panza dura, después la soltó. Se sacó una foto de perfil. No la guardó. Se sacó otra, y otra. En todas se veía distinta. En todas, igual de desconocida.

El timbre sonó. Ni se inmutó.

Su mamá pasó otra vez, le dejó una bandeja con comida en la mesa de luz.

—Comé algo, Coni —dijo, sin mirarla—. Después me voy de guardia.

—Sí, ya voy —respondió ella, sin levantar la vista.

La puerta se cerró suave, como si fuera una despedida programada.

Ahí estaba, llena de notificaciones, con el plato lleno, pero vacía. El celular vibró de nuevo. Una chica que ni conocía le había dado like a una historia vieja. “Capaz me stalkea”, pensó. Y sonrió, sola, por primera vez en todo el día.

A la mañana siguiente, Constanza se levantó con los ojos secos. No había llorado, pero sentía como si hubiera pasado toda la noche haciéndolo. El primer reflejo fue agarrar el celular. Ciento treinta y dos likes, nueve comentarios, tres mensajes nuevos. Nada de eso le provocó lo que esperaba. Ninguna cosquilla en el pecho, ningún impulso de sonreír. Los dedos se movieron igual. Responder, compartir, reaccionar. Automata.

Mientras se lavaba la cara, escuchó que su madre hablaba en voz baja por teléfono desde la cocina. Constanza se quedó quieta, con el rostro mojado, intentando captar palabras sueltas.

—...sí, la noto apagada —dijo la madre—. Pero bueno, es la edad. Todos están así ahora, ¿no?

“Todos están así ahora”, repitió Constanza en su mente, tragando saliva. “No es nada”. “Es normal”. La invisibilidad disfrazada de diagnóstico generacional. Dio un portazo al entrar al cuarto. Quería que la escuchara, que se asomara, que dijera algo. No pasó.

Subió una historia: una selfie con filtro que le achicaba la nariz. “Mood: indetectable ☐”. Le puso una canción triste de fondo. Cuando empezó a llover, sintió que al menos el clima la entendía.

El grupo de WhatsApp de sus amigas estaba lleno de stickers. Se estaban organizando para ir a una fiesta el sábado. Nadie la había mencionado directamente. Ni un “vos venís, Coni?”. Leyó todo en silencio, con los dedos helados. Escribió “capaz voy”, pero no

apretó enviar. Lo borró. Puso “alta paja”. Lo borró. Dejó el celular a un costado. Miró el techo. Lo volvió a agarrar. Abrió Instagram. Una chica del colegio posteó una foto con el filtro que ella había usado ayer. Mil doscientos likes. Comentarios de gente que jamás le comentaba a ella. Sintió una punzada caliente en el pecho. Como si estuviera siendo reemplazada sin que nadie lo notara.

Subió otra historia. Un primer plano de sus ojos con glitter y una frase que no sabía si era una indirecta o un pedido de auxilio: “A veces el ruido no tapa el silencio”. Vio quién la había visto. Scroll. Actualizar. Nada. Nadie relevante.

Su mamá abrió la puerta sin golpear.

—¿Todo bien? ¿Comiste?

—Sí.

—¿No querés que charlemos un poco?

Constanza la miró sin expresión. Después bajó la vista.

—Estoy editando un video, má. Después.

La madre dudó un segundo, luego cerró la puerta.

Constanza se quedó sola, otra vez. El reflejo en la pantalla la mostraba perfecta, pero sentía que se estaba desdibujando. Como si cada día fuese una nueva capa de maquillaje sobre un rostro que ya no reconocía.

Los mensajes seguían llegando. Pero no de las personas que necesitaba. No como los necesitaba. Le daban corazones, pero no la miraban. Le escribían “diosa”, pero no le preguntaban cómo estaba.

Y de pronto, la pantalla dejó de tener sentido. Por un segundo, solo por uno, se le cruzó por la mente: “¿Y si no posteo nada más?”

Y ese pensamiento, fugaz y prohibido, la asustó.

El martes llegó sin entusiasmo, con la rutina pegajosa de siempre. El colegio, los pasillos con olor a desinfectante barato y las miradas de reojo que no decían nada. Constanza caminaba con los auriculares puestos, sin música, como siempre. En su cabeza, todo era ruido. Ruido que no venía de afuera, sino de adentro. Ese murmullo constante de pensamientos que se pisaban entre sí: “No soy suficiente”, “Soy un fantasma con buen filtro”, “A nadie le importa lo que siento mientras lo que muestro sea lindo”.

En el aula, se sentó junto a Delfi y Cata. Las dos hablaban de una nueva influencer que había hecho un “get ready with me” llorando, y cómo eso había hecho que le subieran cincuenta mil seguidores en un día.

—Re loco cómo te puede servir estar rota —dijo Delfi—. Tipo, el dolor vende. Es una estrategia ya.

—Alta manipulación emocional, mal —agregó Cata—. Pero si te sale bien, te haces viral en dos segundos.

Constanza las escuchaba, pero no participaba. Le ardía la garganta y tenía las manos frías. ¿Ella también era eso? ¿Un perfil más que simulaba ser algo que ya no sentía? El viernes había posteado una foto vieja con un texto dramático. “Nadie entendió nada”, pensó. O tal vez sí, pero nadie quiso preguntarle si estaba bien. Porque no era parte del juego.

El profesor de Lengua pidió un trabajo sobre identidad. “Algo personal, algo que los represente”. Varios bufaron, otros rieron. Constanza apretó los dientes. Identidad. ¿Qué significaba eso ahora? ¿Un feed? ¿Un nickname? ¿Un número de seguidores?

Durante el recreo, se cruzó con Martina, la chica a la que todas evitaban desde que dijo en TikTok que no le gustaban las chicas, pero tampoco los chicos. Constanza la saludó con un movimiento mínimo de cabeza. Martina le devolvió una media sonrisa. En esa micro conexión, sintió algo raro. No simpatía. Algo más básico: presencia. Alguien que también estaba rota, pero al menos lo mostraba sin filtros.

Cuando volvió a casa, su madre no estaba. Había dejado un post-it en la heladera: “Turno doble. Te dejo viandas. Te quiero. Mamá.” Constanza lo leyó sin sentir nada. Encendió el horno, metió lo del tupper sin mirar, y se fue al cuarto.

En la cama, scroll tras scroll, empezó a notar algo. Su última historia tenía menos vistas que de costumbre. Había dejado de postear seguido, y eso empezaba a tener consecuencias. “El algoritmo te castiga si desapareces”, pensó. Su corazón se aceleró. ¿Y si dejaba de existir también fuera de la pantalla?

Subió una selfie improvisada. Escribió: “¿Me ven?”. Sin emojis. Sin nada más.

Esperó.

Veinte minutos.

Una vista. Dos. Cinco.

Cero respuestas.

La ansiedad subió como fiebre. Se tocó el pecho. No era solo angustia. Era pánico. Como si estuviera perdiendo el único idioma que sabía hablar: la atención.

Y por primera vez en mucho tiempo, no supo qué postear después. La comida se quemó en el horno. No comió, tuvo que limpiar todo para que la madre no se de cuenta.

No podía dormir. Se había acostado a las once, pero eran las tres y seguía con los ojos abiertos, clavados en el techo. La habitación parecía más chica que nunca. Las luces del router parpadeaban como un recordatorio de que todo seguía conectado, menos ella. Había bajado la intensidad de la pantalla, quitado el modo noche, puesto música lo-fi, abierto tres aplicaciones distintas y, aun así, el vacío seguía ahí, intacto, como si no hubiera forma de distraerlo.

Abrió Instagram de nuevo. “¿Me ven?” seguía con siete vistas. Ningún corazón. Ningún mensaje. Ni un “jajaja”. Nada. Entró al perfil de Delfi. Una foto en la terraza, con el atardecer atrás y un pie de foto que decía: “Tardes que curan”. Ciento treinta y dos me gusta en media hora. Comentarios de amigas, emojis, fuegos, corazones. Cata la había compartido en su historia: “Reina total”.

Sintió una punzada en el estómago. No era envidia. Era exclusión. Como si hubiese quedado fuera de un idioma, de un club, de un lugar. Apagó el celular. Lo volvió a encender. Apagó el WiFi. Lo volvió a prender. Volvió a mirar el post. Nada nuevo. Literal, nadie. Se dijo que no le importaba, pero no podía evitar volver a mirar.

Se levantó, fue al baño, se miró al espejo. Tenía los ojos hinchados. La cara apagada. Volvió a su cuarto, prendió la luz. Se sacó una foto. Intentó editarla. Ajustó brillo, contraste, suavizó la piel, agrandó un poco los ojos. Quiso subirla con una frase irónica, tipo “insomnio estético”, pero no encontró la gracia. La borró.

Entró a TikTok. Empezó a grabar un video. “Cuando nadie responde tu historia y pensás que estás muerta pero no es lo

suficientemente dramático como para hacer un descargo porque obvio que no querés llamar la atención, pero... sí querés". Se detuvo. Lo miró. No sabía si era gracioso, triste o patético. Lo borró.

Se tumbó boca abajo y empezó a llorar en silencio. No como en las películas. No de forma épica. Era más como una pérdida lenta de aire, como si se desinflara. No podía explicar qué dolía, pero dolía. No había pasado nada en particular. No la habían insultado, ni cancelado, ni traicionado. Solo no estaba. Era invisible. En la vida real y en la virtual. Y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

En el fondo del cuarto, el celular vibró. Un mensaje. Se levantó de un salto. Corrió. Era una publicidad de una app de meditación. Se sentó en el piso, con el celular en la mano, sin poder soltarlo ni usarlo.

Y por primera vez, se le cruzó una idea que no había querido pensar antes: ¿Qué pasaría si desapareciera de verdad?

Cuando amaneció, el cuarto olía a encierro y a una tristeza que no se veía, pero que había dejado marcas. Constanza no recordaba haberse dormido, pero despertó vestida, con el celular a su lado, la batería agotada, la luz del velador todavía encendida. Abrió los ojos con dificultad. Sentía como si la hubiese aplastado un tren emocional. Todo el cuerpo le pesaba.

Se quedó ahí, sin moverse, mirando el techo, escuchando los ruidos de la casa. El microondas. El agua cayendo en la pava. Su madre hablando por teléfono, seguramente con algún paciente. Otra vez el tono clínico, neutro, despersonalizado. "Sí, eso es común con ese antibiótico. No se preocupe. Si persiste el cuadro, vaya a la guardia". Silencio. Y después otra vez: "Sí, buen día".

Se tapó la cabeza con la almohada. Quería que el mundo dejara de existir cinco minutos. Solo cinco. Que el sol no saliera. Que no tuviera que responder nada. Que nadie le hablara. Que todo el universo hiciera un silencio piadoso por un rato.

Pero no. Su madre golpeó la puerta.

—Coni, ¿bajás a desayunar?

Constanza no respondió.

—¿Estás despierta? —insistió la voz.

—No sé —dijo ella, lo suficientemente alto como para ser escuchada, lo suficientemente bajo como para no empezar una conversación.

La puerta no se abrió. Su madre no preguntó más. Silencio.

Cuando finalmente se levantó, bajó con el celular apagado. No por decisión heroica. Simplemente se había muerto la batería y no tenía energía ni para enchufarlo. Se sentó en la mesa. Había café, tostadas, manteca. Todo parecía normal. Incluso aburridamente normal. Su madre estaba frente a la notebook, tipeando.

—¿Dormiste bien? —preguntó sin mirarla.

—No mucho.

—Tenés ojeras —dijo, apenas levantando la vista—. ¿Estás bien?

Constanza dudó un segundo.

—Más o menos.

Hubo un segundo de pausa. Su madre asintió, como si esa fuera una respuesta suficiente. Como si estuviera ocupada en cosas más importantes.

—¿Querés que te saque turno con mi amiga que es psicóloga?
—dijo, con el mismo tono con el que podría haber ofrecido cambiar una llanta pinchada.

—No —respondió Constanza, seca.

Después de un rato, su madre volvió al teclado. Y Constanza se quedó ahí, en silencio, con el café frío, la mirada perdida, y una frase girando en la cabeza como una mosca: “Si no tengo likes, no existo”.

Se fue a su cuarto, enchufó el celular y lo dejó boca abajo. No lo quería prender. No todavía. Se acostó en la cama y miró el techo, otra vez. Pero esta vez respiró hondo. Lento. Cerró los ojos. Imaginó el silencio como una sábana que le tapaba los hombros.

Tal vez solo necesitaba parar un poco.

No dejar el mundo. Solo bajarse un ratito.

AMIGAS PARA EL ALGORITMO

Apenas llegó a lo de Delfi, la casa ya estaba iluminada como un set de rodaje. Aros de luz, trípodes, parlantes, almohadones con frases tipo "Good Vibes Only" y una mesa larga llena de snacks armados con el cuidado de quien sabe que lo importante no es el sabor, sino la estética. Constanza se sacó las zapatillas y dejó su mochila en un rincón. Estaban todas: Delfi, con su pelo planchado imposible y su sonrisa de feed curado; Martu, grabando una historia con un filtro de mariposas y voz aniñada; y Lola, que ya tenía en la mano una botella de algo con gas y mucho colorante.

—¡Por fin, boluda! ¿Vivís en otra dimensión o qué? —le dijo Martu sin sacarle la vista al celular.

—Me quedé sin batería —respondió Constanza, sin convicción.

—Cringe —murmuró Lola. —Literal, morir sin cel es como morir posta.

Se rieron. Constanza también, por reflejo. Se metió en la escena como quien se lanza a una pileta sin saber si está llena. Delfi ya estaba armando una coreo para TikTok.

—Onda que vamos a hacer una transición para arrancar, después tipo retos, y a la noche hacemos el unboxing del maquillaje nuevo. Vos filmá cuando digamos, ¿ok?

Constanza asintió. Ése era su rol. Sujetar el celu. Encender el aro. Repetir la toma si no salía bien. "Sos re buena en eso", le había dicho una vez Delfi. Y Constanza lo tomó como un cumplido, aunque sabía que en realidad quería decir: "sos la que no compite con nosotras por la cámara".

La noche avanzaba entre selfies ensayadas, canciones a gritos y filtros que deformaban la cara hasta volverla aceptable. Entre risas y pasos, llegaron los comentarios.

—Che, ¡y si invitábamos a Nati?

—Alta paja, esa siempre corta el mood. Re intensa. Full red flag.

—Encima no sube nada. No tiene feed desde abril. Es como que... ni existe.

Risas. Una carcajada cínica. Delfi miró a Constanza.

—Vos hablas con ella, ¿no? Onda... no te enojas si la boludeamos un poco.

Constanza no supo qué decir. Solo se encogió de hombros. Un "meh" disfrazado de neutralidad. No dijo que sí. Pero tampoco dijo que no. Y esa fue su primera traición.

A la medianoche hicieron una "exposición". Abrieron los perfiles y empezaron a stalkear. Capturas, risas, zooms. Nati fue la primera. Apareció una foto de ella con un buzo amplio, sin maquillaje.

—Onda... ¡mirá esta cara! Es como un antes del antes del antes.

—Alta foto para terapia.

—¡Subíla a close friends, Consti!

Y sin pensar, Constanza lo hizo. Solo una historia. Diez segundos. Un emoji de payaso. Un gesto. Una debilidad.

El cuarto se llenó de risa. La noche siguió. Pero algo en el pecho de Constanza se hundió un poco. Como si en vez de subir una historia, hubiera bajado un escalón. Nadie lo notó. Porque en la era de los filtros, todo se ve bien si está bien iluminado.

El piso de la pieza estaba alfombrado con colchones inflables y mantas de colores pasteles. Afuera lloviznaba, y el sonido del agua contra los ventanales le daba a la escena un aire de encierro elegante, como de película teen. Las chicas seguían grabando, posando, editando. Había pasado más de una hora desde que Sofi fue apartada del grupo sin que nadie lo dijera en voz alta. No era explícito. No era cruel. Pero era real.

Constanza alternaba entre actuar e imaginar cómo se vería todo desde afuera. Si alguien ajeno pudiera ver lo que pasaba, ¿pensaría que eran malas? ¿Superficiales? ¿O simplemente adolescentes jugando a ser famosas? Sintió un nudo en el pecho. En otra historia, Emma la había etiquetado con un “la más diosa del finde” y eso había traído una pequeña avalancha de reacciones. Corazones. Fuegos. Comentarios tipo “bomba” y “iconic”. Esa noche su perfil había subido 87 seguidores nuevos. Pero en el estómago, algo se retorció.

—Boluda, subí esta que salís re bien —dijo Julieta, mostrándole la pantalla.

Constanza la miró y asintió sin ganas.

—¿Todo bien con vos? —preguntó Julieta al notar el gesto raro.

—Sí, re. Solo... estoy medio cansada.

—¿Cansada de qué, si no hicimos nada? —tiró Emma desde el otro lado, sin mirarla.

—Del colegio, qué sé yo —respondió Constanza, forzando una sonrisa.

Nadie notó que Sofi se había metido al baño hacía rato. Ni que había salido con los ojos hinchados. En otra escena, en otra vida, tal vez alguien habría preguntado. Pero ahí, cada una estaba más pendiente de su celular que del cuerpo que tenía al lado. La cámara frontal captaba mejor que la mirada.

Más tarde, cuando apagaron las luces y se acomodaron para “dormir” (o más bien seguir scrolleando en la oscuridad), Constanza quedó cerca de la ventana. Se tapó hasta la nariz, el celular escondido entre la almohada y el colchón, la pantalla baja, solo un leve resplandor azul que le dibujaba la cara. Subió una historia con boomerang: un paneo rápido de las chicas riéndose en la cama. Puso un sticker de glitter y escribió: “noche random con las mejores”.

Antes de publicar, dudó. Miró a Sofi, que estaba recostada del otro lado, sola, fingiendo dormir con los auriculares puestos. Tenía el celular boca abajo sobre el pecho. No había sonreído en horas. No aparecía en ninguna story.

Borró el texto. Escribió otro: “noche random con el algoritmo”.

Y lo dejó en borradores.

Luego, cerró los ojos y deseó, por primera vez, que nadie más le escribiera. Que el mundo digital se callara un rato.

Pero no. Vibró la pantalla. Peter había reaccionado con un corazón. “💖”, decía. Sonrió sin querer. Y se odió por eso.

Cuando abrió los ojos, todavía era de noche. La habitación estaba a oscuras, interrumpida apenas por el parpadeo intermitente de una tira LED morada que Emma había pegado sobre la repisa. Constanza no sabía si había dormido o solo se había desconectado por un rato. Sentía la cara caliente, los ojos secos. Buscó el celular a tientas, pero ya no tenía batería. El ícono rojo de advertencia le devolvió una especie de vacío que le cayó como una piedra en el pecho. Se lo quedó mirando unos segundos, como si no pudiera creer que ya no estuviera ahí, vibrando, iluminando, llamando su atención.

Se incorporó en silencio, cuidando no despertar a nadie, y caminó hacia el baño. Sofi estaba sentada en el piso, contra la pared, con los auriculares puestos, pero sin música. Solo estaba ahí, quieta, abrazándose las rodillas. Tenía la mirada baja y el maquillaje corrido. Constanza se quedó en la puerta, paralizada, sin saber si entrar o no. Quiso decir algo, pero no encontró palabras.

—¿Tenés cargador? —fue lo único que dijo, casi en un susurro.

Sofi no contestó. Se limpió la cara con la manga del buzo y se levantó. Caminó hacia ella sin mirarla.

—No, sorry —murmuró, y la esquivó.

Constanza se sintió miserable. No sabía si era por lo que había pasado con Sofi, o por la necesidad absurda de volver a tener batería. O por darse cuenta de que no tenía ni idea de cómo hablar con alguien que estaba mal sin usar un emoji.

Volvió a acostarse en su colchón, pero no pudo volver a cerrar los ojos. Pensó en Sofi. En cuántas veces había revisado si le había contestado. En la historia que había dejado en borradores. En los

seguidores nuevos. En cómo, a pesar de todo, se sentía cada vez más invisible. Más sola.

Escuchó murmullos del otro lado. Julieta y Emma se reían bajito, susurrando algo sobre una foto de alguien del colegio. Una captura de pantalla circulaba de un celular al otro. Risitas, zumbidos, risitas. No necesitó ver para saber lo que hacían. Bullying digital, envuelto en filtros y stickers de ositos. Sofi era la protagonista.

Por impulso, se levantó de nuevo.

—Che, cortenla —dijo, en voz baja pero firme.

El silencio fue inmediato.

—¿Qué te pasa a vos ahora? —dijo Julieta, sin levantar la cabeza.

—Nada, solo... qué sé yo, no da. Están bardeando a alguien que está acá, literal.

Emma se acomodó entre los almohadones.

—Dale, Consti, no exageres. Siempre jodemos así. Ella ni se entera.

—Está llorando en el baño hace como dos horas —soltó Constanza, sin saber de dónde le había salido tanta verdad junta.

Julieta frunció la boca. Emma hizo un gesto como si no le importara.

—Drama queen —dijo.

Constanza volvió a acostarse sin decir más. No sabía si lo que había hecho la volvía mejor persona o más hipócrita. Porque, en el fondo, ella también se había reído al principio. Ella también había sacado la foto. Y eso dolía más que cualquier comentario.

No supo si fue el frío que le subía por la espalda o la incomodidad de saberse parte del daño. Lo cierto es que no pudo volver a dormir. El reloj marcaba las 5:47 cuando el primer rayo de sol entró apenas por la ventana con black out mal cerrado. Constanza seguía con los ojos abiertos, boca seca, la mente repitiendo en loop la imagen de Sofi sentada en el piso, sola, con la cara manchada de rímel. Le daban arcadas. No por lo que había visto. Por lo que había hecho. Por lo que no había hecho.

Cuando todas despertaron, la pijamada se transformó otra vez en un set de grabación. Emma acomodaba el aro de luz, Julieta repasaba el guión de un video tipo “mañana aesthetic de mejores amigas”, y Valen retocaba su delineado con pulso de cirujano. El baño era un caos, la cocina, peor. Pero todo eso era parte del “encanto” de la escena. Caos controlado, mugre que no se nota, desorden cool.

—¿Sofi está durmiendo todavía? —preguntó Emma, sin levantar la vista.

—No sé, creo que se fue —respondió Valen, deslizando el dedo por su pantalla.

Constanza se congeló.

—¿Cómo que se fue?

—Sí. Subió una historia hace una hora. Está en su casa.

Sacaron el celular para chequear. Sofi aparecía abrazando a su gato, con la frase “mi lugar seguro 🖤” sobre un fondo grisáceo. Silencio. Ninguna dijo nada. Emma hizo un puchero falso, exagerado.

—Ay, se pone dark y ya quiere atención.

Julieta se rio por lo bajo.

—Alta drama. Igual seguro se fue sin avisar para que preguntemos por ella.

—¿Y si no? —preguntó Constanza.

Emma la miró con cara de aburrida.

—¿Y si no qué?

—¿Y si está mal posta? ¿Y si se fue porque la hicimos mierda?

—Ay, cortala, Consti —saltó Julieta—. Literal, si le jodía algo, lo decía. ¿No?

—Capaz no —dijo Constanza, bajando la mirada.

La tensión flotaba como humo espeso. No era el tipo de tensión que termina en gritos, sino la que se cuele en los espacios vacíos, en los segundos donde nadie dice nada. En los momentos donde todo suena falso. Emma volvió a encender el aro de luz.

—Dale, pongamos cara de dormidas y grabamos.

Constanza no se movió. Se quedó sentada, mirando cómo se armaba la escenografía de una mentira compartida. Sintió náuseas de nuevo. Todo le parecía hueco, predecible, decorado. Se levantó del colchón y fue directo a la cocina. Nadie la siguió.

Abrió la heladera, no tenía hambre. Tomó un vaso de agua, lo apoyó sin tomar. Apoyó las dos manos en la mesada y respiró hondo. Una, dos, tres veces. No sabía qué hacer. Pero tampoco quería seguir ahí. No así. No en ese papel.

Volvió al living, agarró su mochila y el cargador portátil.

—¿Qué hacés? —preguntó Emma.

—Me voy.

—¿Por?

—Porque sí.

—Dale, boluda, era un chiste —intentó suavizar Julieta.

—Sí, re gracioso —dijo Constanza—. Alta paja todo esto. Posta.

Y se fue, con el corazón a mil, los ojos húmedos y sin tener la más mínima idea de a dónde.

No caminó mucho. Apenas unas cuadras en zapatillas prestadas, con el celular sin batería y el cargador colgando como una extensión absurda de su culpa. Las calles de Palermo empezaban a poblarse de runners, deliverys y mamás apuradas con chicos en uniforme. Todo era movimiento ajeno, un ritmo que no tenía nada que ver con ella. Se sentó en la vereda, al lado de un árbol flaco que luchaba por no secarse. Apoyó la frente en las rodillas y cerró los ojos.

No lloró. No podía. Sentía una mezcla espesa entre bronca y vacío. Bronca por no haber hecho nada antes. Vacío por no saber quién era cuando no hacía lo que las otras querían. Se preguntó si Sofi estaría llorando. Si estaría enojada. Si la odiaba. Si tenía razón para hacerlo.

Sacó el celular. Pantalla negra. Muerto. Como todo.

—Literal, no existo —murmuró.

Después de un rato, caminó hasta la estación de subte. Decidió ir a su casa. No tenía más ganas de fingir ni de posar para nadie. Entró sin hacer ruido. La madre dormía. O eso creyó. En la cocina, el desayuno de siempre: tostadas secas, mate frío. Notas pegadas en la heladera. “Te quiero. Hoy hasta tarde. Mamá”. Siempre escritas igual. Como si el cariño viniera en plantilla.

Subió a su cuarto. Se tiró en la cama sin cambiarse. El cuarto le pareció más chico, más hostil. Las fotos en la pared ya no decían nada. Las luces LED titilaban como una discoteca descompuesta. Todo tenía algo de ajeno. Abrió el cajón y sacó su cuaderno viejo. Uno que usaba antes, cuando aún dibujaba. Hacía años que no lo abría.

Lo hojeó sin buscar nada. Encontró un dibujo de cuando tenía doce: ella, Sofi y Emma, disfrazadas de heroínas, capa y antifaz incluidos. En ese momento, todo parecía más simple. Lo cerró. Dejó el cuaderno a un lado. Tomó una lapicera y una hoja nueva. Empezó a escribir. No algo para subir. No algo para mostrar. Solo una frase:

“No quiero ser parte de algo que lastime a alguien que quiero.”

La releyó. Una, dos, tres veces. No sabía si era valiente o cobarde. Pero era honesta. Por primera vez en mucho tiempo, lo que sentía y lo que hacía empezaban a coincidir. Se quedó dormida con la hoja en la mano. Y en su sueño, Sofi no lloraba. Le sonreía. Le decía que estaba bien. Que ya estaba. Que no importaba el video, ni los likes, ni lo que dijeron. Que había visto lo que Constanza escribió. Y que le había alcanzado. Al despertar, no supo si fue real. Pero le gustó creer que sí.

¿Y SI SOY NADIE?

Las luces del techo parpadeaban cada tanto, como si también estuvieran agotadas. Constanza miraba el celular sin tocarlo. El brillo de la pantalla le devolvía su reflejo, pero no el de una chica contenta con su vida. Más bien parecía una sombra encendida por dentro, esperando likes como quien espera que alguien le diga que está viva. Estaba en su cuarto, rodeada por objetos que alguna vez le habían importado: polaroids pegadas con cinta washi en la pared, peluches que ya no abrazaba, libros que había comprado solo porque los vio en TikTok. Todo eso ahora le parecía... ruido. Cosas que antes le definían y ahora ni siquiera recordaba por qué las tenía.

En la cama, a medio hacer, su gato dormía ajeno a todo. Constanza agarró el celular, abrió Instagram, scroll infinito. Historias repetidas, filtros reciclados, las mismas caras en distintos cuerpos. Like, like, like. Paró. Cerró. Abrió TikTok. Un video de una chica llorando con un cartel que decía “¿alguna vez sentiste que no le importás a nadie?”. Lo miró sin pestañear. Lo volvió a mirar. No era la actuación lo que la enganchaba, era la sensación de familiaridad, como si le hubieran hackeado el pecho y lo hubieran puesto en pantalla.

La pijamada del día anterior había sido un éxito en redes: más de mil visualizaciones en menos de 24 horas. El video de las galletitas con forma de emojis, el challenge del pijama, la guerra de almohadas fingida y editada en cámara lenta, todo eso había generado un mini

boom entre sus seguidores. Pero ahora, al verlo desde el presente, se sentía incómodo. Falso. Forzado. Se veía feliz en los videos, sí. Se reía, posaba, hacía comentarios graciosos. ¿Pero cuándo había sido sincera?

Tiró el celular al costado, sin ganas de seguir. Se tapó hasta la nariz con la sábana y se quedó quieta, escuchando su propia respiración. Pensó en sus amigas. Bueno, “amigas”. Abril, que nunca le hablaba si no era para subir algo juntas. Malena, que se pasaba la mitad del tiempo criticando a otras y la otra mitad auto editándose para no ser una de ellas. Y después, ella. Constanza. Que decía sí a todo, que sonreía por compromiso, que había subido el video donde claramente se estaban burlando de Sofi y ni siquiera había dicho nada.

Algo en su estómago se movió, como un nudo apretado. Cerró los ojos. La noche era espesa y callada, pero su cabeza hacía más ruido que todo Palermo un sábado a la noche. Quiso llorar, pero no podía. Era como si la tristeza estuviera en modo avión, inalcanzable, flotando en algún lugar al que no sabía llegar. Se sintió vacía. No triste, ni enojada. Vacía. Como si no quedara nada real. Solo una Constanza digital, curada, editada, compartida. Y ninguna Constanza de verdad.

A la mañana siguiente, el sol filtrado por la persiana le arrancó un bostezo seco. Constanza no recordaba en qué momento se había dormido. El celular, tirado al lado de la almohada, aún tenía batería. Lo desbloqueó con el rostro casi dormido. Veintisiete notificaciones nuevas, todas de historias en las que la habían etiquetado. Memes, reposts del video, emojis de fueguito, algunos comentarios tipo “alta queen” o “literal, las más”. Sonrió un poco, por reflejo. Después, nada. Era como comer algo con mucho olor, pero sin gusto.

Se sentó en la cama. Miró los mensajes de WhatsApp. El grupo de “Las Full Lunitas” estaba explotado. Abril mandaba stickers de la pijamada, Malena había subido un edit con música dramática tipo tráiler de película, y todas se reían. Todas menos Sofi. Ni una palabra de ella desde que se fue antes de que terminara la noche, inventando que se sentía mal del estómago. Nadie preguntó por ella. Ni siquiera Constanza.

Miró el chat privado con Sofi. Último mensaje: un corazón azul hace una semana. Nunca respondió. Pensó en escribirle algo. No sabía qué. Algo simple, quizás. “Che, todo bien con lo de anoche, ¿no?” Pero no lo hizo. Cerró el chat. Sintió esa incomodidad que no tiene nombre, pero aprieta en el pecho. Porque sabía. Sabía que Sofi se había ido porque se sintió excluida. Porque las bromas fueron demasiadas. Porque nadie dijo “che, ya fue, no da”. Y ella, Constanza, tampoco.

Bajó a la cocina en silencio. Su madre estaba leyendo algo en la tablet, con el pelo húmedo y la bata blanca. Ni la miró. Constanza abrió la heladera, sacó un yogur, volvió a cerrarla. Ningún “buen día”, ninguna mirada. Solo el sonido de la pantalla deslizándose con el dedo. Se sentó enfrente, empezó a comer. Su madre seguía leyendo. De a ratos, fruncía el ceño, como si estuviera discutiendo mentalmente con el texto. Constanza la miró un momento. Esperó que dijera algo. Un “¿cómo estás?”, un “¿la pasaste bien?”. Nada.

—¿Estás leyendo algo interesante o estás stalkeando a tu ex? — preguntó Constanza, apenas irónica.

La madre levantó los ojos, tarde. Sonrió sin ganas.

—¿Qué? No, nada... una nota de salud mental adolescente.

Constanza se rio por dentro, pero sin gracia. Una nota sobre salud mental adolescente, leída por una médica que no podía detectar una hija ahogándose frente a sus narices.

—Claro —dijo simplemente, bajando la mirada hacia su yogur. Dio un par de cucharadas más. El silencio volvió a instalarse como un fantasma doméstico.

Después subió, cerró la puerta de su cuarto y se metió en la cama sin desvestirse. Se tapó con la frazada hasta la cabeza. Agarró el celular otra vez. Un nuevo mensaje en Instagram: “son lo más” decía alguien. Otro: “quiero amigas así”.

Sintió una mezcla rara: asco y nostalgia de algo que no sabía si alguna vez había existido.

La tarde se le fue sin darse cuenta. No bajó a almorzar. Tampoco atendió los mensajes de Martu, que empezó con “cheee, estás viva” y después mandó solo stickers. Se quedó en la cama, con la persiana entrecerrada, dejando entrar ese tono gris que parecía más acorde a cómo se sentía que cualquier filtro de Instagram. En algún momento pensó en abrir TikTok, solo para distraerse, pero no tuvo fuerzas. Era como si su cuerpo estuviera cargado con una energía que no podía descargar. Una mezcla entre culpa, cansancio y algo más denso que no sabía nombrar.

Se levantó solo para ir al baño. Al pasar frente al espejo del pasillo, se detuvo. Se miró como si fuera otra. Pelo enredado, ojos sin brillo, una remera que había usado tres días seguidos. Se acercó un poco. Las ojeras ya no eran disimulables. ¿Era eso lo que mostraba en sus redes? ¿Esa versión opaca, real, sin filtros ni ángulos? No. Lo que mostraba era otra cosa. Una mentira aceptada. Un personaje que armaba a fuerza de sonrisas coreografiadas, frases cool y ropa prestada.

Volvió a su cuarto. Se sentó en el borde de la cama, con el celular en la mano. Miró la pantalla un rato sin hacer nada. Abrió el perfil de Sofi. Última historia: una foto de un libro, con la frase “está bien sentirse mal, a veces”. Le temblaron los dedos. ¿Era una indirecta? ¿O solo paranoia? De cualquier forma, le dolió.

—¿Soy una mala amiga? —murmuró, como si dijera algo sagrado.

El silencio no respondió. Y eso fue peor.

Abrió su galería de fotos. Empezó a mirar una por una las imágenes de la pijamada. Todas posando. Todas riendo. Todas actuando. Se detuvo en una donde estaba Sofi, al fondo, con una sonrisa medio torcida, como forzada. La acercó con los dedos. Miró sus ojos. No parecía estar ahí, realmente. Y eso fue como un puñal. Porque Constanza había sentido exactamente lo mismo en muchas otras situaciones. Y, sin embargo, cuando lo sintió en otra, no hizo nada.

El peso de todo le cayó encima. No por lo que habían hecho las otras, sino por lo que ella no había hecho. No había frenado el chiste que se pasó de rosca. No había defendido a Sofi cuando la dejaron fuera de la selfie. No había dicho nada cuando Malena editó el video y cortó justo la parte en la que Sofi hablaba. Y, sobre todo, no la había buscado después. Apoyó la frente contra las rodillas. Le costaba respirar.

—¿Y si soy una más? ¿Y si soy nadie?

Las palabras le retumbaron en la cabeza como un eco. Sentía que su identidad se deshacía como un archivo borrado. No sabía si era una buena persona. No sabía si tenía amigas reales. No sabía si alguien la conocía de verdad. Ni siquiera ella. Ese pensamiento la

atravesó como un rayo helado. Y por primera vez, el celular no le ofreció ningún tipo de consuelo.

La noche cayó sin que Constanza encendiera una sola luz. El cuarto quedó a oscuras, solo iluminado por la tenue pantalla del celular que brillaba en su mano como un faro sin destino. La batería baja, pero no le importaba. Tampoco conectó el cargador. Sentía que dejarlo morir era una especie de acto simbólico, aunque no sabía bien de qué.

Afuera, la ciudad seguía viva. Los autos pasaban como latidos desordenados. Palermo tenía esa mezcla de ruido y lujo que la hacía sentir a veces en el centro del mundo, y otras, como una intrusa que no había sido invitada. En su casa, el silencio era distinto. Frío. Clínico. La voz de su madre se escuchaba desde su habitación, hablando con algún paciente por teléfono. Rara vez hablaban de verdad. Todo en esa casa funcionaba con protocolos: “¿cómo estás?”, “tenés que comer”, “¿ya estudiaste?”... Nunca había tiempo para preguntas sin respuestas. Nunca había espacio para lo incómodo. Para el dolor.

Constanza bajó lentamente al living, envuelta en una manta. Se sentó en el sillón sin encender la tele. Solo miraba el reflejo de las luces de la calle sobre la ventana. Pensó en Sofi. En Abril. En Malena. En ella misma. El celular vibró. Mensaje de Abril. “Al final Sofi es re intensa. Se fue del grupo jajaja”. La boca de Constanza se abrió, pero no salió sonido. Volvió a leer. Otra vibración.

“Re drama queen. ¿Quién se cree que es?”

No respondió. Miró el chat grupal. Sofi había salido. Nadie preguntó por qué. Nadie la detuvo. Nadie dijo nada. Y ahí lo sintió. Una especie de nudo en el pecho que se le expandió hasta los ojos. Una angustia punzante, injusta, como si algo se estuviera

rompiendo adentro. Algo que había sostenido durante mucho tiempo y ahora ya no.

Volvió a mirar su reflejo en la ventana. Lo que vio fue una chica que no sabía quién era sin la aprobación de los demás. Una chica que había sido parte de algo cruel. No por maldad, sino por miedo. Por comodidad. Por no incomodar. Por no salirse del molde.

—Estoy podrida —susurró, pero su voz sonó ajena, como si viniera de otra parte.

La puerta de la pieza matrimonial se abrió. Su madre apareció en el pasillo, todavía con la bata blanca.

—¿No pensás dormir? —preguntó seca.

Constanza la miró sin contestar. Pensó en decirle todo. En gritarle que no la escuchaba nunca, que estaba sola, que no sabía qué hacer con lo que sentía. Que sentía tanto que no sabía nombrarlo. Pero se quedó callada. Como siempre.

La madre frunció el ceño, giró y volvió a encerrarse. Constanza volvió a mirar la ventana. Y por primera vez en mucho tiempo, pensó que quizás, solo quizás, estaba completamente sola. No sola como cuando no te invitan a un plan. Sola de verdad. Sola aunque esté rodeada de gente. Sola aunque tenga dos mil seguidores. Sola aunque todos crean conocerla. Sola. Como un perfil privado al que nadie quiere entrar.

Paso un rato, no recordaba en qué momento exacto se había quedado dormida en el sillón, pero el cuerpo se lo hizo saber con un dolor punzante en la espalda al intentar estirarse. La manta había caído al suelo durante la noche y el celular, descargado, yacía a su lado como un animal muerto. A través del ventanal, la luz gris de la

mañana entraba sin permiso, colándose entre los edificios como si también quisiera colapsar de cansancio.

Se incorporó despacio. El departamento estaba en silencio. Su madre ya se había ido. Dejó el café servido, tibio, sobre la mesa con una nota que decía: “Tenés frutas cortadas en la heladera. No te olvides del Zoom con biología.” Nada más. Nada menos.

Tomó la taza sin mirar, dio un sorbo, y se quedó quieta, con la vista clavada en la mesa. Pensó en la pijamada. En el grupo. En Sofi. En su propia risa nerviosa cuando empezaron a molestarla. En cómo no dijo nada. En cómo nadie dijo nada.

Sintió una punzada de vergüenza. Después, una culpa tenue, como una brisa, que no sabía bien si era suya o prestada. Se preguntó si eso era parte de crecer: darse cuenta de que uno no es tan bueno como creía. O que a veces, ser “bueno” no significa nada.

Subió a su cuarto y encendió el celular. Tardó en prender. Notificaciones, mensajes, alertas. Ni los abrió. Fue directo al grupo.

“Gente, estuve pensando. Estuvo mal lo de la otra noche. Yo también me reí, pero fue cualquiera. Sofi no se merecía eso.”

Escribió. Dudó. Volvió a leerlo. Dudó más. Sus dedos temblaron antes de tocar “Enviar”.

Lo hizo. El mensaje quedó ahí. Enviado. Azul. Silencio. Cinco minutos. Diez. Nada. Luego, un corazón. Después, un “posta, sí”. Más tarde, alguien escribió: “Ni idea que le estaba pegando tan mal. La llamo.”

No era perdón. No era redención. Pero era algo. Constanza dejó el celular a un costado y se tumbó boca arriba en la cama. Cerró los ojos.

Por un instante, apenas uno, se sintió un poco menos invisible. Un poco más real. Como si hubiera recuperado una parte chiquita de sí misma, algo que no dependía de filtros, ni de likes, ni de stories que duran 24 horas y se olvidan.

No se sentía bien, pero sí más despierta. Como si la tristeza tuviera, al menos, una dirección. Y aunque no sabía todavía quién era, empezaba a entender quién no quería seguir siendo.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

EL RETO

Había algo adictivo en la repetición de movimientos. Deslizar, ver, reaccionar. El dedo índice de Constanza se movía con la precisión de un algoritmo, casi sin pensar. Cada historia en Instagram era una cápsula de brillo, de euforia fingida, de “mirame y envidiame”. Gente que sonreía demasiado, que bailaba frente al espejo, que mostraba su desayuno perfecto o sus abdominales marcados con el filtro activado. Ella los conocía a todos. O eso creía. En realidad, no sabía casi nada, ni siquiera si existían más allá de la pantalla.

Estaba acostada boca abajo, con las piernas colgando de la cama, la cabeza hundida entre los brazos. Había pasado toda la tarde estudiando para la prueba de geografía que igual pensaba rendir mal. Su madre había salido otra vez. Turno extendido en el hospital. Emergencias. Lo de siempre. Le dejó comida congelada, instrucciones para calentarla y un audio que empezaba con “Hola, mi amor” y terminaba con “te amo, no me esperes despierta”.

Era martes. La semana avanzaba como una marcha fúnebre. Afuera, la ciudad respiraba con ese ritmo frenético que no se detenía nunca. Adentro, Constanza se sentía estancada. No tenía ganas de hablar con nadie. Ni de hacer nada. Aun así, seguía revisando historias, publicaciones, reels. Como si en algún lugar entre tanto ruido pudiera encontrar algo que la sacara de ese hueco denso donde todo parecía importar menos ella.

Entonces apareció.

Un reel que no había visto antes. Un challenge nuevo. “#BackFallChallenge”, decía el título. Una chica flaca, con un buzo oversize, se paraba de espaldas a una pileta, cerraba los ojos, abría los brazos y caía hacia atrás con los pies firmes. El video se cortaba justo antes del impacto. Efecto dramático. Corte. Música intensa. Luego otro video, mismo estilo. Y otro. El algoritmo no perdonaba: cada cinco publicaciones, uno era del mismo reto. Abrió TikTok. Lo mismo. Era tendencia.

El reto pedía fe ciega. No mirar atrás. Caer hacia atrás sin girar, sin frenar, sin calcular. En piletas, colchones, sillas. La gracia era esa: dejarse caer y filmarlo desde el ángulo perfecto. No era nuevo, pero volvía con más fuerza. Algunos lo hacían en la nieve, otros sobre bolsas, otros directamente en el piso con almohadas. Miles de likes. Cientos de comentarios. Gente diciendo “lo hiciste re épico” o “alta adrenalina” o simplemente emojis de fueguitos.

Constanza tragó saliva. Se sentó. Volvió a mirar uno. Después otro. El corazón le latía un poco más fuerte. No sabía por qué. Había algo en ese reto que le hablaba. Algo que la desafiaba. Como si fuera una prueba silenciosa de que todavía podía sentir algo real, aunque sea por unos segundos.

Buscó su aro de luz. Ajustó la cámara. Miró la cama deshecha, los almohadones, el respaldo firme. Se le ocurrió que tal vez podría hacerlo ahí. Para probar. No estaba segura de nada, pero sí de una cosa: necesitaba subir algo. Necesitaba ser parte. Aunque no supiera exactamente de qué.

La cámara estaba en pausa. El aro de luz titilaba apenas, reflejado en sus pupilas. Constanza se paró con torpeza sobre el borde de la cama, tratando de encontrar el ángulo perfecto. Había girado el

celular en modo vertical, puesto el temporizador en tres segundos y ajustado la música del momento, una base electrónica que todos usaban para el #BackFallChallenge. Miró alrededor. La habitación seguía en penumbras, iluminada solo por el aro y la pantalla. Todo se reducía a eso: un rectángulo de atención y un segundo de impacto.

Volvió a subirse. Dudó. Bajó. Respiró. Subió de nuevo. Sentía las manos frías. El cuerpo tenso. La mente le decía “ni se te ocurra”, pero algo más fuerte –algo que no sabía nombrar– le empujaba desde dentro. Quizá era bronca, quizá hartazgo, quizá esa mezcla pegajosa que sentía cuando abría las redes y no encontraba ni una notificación. El video que había subido a la mañana tenía solo catorce likes. Había escrito una frase tipo “modo emo, no molestar” con una selfie en blanco y negro. Nadie respondió. Ni un “estás bien?”. Nada.

El algoritmo la estaba castigando. Lo sabía. Si no hacés cosas virales, no existís. “Dale, boluda, es una caída y listo. Hasta con almohadas”, se murmuró. Subió de nuevo. Esta vez activó el modo grabación directa, sin temporizador. Apretó “start” y volvió a su posición. Brazos en cruz. Espalda firme. La música arrancó. Tres segundos. Dos. Uno. Cayó.

Pero no sobre los almohadones como planeaba. Uno se había corrido. El borde de la cama no tenía respaldo. Su cuerpo, apenas desequilibrado, fue directo hacia el suelo. El cráneo golpeó primero.

Un sonido seco. Corto. Como el cierre de una puerta. La grabación seguía. La música también. Por unos segundos no se movió. El mundo dio una vuelta. Todo se volvió ruido blanco, zumbido de fondo, eco lejano. Sintió un temblor en las manos. Intentó levantarse. No pudo. El celular, en el piso, seguía grabando. Capturaba el caos con una frialdad quirúrgica.

“Qué... qué carajo...”, alcanzó a susurrar. Le dolía la cabeza, la espalda, el orgullo. Se arrastró. Apagó la cámara. Recién ahí se dio cuenta de que lloraba. Lágrimas sin sentido, sin grito, sin justificación. Un sollozo contenido, como si algo se hubiera quebrado por dentro.

La pantalla se puso negra. El celular se apagó. Batería muerta. En la oscuridad, Constanza se sintió sola. Más sola que nunca. Ya no había música. Ni likes. Ni comentarios. Ni nadie. Solo ella. Su cuerpo adolorido. El silencio. Y un frío que no venía de afuera, sino de algún lugar entre el pecho y la garganta.

La madrugada entraba como una sombra por debajo de la puerta. Constanza seguía en el suelo, recostada de lado, abrazando una almohada manchada con lágrimas viejas y olor a perfume barato. Su madre no estaba en casa. Había salido de guardia hace unas horas y probablemente no volvería hasta el mediodía. En otro contexto, esa ausencia le hubiera venido bien: libertad total para grabar, editar, subir, stalkear, hacer vivos sin interrupciones. Pero ahora, en esa penumbra silenciosa, la ausencia dolía distinto. No era alivio. Era vacío.

El dolor de cabeza persistía, punzante, como si algo se hubiera soltado por dentro y caminara errante por su cráneo. Se tocó la nuca. No había sangre, pero sí un pequeño chichón. Nada grave. Nada visible. Nada que impresionara. Ni siquiera eso le salía bien.

Pensó en volver a grabar. En repetir el reto, esta vez bien. Tal vez si lo editaba con filtros, con una música más trending, con efectos de cámara lenta, podría lograr algo. Algo que se viralice. Algo que la saque del pozo digital en el que se sentía sumergida. Pero el cuerpo no le respondió. Se quedó inmóvil. No por el golpe, sino por la angustia.

Se sintió idiota. Patética. Frágil. El tipo de persona que siempre criticaba en los comentarios: “dale, un poco de dignidad”, “ni da para esto”, “cringe total”. Y ahora ahí estaba, con el maquillaje corrido, la ropa interior visible desde el short roto, y una marca roja en el hombro que se iba extendiendo despacio.

Revisó mentalmente quién podría escribirle. A quién le importaría. Julieta y Agus seguro ya dormían. Agus nunca contestaba después de las once. Julieta capaz le dejaba un emoji, pero solo si le convenía para mantener el streak. Ni siquiera recordaba si todavía lo tenían activo.

Pensó en su madre. En la última vez que la abrazó. No pudo recordarla. Ni una sola. Siempre estaba apurada, hablando sola por la casa, contestando mensajes de residentes o de enfermeras o de alguien más importante que ella. Siempre con el guardapolvo colgado en una silla, como símbolo de otra vida, otra entrega, otra Constanza que no era ella. Se levantó con esfuerzo. Caminó hasta el baño. Se miró en el espejo.

—Estás hecha mierda —se dijo en voz baja.

Y por primera vez, esa frase no sonó como un insulto, sino como una verdad. Una afirmación neutra. Estaba rota, sí. Por dentro y por fuera. Pero no era nuevo. Solo que ahora lo veía. Se lavó la cara. El agua fría la estremeció. Se sentó en el piso, otra vez. Contra la pared. En el suelo helado del baño.

Y ahí, por primera vez, pensó: “¿Y si no soy nadie?”

No como exageración, ni como drama adolescente. Sino como pregunta real. Cruda. Sincera. ¿Y si, en serio, nadie piensa en ella cuando se desconecta? ¿Y si sus seguidores no son amigos? ¿Y si toda su existencia se borra cuando apaga la pantalla?

El celular seguía apagado. Como si también necesitara descansar de ella. La notificación llegó como una bomba: “¿Estás bien? Sos TT en TikTok.” Era un mensaje de Agus, enviado tres horas atrás. Constanza había encendido el celular con el estómago apretado, solo para ver la hora. Pero lo primero que saltó fue eso. Su nombre. Su caída. Su cara rebotando contra el borde de la cama en cámara lenta, repetida en decenas de ediciones, con sonidos ridículos, filtros distorsionados, emojis llorando de risa.

El video no lo había subido ella. Lo había hecho Julieta. Y en lugar de eliminarlo, lo potenció. Le puso un título: “Cuando querés ser la próxima influencer pero te das masa con el piso 😊💀”. El clip tenía más de 140.000 visualizaciones, 8.000 likes, y más de 200 comentarios. La mayoría con frases como “alta boluda”, “cringe nivel dios”, “esto sí es contenido”, “que alguien la rescate”.

La cara de Constanza se congeló. La sangre le bajó a las piernas. No sabía si gritar, llorar o reírse. En el fondo, algo en ella ya lo esperaba. Ya lo había sentido. Esa sensación de que las amigas solo la querían si sumaba. Si era graciosa. Si era útil. Si era parte del decorado que generaba engagement.

Intentó llamarla. Julieta no atendió. Intentó con Agus. Ocupado. Le temblaban las manos. Cada segundo parecía eternizarse en la pantalla. Entró al grupo de WhatsApp: “Las Soberanas 🍷🍷”. Estaban hablando de ella. No directamente. Pero con indirectas transparentes. Un sticker de una nena llorando. Un “alguien se toma muy en serio los retos”. Un “che, posta, ¿y si nos bajan el video?”.

Sintió náuseas. De verdad. Corrió al baño. Vomitó bilis. Cuando volvió al cuarto, estaba temblando. Todo giraba. El techo, la cama, su reflejo en el espejo. Se recostó de lado, encogida como una hoja

de papel mal doblada. El corazón golpeaba como si quisiera escapar del pecho. Respiró hondo. Una. Dos. Tres veces.

Abrió Instagram. Una historia nueva: Julieta y Agus haciendo caritas, con el filtro de orejitas de conejo. Texto: “La vida sigue, beibi 🐰💎”. La habían subido hace cinco minutos. Sabían que ella lo vería.

Le llegó un mensaje privado. Un usuario sin foto de perfil. Le decía: “No sabés hacer nada bien. Das pena.”

La pantalla se le borró de lágrimas. Apagó el celular de un manotazo. Pero ya era tarde. No podía apagar la mente. Ni los ecos. Ni las risas. Ni los juicios. Ni la vergüenza que ahora parecía tatuada. Se tiró al piso. De nuevo. El mismo lugar. Mismo frío. Esta vez con la sensación de que ya no tenía fuerza ni para llorar.

En ese silencio denso, solo pensó en una cosa: desaparecer. No como drama. No como amenaza. Sino como escape. Como única salida lógica. Y eso fue lo más aterrador de todo.

Pasaron horas. O tal vez minutos. Constanza ya no distinguía. Afuera, el cielo se había vuelto de un gris plomo, de esos que no prometen ni lluvia ni consuelo. La persiana mal bajada dejaba entrar una línea de luz tibia, casi indiferente, que cortaba la habitación en dos. Ella seguía en el suelo, acurrucada, con la cabeza contra la alfombra, sin moverse. Le dolía la mandíbula. El golpe había sido real. Lo físico, lo digital, todo se había mezclado.

El sonido de la puerta abriéndose la obligó a levantarse. Su madre entró sin golpear, como siempre. Llevaba el celular en la mano, pero esta vez no lo miraba. La miró a ella. Fija. Como si por primera vez en mucho tiempo notara que su hija no estaba bien.

—¿Qué hiciste, Constanza?

No fue grito ni reproche. Fue una pregunta seca, desnuda, que la dejó sin palabras. Intentó hablar, pero solo le salió un susurro quebrado.

—Era un challenge...

—¿Un qué?

—Un... reto. Del celu.

La madre no respondió. Solo respiró hondo. Caminó hasta la cama y se sentó al borde. La miró otra vez, más despacio.

—¿Te golpeaste la cabeza?

—Un poco. Ya estoy mejor.

La madre bajó la mirada. Notó las marcas en la mejilla. El pequeño hilo de sangre seco. La tristeza en los ojos de su hija. No preguntó más. Se levantó y fue a buscar una curita y algodón. Volvió en silencio. Le limpió el rostro como cuando era chica. Con movimientos suaves, torpes. No sabían cómo tratarse.

—Tenés que apagar eso por un tiempo —dijo sin mirarla, señalando el celular apagado en la mesa.

Constanza asintió.

—Ya lo hice.

—Bien.

No hubo más diálogo. Solo una quietud extraña, como si todo hubiera quedado en pausa. Después de un rato, la madre volvió a la cocina. Constanza se quedó sola, pero no del todo. Sentía, por primera vez en mucho tiempo, que alguien había estado ahí. Que alguien había visto algo más allá de la pantalla.

Le dolía todo, sí. Pero no tanto como antes. Había algo en el silencio que no era vacío, sino tregua. Se acostó en la cama y cerró los ojos. No quería pensar en likes, ni en Julieta, ni en los mensajes.

No todavía. No ahora.

Por primera vez, deseó que el celular no volviera a encenderse.

Solo quería dormir.

Solo eso.

Dormir sin ser mirada.

Sin ser compartida.

Sin ser editada.

Solo ser.

Y se desmayó sin más, un golpe que retumbo en todo el departamento.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

MODOS AVIÓN

El pitido agudo del monitor cardíaco fue lo primero que sintió. Una línea tenue de luz blanca bajaba desde un fluorescente del techo, clavándose directo en su párpado. La sábana olía a desinfectante. El aire, seco y metálico. Constanza parpadeó una vez, y después otra, como si su cuerpo necesitara permiso para volver del todo. La cabeza le pesaba, el pecho también. El silencio a su alrededor no era de paz, era de hospital. Y eso, lo sabía incluso sin haber estado nunca internada.

Un zumbido agudo le cruzó el oído. Trató de moverse, pero una cinta plástica blanca en su muñeca la ató al ahora. La miró. “Constanza Villalba. 16 años.” Abajo, en letras más pequeñas, la hora de ingreso: 03:12 AM.

Giró la cabeza hacia la derecha. Una silla vacía. Ningún abrigo colgado, ningún libro abandonado a medias. No estaba su madre. No estaban sus amigas. No había flores. Ni siquiera un peluche. Solo un frasco de suero colgando, una enfermera que entró y salió sin decir nada, y la tele apagada en la esquina superior de la habitación. Nadie preguntó cómo se sentía.

Lentamente, el recuerdo volvió como una marejada. La idea absurda del challenge, el mareo, el golpe seco del cuerpo cayendo. La charla con la madre. El desmayo, el piso. Después, todo fue negrura.

Cerró los ojos. Quiso creer que aún soñaba, que su madre aparecería de un segundo a otro con un café en la mano y cara de susto. Pero pasaron los minutos, y no pasó nada. Buscó su celular en la mesa de luz, pero no estaba. El cargador, sí. El celular, no. Ni siquiera podía revisar los mensajes. ¿Cuántos habrían escrito? ¿Quién la habría filmado? ¿Qué estarían diciendo?

Sintió una náusea lenta, sorda, que le trepó desde el estómago hasta la garganta. La máquina al costado de la cama marcaba 87 pulsaciones. Subieron a 94. Bajaron. Subieron otra vez. Cerró los ojos más fuerte, como si eso pudiera detener el torbellino que se formaba dentro de su pecho.

Una puerta que se abre. Un paso firme. Y ahí estaba: su madre. Pelo recogido a las apuradas, chaqueta médica aún puesta, barbijo mal doblado en el bolsillo. Pero no se acercó. No sonrió. No la abrazó. Solo la miró. Dura. Silenciosa.

—Estás bien —dijo, sin pregunta, sin emoción.

Constanza intentó hablar. No le salió nada. Solo una presión en el pecho que le hacía doler hasta las costillas. La madre miró el monitor, como si los números fueran más fáciles de leer que los ojos de su hija. Luego giró la vista hacia la ventana, cerrada, como todo lo demás.

—Podrías haberte matado —dijo, sin levantar la voz. Como quien da un diagnóstico. Como quien ya no tiene ganas de discutir.

No hubo sermón. No hubo abrazo. No hubo celular.

Solo la certeza muda de que algo se había roto.

Y que no había emojis para repararlo.

La noche cayó como una sábana húmeda sobre la habitación, sin pedir permiso. Constanza había intentado dormir, pero no pudo. El cuerpo le dolía como si hubiese corrido una maratón y la mente no dejaba de repasar, en bucle, los segundos previos al desmayo. La imagen de su cuerpo cayendo al suelo le parecía una escena de TikTok mal editada. Podía imaginarse la descripción: “No lo intenten en casa 😊👤”. Incluso podía visualizar el emoji exacto que usarían. Pero lo que más miedo le daba era no saber si alguien lo había grabado.

Había preguntado por su celular, apenas recuperó la voz, pero la enfermera le dijo que lo tenía su madre. Y su madre no volvió. Desde esa entrada tensa, solo silencio. Ni una palabra, ni una visita. Como si estuviera castigada. Pero no por lo que había hecho, sino por lo que era: un error acumulado de excesos digitales, de likes inútiles, de decisiones impulsivas que no se podían deshacer con un “ctrl+z”.

La enfermera le trajo una bandeja con una sopa que olía a sobre y un pedazo de pan que parecía goma. Constanza comió poco. Le dolía la garganta, pero más le dolía ese hueco en el pecho que no sabía cómo llenar. Pensó en llamar a sus amigas, pero no se sabía de memoria ningún número. Nadie memoriza números ya. Pensó en que tal vez alguien la había etiquetado en alguna historia, pero sin el celular, era como estar ciega en el mundo que importaba.

—¿Y si ni siquiera se dieron cuenta? —murmuró en voz baja, para nadie.

Ni Sol, ni Cami, ni Lola aparecieron. Nadie de la pijamada. Nadie del colegio. Nadie, punto.

Volvió a mirar la silla vacía al costado de la cama. Su madre podía haber dejado, aunque sea una nota. Algo. Pero ni eso. La bronca le

subió por dentro, mezcla rara de abandono y vergüenza. Vergüenza de que todo haya terminado así, sola en una cama, con un moretón en la frente y una bata de hospital que le quedaba grande.

Se cubrió la cara con las manos. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le importaba tanto no tener a nadie ahí? Si total, todo era “mejor sola que mal acompañada”, ¿no? ¿O no era eso lo que decían todo el tiempo en redes? Pero ahí, en ese silencio, la frase se sentía ridícula.

Golpearon la puerta. Se enderezó un poco. Esperó ver a alguien familiar. Pero no. Era la misma enfermera, trayendo un nuevo suero. Le sonrió con cortesía mecánica, como quien repite el gesto cien veces al día. Nadie la miraba de verdad.

—¿Puedo pedir algo? —preguntó Constanza, con un hilo de voz.

La enfermera asintió con la cabeza.

—¿Me puede dejar el celular? Solo... solo quiero ver algo.

—Tu mamá pidió que no —respondió, sin dureza, pero con firmeza. Y se fue.

La habitación volvió a cerrarse sobre sí misma. Y Constanza, por primera vez, se sintió como si el mundo hubiera puesto su vida en “modo avión”.

Pasaron horas sin forma ni medida. El reloj colgado en la pared parecía tener una sola aguja y ningún propósito. Constanza miraba el techo, sin pestañear, como si de alguna manera pudiera encontrar allí una respuesta. El silencio era tan espeso que podía oír el sonido de su propia digestión. O el eco de su decepción.

Le dolía el cuerpo, sí, pero lo que más le pesaba era el vacío. No uno físico, sino una especie de desconexión total. Desenchufada.

Como si ya no perteneciera a ningún lugar, a ninguna historia. Como si todos hubieran seguido sin ella. Y quizás era cierto.

Intentó reconstruir los últimos días, como si armar un rompecabezas pudiera darle sentido a todo. La pijamada. Las risas falsas. La publicación que subió, riéndose de Sofi. El challenge. La caída. La oscuridad. Y ahora esto. El silencio, la bata, la ausencia. Nadie.

Recordó que en algún momento soñó con ser influencer. Tener una cuenta con miles de seguidores, firmar colaboraciones, que las marcas la buscaran, que sus historias fueran compartidas por miles. Pero ahora no sabía ni quién era. Ni quién estaba del otro lado de la pantalla. Ni si alguien había preguntado por ella. En esa oscuridad forzada, todo se volvía relativo. Incierto.

Abrazó sus piernas como cuando era más chica, cuando se escondía en su cuarto después de una pelea con su mamá. Lo hacía para protegerse de algo que no entendía. Esta vez no era distinto. Solo que ahora dolía más, porque era grande, y porque nadie venía a buscarla.

Se imaginó a su madre en la guardia, cansada, revisando historias clínicas, firmando papeles, y en ningún momento con la intención de volver. Quizás estaba castigándola con distancia. Quizás estaba decepcionada. Quizás, simplemente, no sabía qué hacer con una hija como ella.

—No soy una hija fácil —murmuró.

Cerró los ojos. Sintió que, si pensaba lo suficiente en otra cosa, podría desaparecer. No físicamente, sino desaparecer como una cuenta cerrada, un perfil eliminado. Un clic y ya no estar.

¿Quién la echaría de menos? ¿Quién notaría su ausencia?

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloró. No podía. Como si el llanto necesitara permiso y ella ya no tuviera a quién pedirselo. Se volvió a acostar. Se cubrió con la sábana hasta el cuello. El monitor del suero hacía un pitido suave cada ciertos segundos. Único sonido real en esa cueva blanca. Miró la ventana: las luces de Buenos Aires se filtraban a lo lejos, lejanas, indiferentes.

Por primera vez, deseó no tener más conexión. No a Internet. A nada. Quería irse. Pero no sabía adónde. Ni cómo. Ni con quién. Lo único claro era que algo se había roto. No afuera. Dentro. Y no sabía si se podía arreglar.

La puerta se abrió de golpe, como si nadie mereciera anunciarse. La madre de Constanza entró sin saludar, sin mirar a nadie, con pasos decididos que sonaban más a sentencia que a preocupación. Llevaba todavía la ropa del hospital: el ambo verde claro arrugado, una carpeta en la mano y ojeras profundas como trincheras. Cerró la puerta sin decir palabra.

Constanza se incorporó con lentitud, dolorida y asustada. Su madre la miró como si fuera una paciente más, pero una que la decepcionaba. Ni un abrazo, ni una caricia. Solo esa mirada clínica, distante, como si estuviera evaluando los daños.

—¿En qué estabas pensando? —dijo, sin levantar la voz, pero con una frialdad que heló la habitación.

Constanza tragó saliva. Quiso contestar, pero no encontró las palabras. Se sintió de nuevo como una nena de siete años atrapada en un cuerpo de dieciséis. Inmóvil.

—¿Un video estúpido? ¿Un “challenge”? ¿Te pareció divertido?

—No fue... —intentó decir, pero la voz se le quebró.

—Te desmayaste sola, en la pieza, con la cara contra el piso. ¿Querés que te muestre la foto de cómo te encontré? ¿Eso también lo ibas a subir?

La dureza de esas palabras la golpeó más fuerte que la caída misma. Sintió una mezcla de vergüenza, culpa, enojo, tristeza. Todo junto. Quiso que la madre se callara. Que la abrazara. Que le dijera que todo iba a estar bien. Pero no.

—No entiendo en qué momento se volvió más importante un video que tu salud —continuó la madre, con la misma voz de hielo—. No entiendo qué parte de tu cabeza creyó que eso te iba a hacer sentir mejor. ¿Sabés cuántos pacientes veo por día que darían lo que sea por no estar internados, por tener el cuerpo que vos tenés sano?

Constanza apretó los puños debajo de la sábana. El calor de su propia piel era el único refugio. No sabía si llorar, gritar o pedir perdón.

—No vino nadie. Nadie preguntó por vos. ¿Tus amigas? ¿Tus seguidores? ¿Los que te mandan corazones y emojis? Nadie.

El silencio que siguió fue más cruel que cualquier grito. La madre se quedó ahí parada, mirándola como si quisiera entenderla y al mismo tiempo como si ya se hubiera rendido. Constanza no podía sostenerle la mirada. Se sentía desnuda. Expuesta. Y no por la bata del hospital.

—Tenés que cambiar, Constanza —dijo la madre, finalmente, con una voz más baja, casi quebrada—. Esto no es una sugerencia. Es una decisión. Te vas a Yacanto. Con tus abuelos. Todo el verano. Ahí tenés tu celular.

Y lo dejó sobre la mesa de luz.

El corazón de Constanza se hundió.

—¿Qué?

—No lo vamos a discutir. No es castigo. Es tu única chance de frenar antes de destruirte del todo. Y allá no hay WiFi.

Se hizo un silencio espeso. Constanza sintió que la habitación se cerraba sobre ella. El techo parecía más bajo. El aire, más pastoso. Y en ese momento entendió que el “modo avión” no era solo del celular.

Era su nueva vida.

La habitación del hospital se quedó en silencio después de que su madre se fuera. La puerta no se cerró con furia, sino con un clic sordo que dejó todo más quieto todavía. Constanza seguía en la cama, envuelta en una sábana que ahora le parecía enorme, como si la estuviera escondiendo del mundo. Afuera, una ambulancia pasó sin prisa, con las luces encendidas, pero sin sirena. Le pareció un símbolo raro de lo que sentía: algo que debería ser urgente, pero ya sin gritos.

Miró el celular sobre la mesa de luz. Tenía un 2% de batería. Dudó en tocarlo. Como si cada notificación fuera una promesa rota. Finalmente lo desbloqueó. Ni un mensaje nuevo. Ni un “¿cómo estás?”. Solo historias de otras personas viviendo cosas que no le importaban. Alguien bailando en un baño. Otra mostrando su almuerzo. Una influencer llorando por algo que parecía importante, pero no tenía contexto.

Deslizó el dedo sin mirar realmente. Todo era ruido. Lo apoyó de nuevo, boca abajo. Se dejó caer otra vez sobre la almohada. Le dolía la cara. El ojo estaba morado y sentía un pequeño corte en la ceja, cubierto por una tirita que ya picaba. Cerró los ojos. No lloró.

No le salían lágrimas. Solo tenía un nudo espeso en el pecho que no podía poner en palabras. Todo parecía ajeno. Como si se hubiera desconectado de sí misma.

La puerta se entreabrió. Entró una enfermera joven, con voz suave.

—¿Cómo estás, Constanza?

Ella apenas movió los hombros. La enfermera se acercó, revisó el suero, anotó algo en una tablet.

—Tu mamá dejó esto para vos —dijo, y le tendió una hoja doblada por la mitad.

Constanza la tomó sin hablar. Cuando la enfermera se fue, la desdobló. Era una hoja arrancada de un cuaderno, escrita con letra clara y algo apurada:

“Sé que estás enojada. Que no entendés por qué te hablo así. Yo tampoco siempre entiendo cómo ser tu mamá. Pero estoy intentando. Lo que pasó me asustó mucho. No quiero perderte. No quiero que te pierdas. Vamos a empezar de nuevo. Allá, donde no haya tanto ruido. Te quiero. Mamá.”

La leyó dos veces. Luego una tercera. Las letras se movían un poco, no por las lágrimas, sino por la forma en que respiraba. Sintió, por primera vez en mucho tiempo, una especie de alivio extraño. No era felicidad. Tampoco calma. Pero algo parecido a estar acompañada, incluso en el enojo.

Miró el celular de nuevo. Lo apagó.

No porque se lo hubieran pedido. Sino porque no tenía nada que decir, ni nada que ver.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

LA MÁS SOLA DEL MUNDO

La mañana llegó sin permiso. La luz gris del hospital no era la de un nuevo día, sino la continuidad inevitable del anterior. Constanza abrió los ojos antes de que la enfermera entrara a cambiar el suero. El cuerpo le pesaba como si no le perteneciera del todo. Tenía marcas en el brazo, una venda en la cabeza, y el recuerdo borroso de haberse desmayado frente al espejo mientras hacía un challenge que ya no parecía tan divertido.

La enfermera era amable. Le preguntó si había dormido bien, si quería algo. Constanza solo asintió, con la voz todavía escondida en algún rincón del pecho. No había mucho para decir. Lo que dolía no era físico. Era otra cosa. Más sutil. Más filosa.

Tomó el celular que le habían traído la noche anterior, ya cargado, con la pantalla brillando como una promesa. Lo desbloqueó. Ciento doce notificaciones. Un par de memes en grupos. Dos o tres reels que le habían compartido con un “JAJAJ posta sos vos”. Algunas historias donde la mencionaban: “Ánimo, Coni ♥”, “Qué bajón, fuerzaaa 💪”. Todo tan tibio. Tan decorado. Como si fuera parte de un protocolo digital de apoyo.

Publicó una historia con fondo blanco:

“Necesito dadores de sangre. Grupo 0+. Hospital San Gabriel. A nombre de Constanza V. Si podés ir, avísame. Gracias 🙏”

Agregó una foto vieja, suya, sonriendo en la playa. Nada que ver con el hospital, pero era la única donde se sentía un poco linda. Subió la historia, la fijó. La dejó ahí. Después esperó. Quería ver quién venía.

El tiempo en el hospital se diluye. Son horas sin forma, marcadas por los pitidos de las máquinas, las visitas ajenas que entran y salen en otras habitaciones, y el sonido estéril de pasos lejanos. Su madre había regresado esa mañana temprano, solo para dejarle ropa limpia y una expresión cargada que ni siquiera fue reproche, solo agotamiento. Después se fue a trabajar.

Constanza miraba la puerta cada vez que sonaba el ascensor al fondo del pasillo. Un reflejo involuntario, como si en cualquier momento apareciera alguien. Pero no pasaba.

Pasaron tres horas.

Cuarenta y siete personas vieron la historia.

Setenta y tres.

Ciento diez.

Ciento noventa y tres.

A nadie le importaba. O al menos no lo suficiente.

Entonces entendió que había una diferencia gigante entre que te vean y que te vean de verdad. Que entre una reacción con emoji y una presencia real hay un abismo.

Se quedó quieta. El celular vibró, pero no lo miró. Afuera seguía el mismo día, como si nada. Como si su mundo roto no tuviera eco en el mundo de los demás.

Le temblaron las manos. No por el golpe. Por el vacío.

Y por primera vez desde que había llegado al hospital, tuvo miedo. No del dolor. No del escándalo en redes. Sino de una pregunta que ya no podía ignorar: ¿y si nadie viene?

Las horas siguientes fueron una coreografía incómoda de nada. Constanza veía pasar enfermeras, ruidos, bandejas con comida que apenas probaba. Bajaba y subía el brillo del celular sin motivo. Lo desbloqueaba por inercia, como si fuera una respiración artificial. Nada nuevo. Los mismos “visto”, la misma historia colgada como un grito sin eco.

A las tres de la tarde, una notificación falsa la hizo sonreír por reflejo. “¡Capaz es Sofi!”, pensó. O Cami, o Valen. Pero no. Era una app de descuentos de comida rápida. Cerró todo. Apagó el celular. Lo prendió de nuevo al minuto. No podía estar sin él, aunque tampoco le diera nada.

La enfermera volvió con una carpeta. “Nadie vino de tus amigas”, le dijo en voz baja, como si eso hiciera menos ruido que los silencios acumulados. Constanza bajó la mirada. Asintió, fingiendo que lo entendía. Como si fuera lógico. Como si no la partiera al medio.

Buscó excusas para los demás. Que no podían. Que tenían que estudiar. Que el hospital les daba cosa. Que no vieron la historia. Que... cualquier cosa. Menos aceptar que sí la vieron. Que la pasaron por alto. Que ni siquiera respondieron con un “mejorate”.

Intentó pensar en alguien más. Una lista mental de personas con las que alguna vez había compartido algo. Un mate. Una risa. Una conversación. Pero todas esas memorias tenían bordes difusos. ¿Eran realmente amigas o solo coincidencias digitales?

“¿Y si les escribo directamente?” Se lo preguntó en voz alta, sin darse cuenta. La enfermera se giró sorprendida. Constanza negó con la cabeza. “Nada, nada”, murmuró. Y volvió a mirar la pantalla en blanco.

Finalmente se animó. Abrió el chat con Sofía. Tecleó:

“Hola, estoy internada, necesito dadores de sangre, si conocés a alguien que sea 0+ me re ayudaría. Gracias”

Leyó el mensaje dos veces. Dudó. Lo borró. Lo reescribió. Lo mandó.

Pasaron tres minutos.

Visto.

Ninguna respuesta.

Siguió con Camila.

Después con Valentina.

Lo mismo.

Visto. Visto. Visto.

Sintió una punzada seca en el pecho. No era un dolor agudo, sino una presión constante, como si algo adentro suyo comenzara a ceder.

¿Era tan poco importante? ¿Tan invisible? ¿Cómo podía tener 14.000 seguidores y no conseguir ni un solo dador de sangre?

Miró sus fotos destacadas en Instagram. Historias perfectas. Filtros suaves. Frases inspiradoras. Sonrisas calculadas. Nada de eso le servía ahora. Ni los likes. Ni los tags. Ni las colaboraciones. Todo se sentía hueco, como una casa decorada para una fiesta que nunca iba a llegar.

Apoyó la cabeza en la almohada. El celular vibró otra vez. Lo ignoró. Ya no quería saber. Ni ver. Ni esperar. Porque el problema no era que nadie viniera. El problema era que en el fondo... ella ya lo sabía.

La noche cayó sin hacer ruido, como si incluso la oscuridad tuviera pudor de entrar en esa habitación donde ya no pasaba nada. Afuera, las luces del hospital titilaban entre el reflejo de los autos y el cansancio de las horas. Adentro, Constanza no dormía. Estaba acostada, pero no dormía. No pensaba en nada en concreto, pero tampoco lograba desconectarse. Todo era una especie de zumbido mental, como una radio mal sintonizada que repetía las mismas preguntas que no sabían dónde empezar ni a quién dirigirse.

Se sentía pesada, pero no era el cuerpo. Era otra cosa, más adentro, como si sus pensamientos se hubieran derrumbado uno encima del otro y ya no quedara espacio para moverse. La pantalla del celular brillaba sobre la mesa, parpadeando con cada nueva historia que subían sus contactos. Algunas eran memes tontos. Otras, selfies en un boliche. Y una, la peor, una foto de sus amigas en la casa de Valentina, comiendo pizza y haciendo karaoke. “Noche de despeje ☐”. Ni una mención. Ni un “che, pobre la Coni”. Nada.

Apagó el celular. Esta vez sí lo apagó del todo. No modo avión, no pantalla en negro. Apagado. Como si eso sirviera para apagar también el ruido en su pecho. Cerró los ojos con fuerza. Sintió cómo la garganta se le apretaba. Quiso llorar, pero no podía. No le salía. Solo un nudo espeso, como si el cuerpo no le permitiera mostrar más debilidad de la que ya arrastraba. Como si llorar fuera un lujo para quienes aún tenían a alguien que les preguntara por qué.

Pensó en su madre, en la pelea, en el castigo. En la cara dura, seria, dura de verdad, cuando la vio en el hospital. No había consuelo, ni abrazo. Solo reproche. Un “¿qué esperabas que pasara?” que no necesitó ser dicho, porque ya estaba tatuado en el aire entre las dos. Pensó en su papá, que seguramente ni sabía que estaba internada. ¿Le habrían avisado? ¿Se habría enterado por alguien o seguiría creyendo que su hija era esa que subía historias con filtros y playlists de moda?

Intentó recordar algún momento en que se hubiera sentido realmente acompañada. No por likes ni por corazoncitos en historias, sino de verdad. Alguien mirándola a los ojos y diciéndole “acá estoy”. No lo encontró. Cada vez que creía tener una imagen, se deshacía. Como si todos esos vínculos hubieran sido espejismos alimentados por algoritmos. Una ilusión tan frágil que ni siquiera alcanzaba para que alguien cruzara la ciudad por ella.

El zumbido volvió, esta vez con más fuerza. Una mezcla de enojo, tristeza y una pregunta que le dolía más que todas las demás: ¿y si soy nadie? No lo dijo en voz alta. No hacía falta. Esa frase quedó flotando en el aire, pesando más que el suero, más que el silencio, más que la soledad misma. Y lo peor de todo era que, por primera vez, no tenía a nadie con quien compartirla.

El sonido del gotero marcaba el tiempo como un reloj cruel. Cada caída de suero era una gota más de algo que no sabía si necesitaba. Afuera, el mundo seguía girando, pero en esa habitación blanca y anónima, Constanza sentía que el suyo se había detenido. No sabía si era martes o viernes, si era de madrugada o si el sol ya se había animado a volver. Todo era lo mismo. Un estado de suspensión. Como si la realidad estuviera en pausa y nadie se hubiera dado cuenta.

Había publicado la historia hacía tres horas. “Necesito dadores de sangre. Estoy en el Hospital. Si pueden venir, les agradezco mucho”. Había elegido una selfie. Quería verse bien. A pesar de todo, no podía evitarlo. Era un reflejo automático: cuidar la imagen. Y, sin embargo, por más que cuidó el encuadre y eligió las palabras con el tono justo —ni víctima, ni exagerada—, no pasó nada. Ciento ochenta y tres vistos. Veintinueve reacciones. Tres corazones, dos “fuerza Coni”, un sticker de rezando. Y nadie apareció. Nadie.

El vacío no era solo físico. Era una certeza brutal. El tipo de certeza que no se borra ni se alivia con palabras bonitas. Se sentía invisible, pero no como un juego o una metáfora adolescente. Invisible de verdad. Como si su cuerpo no pesara, como si pudiera desaparecer y a nadie le cambiara el algoritmo. El celular estaba sobre su pecho, liviano, frío, sin notificaciones. Como una ironía perfecta: una red que no conectaba con nadie.

Entró una enfermera y le cambió la vía sin decir palabra. Sus movimientos eran mecánicos, como si no viera más que una muñeca con números. Constanza quiso decir algo, cualquier cosa, pero no encontró motivo. No tenía ganas de esforzarse en parecer simpática. Ni siquiera en parecer viva. Cuando la puerta volvió a cerrarse, el silencio fue más duro que antes. Ya no era solo falta de sonido. Era una ausencia rotunda, una afirmación cruel de que estaba sola en serio. Ni la enfermera la había mirado a los ojos.

Pensó en levantarse, en ir hasta la ventana. Pero el cuerpo no le respondió. No por debilidad física, sino porque no tenía sentido. ¿Para qué? ¿Para mirar una ciudad que no le devolvía la mirada? Sintió una rabia sorda nacer en el pecho, mezclada con una tristeza espesa que la anclaba al colchón. Todo lo que alguna vez creyó tener se deshacía. Las amigas, los seguidores, los vínculos, la validación. Todo eran números flotantes, comentarios vacíos, respuestas

automáticas. Lo real era otra cosa. Y lo real, en ese momento, era que no tenía a nadie.

La pantalla se encendió de nuevo. Un nuevo “visto” a su historia. El nombre le sonaba, pero no sabía de dónde. Bajó la mirada. Cerró los ojos. Esa palabra le dolía más que un golpe. “Visto”. Como si el mundo entero la hubiera mirado y elegido seguir de largo.

La noche fue avanzando sin pedir permiso. Constanza seguía despierta, con los ojos fijos en la mancha del techo, como si esperara que algo se revelara desde allí. A veces pensaba que, si se quedaba en silencio el tiempo suficiente, podría escuchar lo que de verdad pasaba dentro suyo. No era una voz ni una idea clara. Era más bien una sensación de fondo, como un eco viejo que se repetía: “no importás”. Pero esa frase, tan nítida en su cabeza, empezaba a perder fuerza. No porque la contradijeran, sino porque de tanto repetirse ya no dolía igual. Era como si, en lugar de cortarla, le empezara a rozar apenas la piel.

Al día siguiente, cuando su madre entró, no fue como en las películas. No hubo abrazo, ni grito, ni lágrimas de reencuentro. Solo una figura en la oscuridad, sentada a los pies de la cama, con la mochila sobre las rodillas. No dijo nada. No preguntó nada. El silencio entre ellas era espeso, pero distinto al de antes. Ya no era un muro, sino una pausa incómoda, como si ninguna supiera por dónde empezar.

—Te vas a quedar sin lágrimas si seguís así —murmuró la madre, con un sarcasmo flojo, más para no llorar que para molestar.

Constanza quiso reír, pero solo soltó un suspiro. Se le formó un nudo en la garganta que no subió ni bajó. Estaba ahí, alojado, estorbando.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, sin mirar.

—Tarde. O temprano. No dormí —respondió la madre, y le acarició el pie por encima de la sábana, como al pasar.

Constanza pensó en los “vistos”, en los likes, en la ausencia. Y por primera vez sintió que esa mujer que apenas sabía usar WhatsApp, que a veces era injusta, fría o demasiado dura, al menos estaba ahí. No como se imaginaba, no como deseaba... pero estaba. Y eso era algo. Quizás incluso lo único que importaba esa mañana.

—Mamá... ¿vos alguna vez te sentiste sola? —dijo de golpe, como si se hubiera escapado la pregunta.

La madre tardó en responder. Se acomodó en la silla. Suspiró largo.

—Casi siempre. Pero no es lo mismo que estar sola —contestó.

Hubo otra pausa. Constanza no entendió del todo, pero le pareció que no necesitaba entenderlo en ese momento. Le alcanzaba con saber que su madre lo decía en serio. Que no era un consejo de los que se repiten sin pensar. Era algo vivido.

—Nadie vino —dijo, bajito.

—Ya sé.

—¿Y entonces?

—Entonces nada —respondió la madre—. Te vas a levantar, vas a salir de acá, y vas a aprender a no depender de los que solo están cuando hay WiFi.

No fue una lección. No fue un reto. Fue apenas un dato. Uno duro, pero cierto. Constanza se giró despacio hacia la pared. Cerró los ojos. No estaba bien. Pero ya no se sentía tan rota. El dolor seguía ahí, como un hueco en el pecho. Pero al menos ahora sabía

dónde estaba ese hueco. Y tal vez, con tiempo, con silencio, y con las personas correctas —aunque fueran pocas—, podía empezar a llenarlo.

LA CHARLA

—Estás bien —dijo su madre al fin, sin emoción—. Ya te revisaron todo. No hay fracturas. Solo un golpe fuerte. Vas a tener que quedarte un día más en observación.

Constanza asintió apenas.

—¿Tenés idea de lo que podría pasarte si te golpeabas en el lóbulo occipital de la cabeza? ¿Si caías mal? —insistió Marta, sin levantar la voz, pero con esa forma de hablar que parece un filo en el aire—. ¿Todo por un video estúpido?

Constanza no respondió. Tampoco bajó la mirada. Quiso decir que no era por el video, que ni siquiera quería hacerlo tanto, que fue una mezcla de presión y... nada. No sabía cómo explicarlo sin sonar tonta. Sentía que cualquier palabra suya iba a parecer una excusa.

—Mirá —dijo su madre, después de un largo silencio—. Yo también fui adolescente. Sé lo que es hacer boludeces. Pero no teníamos todo esto. No teníamos que demostrar nada a nadie. Era más fácil cagarla sin que lo viera todo el planeta.

La comparación le sonó a reproche, no a empatía. Pero algo en el tono había cambiado. Un resquicio. Como si esa dureza escondiera algo más. Un recuerdo, quizás. Constanza se sorprendió a sí misma queriendo saber más.

Pero su madre no continuó. Se levantó, buscó algo en el bolso, y antes de irse dijo lo que sería la llave para lo que venía:

—Ya hablé con tu abuela. Este verano te vas a Yacanto con ellos. No hay discusión.

Silencio. Y después, otra vez, la puerta cerrándose.

Constanza no contestó nada. Ni sí ni no. La idea de Yacanto le sonaba a destierro, a castigo de otra época, como si la hubieran mandado al siglo XIX. Su mente empezó a repasar en automático: ¿hay señal? ¿hay WiFi? ¿cómo son los abuelos? ¿cuánto tiempo sin amigas? ¿sin stories? ¿sin WhatsApp? ¿cuánto tiempo sin nada? Un verano completo... ¿tres meses? Le parecía un montón. Una eternidad sin memes, sin notificaciones, sin las cuentas que seguía. ¿Y si alguien la cancelaba justo en ese tiempo? ¿Y si se olvidaban de ella?

Pero al mismo tiempo, y casi en paralelo, una vocecita más bajita le decía que ya nadie hablaba de ella. Que después del accidente, el posteo de su pedido de dadores fue ignorado por todos. Que ni sus amigas de siempre aparecieron, que el último mensaje real había sido de Martu, preguntando si necesitaba algo, y que lo dejó en visto porque no supo qué decir. Todo eso pesaba más que la idea del campo.

—¿Y si no quiero ir? —preguntó finalmente, con un tono más débil de lo que imaginaba.

Marta no respondió de inmediato. Dio un paso hacia la cama, apoyó las manos en el respaldo de la silla, y por primera vez la miró con calma.

—No es un tema de querer o no querer, Constanza. Necesitás resetear. Bajarte un cambio. Volver a vos.

—¿Y eso se hace yéndome al medio del monte? —replicó, con una risa irónica, que apenas le salió.

—Sí. Se hace saliendo de esta vida de mentira. Porque eso es lo que estás viviendo. Una mentira envuelta en filtros.

Constanza la miró fijo. Esa frase la había escuchado mil veces en TikTok, en reels, en videos de gente random que se las da de coach o de gurú de vida. Pero escuchársela a su madre, médica, racional, siempre ocupada, la descolocó.

—Mamá, vos ni sabés lo que es esto. Ni idea tenés. Te pensás que es solo pavadas, pero es lo único que tenemos —soltó, sin pensar demasiado, como si se defendiera de una acusación que aún no había llegado.

—¿Lo único? —repitió Marta—. ¿Lo único que tenés es un teléfono?

Silencio.

—¿Y qué pasa si lo perdés? ¿Si se rompe? ¿Si mañana desaparece todo eso? ¿A vos qué te queda?

Constanza quiso responder que le quedaba ella, que le quedaban sus pensamientos, su personalidad, su forma de ver el mundo. Pero ni siquiera estaba segura de eso. En los últimos días, después de la pijamada, del reto fallido, de las ausencias... algo dentro de ella se había empezado a romper, como una cáscara de algo que hasta hace poco parecía sólido. Y no sabía si lo que había adentro era mejor o peor.

Marta volvió a sentarse. Esta vez no cruzó los brazos.

—Yo no quiero que te vayas solo para castigarte. Quiero que te vayas porque es lo único que se me ocurre para ayudarte.

Eso era lo más duro de todo: que ni su madre tenía respuestas.

Constanza se recostó de costado, mirando hacia la ventana del hospital. La persiana estaba a medio bajar, filtrando una luz grisácea que no marcaba ni la hora ni el clima. Podía ser la mañana o la tarde; no importaba. Todo parecía suspendido en un silencio denso, incluso la conversación con su madre, que ahora miraba el celular con el ceño apretado, pero sin escribir nada. Constanza se quedó quieta, con los ojos abiertos, pero sin mirar. Adentro, todo era un eco.

No sabía si estaba más enojada con su mamá, con sus amigas, con las redes, con ella misma o con el universo entero. Lo único que sabía era que tenía un nudo en el pecho que no se iba con llanto, ni con memes, ni con stories. Un nudo más grande que el golpe en la cabeza, más confuso que la ausencia de likes en el posteo de emergencia, más pesado que la mirada de decepción de su madre. Era una mezcla de cosas que no podía nombrar sin sentirse tonta: sentirse invisible, usada, reemplazable, como si hubiese sido parte de un show que ya no está en cartel.

"¿Y si soy nadie?" volvió a pensar, pero ahora con otra intensidad, como si esa frase se hubiese vuelto más real que su nombre, que su DNI, que la selfie del perfil. La idea la atravesó de nuevo: no tener una identidad si no estaba conectada, si no tenía actividad. Y peor: darse cuenta de que, aun teniéndola, no alcanzaba. No la vinieron a ver. No la abrazaron. Nadie lloró por ella. Nadie se subió al bondi para estar un rato al lado. Solo likes, fueguitos, algún comentario con emojis. ¿Eso era el amor? ¿Eso era la amistad?

—No quiero ir —repitió, esta vez sin levantar la voz, más como un murmullo para sí misma que como un intento de resistencia. Lo dijo sabiendo que no tenía opción, pero también como una manera

de sostener algo propio. Si todo lo demás se derrumbaba, al menos quería que quedara su voluntad, aunque sea dicha en voz baja.

Marta la miró con una expresión indescifrable. No había bronca, ni ternura. Tal vez cansancio. O tristeza.

—Yo tampoco quería quedarme sola cuando tu papá se fue —dijo, de repente—. Pero me quedé. Y te crié como pude. Ahora te toca a vos hacer algo por vos. Porque yo ya no sé cómo ayudarte, Coni.

Ese “Coni” la desarmó un poco. Hacía meses que no la llamaba así. Desde que discutían más de lo que hablaban. Desde que todo se volvió pelea o silencio. Constanza tragó saliva. Algo se le removió adentro, como si una parte de ella estuviera queriendo salir, pero no encontraba por dónde.

No lloró. Pero tampoco pudo quedarse quieta. Movié las piernas bajo la sábana, como si quisiera salir corriendo, escapar de ese cuarto, de esa conversación, de esa versión de sí misma que no le gustaba nada.

Porque, en el fondo, empezar a sentirse nadie dolía. Pero empezar a sospechar que nunca había sido alguien real dolía mucho más.

—Te vas a ir a Yacanto —dijo Marta, sin rodeos, sin pausas, como quien lanza una piedra sabiendo que va a romper algo.

Constanza parpadeó. Había escuchado bien. No lo estaba procesando mal. No era una amenaza disfrazada de advertencia ni una de esas frases que se dicen en caliente y después se olvidan. Era una sentencia.

—¿Y si me pasa algo allá? ¿Y si necesito hablar con alguien? —preguntó, buscando alguna rendija por donde colarse, alguna mínima grieta en esa decisión que ya parecía de cemento.

—Vas a estar con tus abuelos. Y con vos misma —respondió Marta, sin moverse, sin mirarla.

La frase cayó como una piedra en el agua. Nada más. Nada menos. El silencio se instaló entre ellas, no como vacío, sino como peso. Constanza se tapó con la sábana hasta la nariz. No quería que su madre la viera llorar. No quería que la viera así: vencida, frágil, chiquita. Pero tampoco podía evitarlo. Las lágrimas salieron igual, en silencio, empapándole las mejillas y el cuello, hasta mojar la almohada. Era un llanto sin forma, sin grito, sin alivio.

Marta se acercó, le acomodó el pelo detrás de la oreja, y por un instante, solo por un instante, pareció que iba a abrazarla.

Pero no lo hizo.

Solo dijo: —Dormí. Mañana arrancamos.

Y se fue. Dejándola ahí, más chica que nunca, más sola que antes, y con la certeza de que el verano iba a cambiarlo todo.

Esa noche, Constanza no durmió. No del todo. Se acurrucó de costado, buscando una posición que le diera consuelo, como cuando era chica y la abrazaba el oso de peluche que ya no estaba. Miró el techo sin verlo. Las sombras proyectadas por la ventana parecían moverse como pensamientos: lentos, confusos, insistentes. Cerraba los ojos, pero la mente seguía encendida, atrapada en un bucle de imágenes y frases sueltas que no lograba organizar.

A las tres de la mañana, agarró el celular. Lo encendió sin pensar. La pantalla iluminó su cara, devolviéndole una expresión demacrada que no reconocía. Tenía un par de mensajes viejos de grupos del

colegio, todos hablando de cualquier cosa menos de ella. Ningún “¿cómo estás?”, ningún “me contaron lo del hospital”, ni siquiera un meme que pudiera disfrazarse de cariño.

Entró en Instagram. Subió una historia con fondo negro: “Me voy un tiempo. No pregunten.” Agregó un emoji de avión, otro de corazón roto, y una canción de fondo que hablaba de desaparecer.

En menos de un minuto, empezaron a aparecer los “visto”. Uno, diez, veinticinco, cuarenta y seis. Ningún mensaje. Ningún comentario. Solo ojos que miraban y pasaban. Como si fuera un espectáculo que ya no generaba rating. Como si ella no existiera fuera del scroll.

Apagó el celular. Se quedó con él en la mano, como si fuera una piedra caliente. Después lo apoyó en la mesa de luz. No le dijo adiós. Tampoco pensaba dejarlo todavía. Pero algo se había quebrado. Ya no le daba consuelo. Solo ruido.

Cerró los ojos. Recordó la voz de su madre cuando le hablaba de su adolescencia, de las cartas que se escribía con su papá, de las charlas eternas por teléfono con línea fija, de los veranos sin WiFi. Le había parecido un mundo ajeno, antiguo, inútil. Pero ahora, por primera vez, sintió una leve curiosidad. ¿Qué se sentía hablar sin filtros, sin emojis, sin la necesidad de gustar? ¿Qué se sentía no tener que mostrarse todo el tiempo?

La idea de irse a Yacanto seguía pareciéndole una condena. Pero ya no tanto. Había algo en ese silencio que empezaba a sonar menos aterrador. Algo en ese corte que, tal vez, también era una forma de empezar. Como cuando en una videollamada se congela la imagen, y al volver, el sonido llega más claro.

Susurró en voz baja, como si hablara con alguien invisible.

—Capaz necesito desaparecer un rato.

No sabía bien a quién se lo decía. A su yo digital. A sus “seguidores” inexistentes. A su parte rota. Pero al decirlo, algo aflojó. Algo leve, como un botón que deja de apretar. Y con eso, llegó un principio de descanso.

Se durmió con una decisión que aún no era del todo consciente: no iba a luchar contra el verano en Yacanto. Lo iba a habitar. Aunque doliera. Aunque no entendiera cómo.

Y por primera vez en mucho tiempo, la noche la abrazó sin notificaciones.

ÚLTIMO SCROLL

La habitación olía a desinfectante y a encierro. Afuera, la ciudad seguía su ritmo, pero ahí dentro todo parecía detenido. El suero colgaba inmóvil, con una burbuja de aire atrapada que no terminaba de subir ni bajar. Constanza tenía la mirada fija en el techo, pero los pensamientos le golpeaban desde adentro. Le habían traído comida, le habían ofrecido compañía. No aceptó ninguna de las dos cosas. Solo pidió su celular.

Lo tomó con la mano izquierda, la derecha seguía entumecida por el golpe y por las agujas. Lo encendió. La luz le quemó los ojos. Parpadeó. Lo primero fue Instagram: notificaciones por decenas, mensajes privados, stickers animados. Reacciones. Pero nadie ahí afuera había preguntado por ella mientras estaba en el hospital. Nadie.

Pasó a WhatsApp. Grupos saturados, audios sin abrir, memes, emojis. En uno, su supuesta mejor amiga reía con un filtro de rana:

—“Cuando querés ser famosa y terminás internada. Alta red flag, literal.”

Todos se reían. Nadie sabía que lo había visto. Nadie pensaba que ella podría escuchar esas risas desde la cama.

Cerró la app. La pantalla le devolvió su reflejo por un instante. Pálida. Ojeras. Pelo sucio. Labios secos. Como una versión pirateada de sí misma. Bajó la mirada. No lloró. No se enojó. Solo

sintió una tristeza espesa, sin nombre, que se le fue acomodando entre los huesos.

Sin saber por qué, abrió sus propias historias. Empezó a borrarlas una a una. Las del viaje. Las del boliche. La selfie con el texto “viví como si nadie te mirara”. Qué ironía. Siempre había vivido esperando que todos miraran.

La cámara se activó sola. Se vio en primer plano, con la bata del hospital y los ojos rojos. Le tembló la mano. Golpeó el teléfono contra la mesa metálica. No fue un arrebato. Fue un gesto seco, necesario. Una línea cruzó el vidrio. No se rompió del todo, pero quedó marcada. Como ella.

Respiró hondo. Entró a “Mensajes guardados”. Grabó un audio.

—“Si vuelvo... que sea para algo que valga la pena. No para desaparecer.”

Lo dejó ahí. No lo borró. Tampoco lo compartió. Fue como dejar una carta en una botella, sin mar.

Después, apagó el teléfono. Literalmente. Lo dejó boca abajo, lejos de la cama. La habitación se llenó de otro tipo de ruido: el zumbido del fluorescente, el goteo del suero, su propia respiración, ahora irregular. Le pareció oír su corazón. No sabía si estaba acelerado o si era solo el eco de un susto que nunca terminaba de irse.

Miró la ventana. Afuera estaba nublado. Gris claro. Como si el cielo también necesitara un respiro. Imaginó subir una historia: “Modo avión”. O “Nada que mostrar”. Pero no lo hizo. No porque no quisiera. Sino porque ya no sabía a quién le hablaba cuando lo hacía.

Pensó en las veces que había buscado validación con una foto. En los cientos de corazones que había recibido. En los seguidores. Miles. Pero... ¿quién la conocía de verdad? ¿Quién sabía lo que sentía cuando cerraba los ojos? ¿Quién habría venido si la internación duraba un poco más?

Sintió la ausencia como un grito mudo. No era solo de las personas. Era de sí misma. Como si hubiera estado jugando a ser alguien. A ser muchas. Pero no a ser ella.

Volvió a mirar el celular, ahora inerte, como un objeto cualquiera. Y comprendió que no era solo el teléfono lo que debía apagar. Era la necesidad de ser vista por todos, menos por sí misma.

Se acurrucó bajo la frazada. No lloró. No sonrió. No hizo ningún gesto dramático. Solo cerró los ojos. Por primera vez, no para dormirse, ni para desconectarse, sino para estar con ella. Con la que había quedado. Con la que quedaba.

No sabía si mañana lo volvería a prender. Pero por ahora, no lo necesitaba.

Y eso, para su sorpresa, era un comienzo.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

KILÓMETRO CERO

El bolso ya estaba cerrado, pero Constanza lo abrió por cuarta vez. Sacó una campera, la volvió a meter. Sacó el cargador. Lo puso de nuevo. No sabía por qué lo hacía. Solo sabía que no quería que ese bolso estuviera listo, porque eso significaba que ya no había vuelta atrás. En el pasillo, su madre se ataba los cordones con rapidez. La espera tenía olor a detergente viejo y a despedida forzada. La valija de Constanza quedó apoyada junto a la puerta como un animal vencido, sin fuerza para oponer resistencia.

—¿Querés que te prepare unos sanguchitos para el viaje? —preguntó su madre, sin mirar atrás.

Constanza no respondió. Estaba parada frente al espejo del baño, intentando peinarse sin ganas. Cualquier movimiento era demasiado esfuerzo. Se hizo una media coleta y la dejó caer a la mitad. Bajó al comedor con el celular en la mano, pero no lo encendió. Solo lo apretaba como si todavía pudiera extraerle algo. La pantalla negra le devolvía una imagen borrosa de sí misma. Ni siquiera se reconocía en ese reflejo trizado.

Subieron al auto sin cruzar palabras. El cinturón de seguridad le apretaba más de lo normal. La ventana estaba un poco baja, y entraba un aire seco que arrastraba el polvo de la ciudad deshecha. Constanza apoyó la frente contra el vidrio. Las primeras cuerdas le resultaron familiares, hasta que los edificios empezaron a menguar

y el paisaje urbano se fue deshilachando. El GPS marcaba once horas de viaje. Once. Aislada con su madre, sin datos móviles, sin auriculares, sin excusas para evitar la conversación.

—¿Tenés hambre? —preguntó ella, como quien lanza una soga en medio del océano.

—No —respondió Constanza sin moverse.

—Podemos parar cuando quieras —insistió su madre—. Hay una estación con cafecito decente a mitad de camino.

—Alta paja el cafecito —murmuró Constanza, casi sin querer.

La madre la miró de reojo. El silencio volvió a apoderarse del auto como un gas invisible. Después de unos minutos, la mujer soltó, sin anestesia:

—¿Qué te pasa, Coni? ¿Por qué pareciera que todo te da asco?

Constanza tragó saliva. La pregunta le perforó el estómago. Miró hacia adelante, luego al costado, luego al celular apagado. Finalmente explotó:

—¿Y vos por qué fingís que no pasó nada? Literal casi me muero. ¿Te olvidaste ya?

Su madre no respondió. Apretó el volante con fuerza. El motor siguió rugiendo como si nada. Pasaron al lado de un cartel de ruta que decía “Próxima parada: 73 km”. No se dijeron una palabra más. Solo quedaba el zumbido del motor y el leve golpeteo de la ventanilla.

Constanza cerró los ojos, no para dormir, sino para escapar. En su mente, todo se desordenaba. Los recuerdos, los mensajes sin leer, la gente que no apareció en el hospital, la mirada de su madre ahora, todo mezclado como una nube densa que no sabía cómo despejar.

Había empezado el viaje, sí. Pero lo más pesado no estaba en el camino. Lo llevaba adentro.

La estación de servicio apareció en medio de la nada, como una promesa rota. Dos surtidores viejos, una tienda mínima, una banqueta de lata y un cartel inclinado que decía “CAFÉ + TORTA \$3500”. El auto frenó entre un charco reseco y una sombra deformada. La madre apagó el motor con un suspiro cargado. Constanza no esperó indicaciones. Abrió la puerta y caminó directo al baño, con la mochila a medio cerrar, los auriculares colgando de una de las correas. Entró, cerró el cubículo con doble vuelta y se sentó en la tapa del inodoro, sin importarle que estaba sucio.

El celular seguía apagado, pero aún tenía memes descargados en la galería. Los vio uno por uno, como si fueran viejos conocidos a los que ya no le causaban gracia. Se rio igual. Una carcajada hueca, de esas que estallan solas y después se derrumban. Enseguida, las lágrimas le quemaron las mejillas. No quería llorar. No ahí. No como si fuera una nena caprichosa en viaje escolar. Tapó la boca con la campera y agachó la cabeza. Los mocos le corrían sin permiso. El corazón le latía como cuando te escriben “tenemos que hablar” y no sabés si responder o bloquear.

Pasaron quince minutos. Después veinte. La madre golpeó la puerta del baño una vez. Dos veces. Después la voz, seca, filosa: “Constanza, salí. Ya está el café”.

Nada.

El silencio se estiró como chicle pegado al zapato. Constanza no respondió. Apoyó la frente contra la pared fría. Escuchaba todo desde adentro: los autos cargando nafta, una canción pop apenas audible por los parlantes de la tienda, un perro que ladraba sin saber a quién. Sintió que todo el universo podía seguir girando sin ella.

Veinticinco minutos. Golpes más fuertes. Luego, una voz desconocida. El encargado. Preguntaba si había alguien adentro. La madre explicaba. Se escuchó una radio, un par de risas incómodas. Y de repente: ¡crack! La puerta cedió con un golpe seco. El pestillo voló hacia el piso. Constanza gritó. El encargado —un tipo gordo, pelado, con cara de que ya había vivido demasiadas situaciones parecidas— se quedó parado como si no supiera qué hacer con su cuerpo.

—Señora, discúlpeme... pero esto no es un hotel —dijo mirando a la madre, que había entrado furiosa.

—¿Vos estás bien? —preguntó la madre, pero no fue una pregunta real. Fue una descarga.

Constanza no respondió. Salió caminando sin mirar a nadie. Subió al auto y cerró la puerta con un golpe seco.

El bolso se quedó ahí, al pie del lavabo.

Dentro, estaban los auriculares con las puntas gastadas, una libreta donde había escrito frases como “hoy me odio más que ayer” o “nadie quiere escuchar lo que me duele”, una remera de su banda favorita que ya no escuchaba, una carta vieja de Luli con corazones en la firma, y una pulsera celeste que le había regalado Male cuando todavía eran amigos y se contaban todo.

No fue solo por las cosas. Fue por lo que significaban. Todo eso era ella. O, al menos, la versión anterior de ella. Y ahora estaban atrapadas en un baño de estación, al lado de un tacho de papel higiénico roto y una puerta colgando.

Sintió que se había olvidado a sí misma.

El auto volvió a la ruta, pero el aire ya no era el mismo. Todo dentro del vehículo parecía denso, empastado. La madre sostenía el

volante con los nudillos tensos. No encendió la radio. No hizo ningún comentario. El viento entraba apenas por una ventanilla trasera mal cerrada y silbaba un sonido agudo, constante, como un mosquito clavado en la sien. Constanza apoyó la frente contra el vidrio. Le ardía la garganta, pero no iba a hablar. No iba a ser ella la que aflojara.

Pensó en el bolso. En todo lo que había quedado atrás. Se lo imaginaba solo, apoyado en ese piso húmedo, como un cadáver tibio. Lo peor no era perder las cosas. Era perder los símbolos. La carta de Luli no era una carta: era la única prueba de que alguien la había querido en serio alguna vez. La pulsera no era un adorno: era la última vez que alguien le prometió que iban a ser "mejores amigas forever". La libreta tampoco era solo un cuaderno: era su grito, aunque lo hubiese escrito en silencio. Y ahora todo eso era basura. Nadie iba a rescatarlo. Nadie iba a entender que en ese bolso se había quedado parte de su historia.

La madre, sin dejar de mirar el camino, soltó una frase como al pasar.

—Tenés los ojos hinchados, Coni.

Constanza no contestó.

—¿Querés que paremos en la próxima estación? Compramos otra remera, no es para tanto.

Ahí sí habló.

—No entendés nada. Literal, no entendés nada.

—¿Y qué querés que entienda, Constanza? ¿Que esto es el fin del mundo? ¿Que olvidarse un bolso es una tragedia griega? —La madre no gritaba, pero la ironía cortaba como una cuchilla.

—Era mi mundo —susurró ella, más para sí misma que para su madre.

—No es sano que tu mundo esté en una mochila, hija.

Otra vez silencio. Largo. La madre siguió manejando. Un camión los pasó por la izquierda y dejó una estela de viento sucio. Constanza se abrazó a sí misma. Se sintió de pronto como una nena de cinco años perdida en un supermercado. El mundo se había vuelto ajeno, todo le resultaba hostil. Hasta el asiento le molestaba. Nada encajaba.

—Mamá... —dijo, bajito.

La madre giró apenas el rostro.

—¿Qué?

—¿Y si no me sale ser otra?

—¿Otra qué?

—Otra versión. No sé... otra yo.

—No tenés que ser otra. Solo tenés que empezar a estar.

No supo qué significaba eso. Pero no discutió. No tenía fuerzas. Cerró los ojos. El sol le daba en la cara. Sentía el calor como una presión. Abrió la boca para decir algo más, pero se le cerró el pecho. Entonces, en lugar de hablar, se desarmó. Lloró otra vez, en silencio. Las lágrimas le corrían sin drama, sin mueca. Solo caían. Como si fueran parte del viaje.

La ruta seguía. Cada vez más árboles, más monte, más campo. Menos señal. Menos gente. Menos ruido. Más adentro.

Faltaban exactamente sesenta kilómetros cuando el auto empezó a vibrar con un golpeteo sordo que creció hasta volverse imposible

de ignorar. Marta frenó en la banquina con una maniobra brusca, como si en lugar de detenerse estuviera expulsando algo de sí. El sol caía a pleno y el polvo flotaba en el aire quieto del mediodía. Constanza bajó sin ganas, pero con la expectativa absurda de que fuera un error. No lo era. La goma trasera izquierda estaba aplastada como una empanada pisada.

—Perfecto —dijo la madre, con una mueca seca—. Lo que nos faltaba.

Constanza cruzó los brazos, se sentó en el pasto al costado del camino y sacó el celular. Nada de señal. Ni una rayita. Intentó recargar TikTok para buscar algún video de “cómo cambiar una rueda”, pero el círculo de carga giraba en una danza inútil.

—No hay nada, mamá. Literal nada. ¿Cómo no hay señal? ¿Qué somos, cavernícolas?

—Estamos en el medio del campo, Coni.

—Me estás jodiendo. ¿Y si nos morimos acá? ¿Qué hacemos? ¿Le mandamos señales de humo a Elon Musk?

La madre ni siquiera sonrió. Abrió el baúl y sacó el gato hidráulico como si supiera lo que hacía. No lo sabía. Lo apoyó mal, no encontraba el punto exacto, y cada intento fallido la volvía más torpe. Las dos forcejeaban con los brazos sin coordinación, mientras el auto se negaba a colaborar. Un zumbido de abeja era lo único que interrumpía el mutismo del campo. Constanza miraba alrededor como si esperara que alguien, quien fuera, apareciera a salvarlas.

Y apareció.

Un auto viejo, verde oliva, se detuvo unos metros más adelante. Bajó un hombre de unos cuarenta y pico, con sombrero de tela, jeans gastados y una sonrisa transparente.

—¿Necesitan ayuda?

Marta dudó medio segundo, luego asintió.

—Pinchamos y no tenemos idea.

—Se nota —dijo él, con una risa suave. Caminó con pasos tranquilos y miró la rueda como quien examina una herida vieja. En cinco minutos ya tenía el gato colocado, la tuerca floja, y el auxilio listo.

Constanza lo observaba con desconfianza, pero también con un dejo de curiosidad. En otro contexto, hubiera hecho un video de eso. “Dos inútiles ciudadinas rescatadas por el vaquero del monte”.

Cuando terminó, Marta quiso darle dinero. Él levantó las manos, negando.

—No, por favor. No hace falta.

—Te lo pido, al menos para el combustible.

—Te juro que no. Me alegra haber pasado justo ahora.

Se sacudió las manos en el pantalón y se preparó para volver a su auto. Pero antes de subirse, la miró de nuevo, con un gesto de reconocimiento que tardó un instante en cuajar.

—Pará... ¿vos sos Marta Villalba?

Marta se tensó un poco, pero sonrió.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Sí, sí. Yo soy Nico. Nico Torres. Estudiamos en el mismo cole. Yo era uno de los que andaban con los del fondo, seguro ni te acordás. Vos eras de las que se iban siempre con la bici hasta la ruta.

—¡Nico! Claro que me acuerdo. ¡Qué increíble!

—¿Volviste al pueblo?

—No... bueno, sí, en realidad. Mi hija viene a pasar el verano con mis viejos. Yo la estoy dejando allá.

Él miró a Constanza, que seguía en silencio, mirando a los dos como si hablasen otro idioma.

—Qué bueno. Es lindo Yacanto para despejarse —dijo él, y le guiñó un ojo a la adolescente, que apenas levantó una ceja—. Que tengan buen viaje.

Y se fue.

Marta subió al auto sin decir nada. Constanza también. Se miraron un instante, pero ninguna comentó la coincidencia. Solo el motor volvió a sonar. Y ahora, además, el zumbido de la rueda de auxilio mal inflada. La ruta seguía. Cada vez más lejos del mundo conocido.

La entrada al pueblo no estaba señalizada con un cartel brillante ni una avenida principal. Solo un desvío de ripio, una hilera de álamos, y una lomada que dejaba ver los techos de chapa oxidada, como si el tiempo no hubiera avanzado desde los años noventa. Constanza pegó la cara a la ventanilla sucia. No por curiosidad, sino por inercia. Lo primero que sintió fue un cambio de luz. La claridad era más espesa, más blanca. El cielo parecía más cerca. Las montañas, enormes y calladas, envolvían todo con una presencia que no necesitaba hablar.

Marta bajó la velocidad al entrar por la calle principal. Dos perros dormían en la sombra de una verdulería. Un hombre leía el diario en una reposera en plena vereda. Una señora regaba las plantas con una manguera fina, que formaba un arco de gotas en cámara lenta. Constanza tragó saliva. No había murales políticos, ni deliverys en moto, ni pantallas led. No había ruido. Literalmente. Solo el eco del motor y un viento seco que movía las ramas de los sauces.

—Llegamos —dijo Marta.

Constanza no contestó. Sus ojos giraban despacio, como si intentaran registrar todo antes de que desapareciera. Bajó del auto. El aire tenía un olor a tierra caliente mezclada con pasto recién cortado. No era desagradable. Solo era demasiado. Cada cosa parecía estar ahí desde siempre. El silencio no era vacío. Era presión.

La casa de los abuelos era de ladrillo visto, con un alero de madera y cortinas tejidas. La abuela estaba en la puerta, con el delantal puesto y los brazos abiertos. El abuelo, detrás, levantó una mano en saludo, sin moverse de su sillón en la galería.

—¡Coni! —gritó la abuela—. ¡Qué linda estás, mi amor!

Constanza se dejó abrazar. No dijo nada. No hacía falta. Había algo en esa mujer arrugada que olía a estufa a leña, a sopa con fideos moñito, a cuentos repetidos.

Cuando entró a la casa, buscó la clave del WiFi sin que nadie lo notara. Nada. Ni red abierta, ni señal. Se sentó en la cama que le habían preparado, con sábanas floreadas y una almohada demasiado alta. Apoyó el celular en la mesa de luz. Lo encendió. Buscó alguna barra de señal. Cero. Quiso llorar. No por la desconexión. Por la confirmación.

Estaba afuera.

No solo del grupo, de las historias, de los trending topics.

Estaba afuera del mundo.

Pero en esa periferia había un murmullo distinto. El de la pava silbando en la cocina. El del gallo del vecino. El de una rama raspando el techo. El de una abuela que la llama por su nombre con ternura y no con @.

Suspiró. Se acostó de espaldas. Miró el techo. No era de durlock. Era madera verdadera. Cruda. Real.

Y por primera vez, el silencio no dolía tanto.

Esa noche, el pueblo se llenó de grillos y olor a pasto húmedo. En la cocina, el horno despedía el aroma espeso y acogedor del pastel de papa. Marta se quedó a dormir, aunque había dicho que volvería en el mismo día. Se lo notó en los ojos: necesitaba ese abrigo. El de su madre, el de su infancia, el de un lugar donde nadie le exigía sostener nada.

—No hay nada como tu pastel de papa, má. Literal, me transporta —dijo Marta mientras cortaba la primera porción, todavía humeante.

—Ay, hija... si supieras cuántas veces lo hacía solo para verte sonreír —respondió la abuela con una media sonrisa y la voz más baja de lo habitual.

Comieron despacio, sin mirar el celular, porque nadie lo hizo sonar. Constanza pinchaba el puré con el tenedor como si fuera plastilina. No lo odiaba. Pero tampoco iba a admitir que estaba rico.

—¿Te acordás cuando te caíste del árbol de mora y dijiste que el pasto te empujó? —preguntó el abuelo, entre cucharadas.

—¡Sí! Y después me inventaron un cuento con eso. Que el pasto hablaba y era brujo —rio Marta, con una carcajada auténtica, casi infantil.

La mesa se llenó de anécdotas. Que el viejo televisor blanco y negro que se encendía solo. Que la vez que Marta quiso teñirse con anilina y terminó violeta. Que los veranos con pileta inflable y guerras de agua en la calle.

Constanza los escuchaba sin intervenir. Masticaba lento, con el cuerpo presente pero el alma en otro plano. Para ella, todo eso sonaba a historia reciclada, a mundo oxidado. A aburrimiento maquillado de nostalgia.

Después se quedaron un rato largo en la mesa. Marta apoyó la cabeza en el hombro de su madre. El abuelo se durmió en la silla, con el vaso a medio terminar. Constanza desapareció antes de que alguien la retuviera.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

MODO CAMPO

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

EL PUEBLO

A la mañana siguiente, el desayuno fue sencillo: pan casero, dulce de membrillo, mate cocido. La abuela Irma ya estaba en la cocina cuando la luz apenas asomaba por la ventana. Todo estaba dispuesto sobre un mantel bordado con flores azules que había hecho ella misma, según dijo. Marta no había dormido bien, se notaba en las ojeras suaves y en esa manera ansiosa de revolver el mate cocido sin tomarlo. Sin embargo, sonreía. Se la veía distinta. Más liviana. Como si el viaje, el reencuentro con su pueblo, o tal vez el hecho de haber tomado una decisión firme sobre su hija, le hubieran despejado algo por dentro.

—Mirá lo que encontré ayer —dijo, sacando un sobre arrugado del bolso que había dejado sobre una silla—. Pensé que lo había perdido.

Adentro había fotos. Marta de chica, con trenzas mal hechas, rodillas raspadas, una sonrisa desapareja y un vestido blanco con margaritas. En otra, ella y su madre, Irma, estaban en la orilla de un arroyo, los pies descalzos, las manos embarradas. La imagen era borrosa, pero había algo auténtico en ese gesto de alegría congelado en papel fotográfico amarillento.

—¿No sos igual a tu mamá? —dijo Irma, mostrándole una a Constanza con una mezcla de ternura y picardía.

—No. Nada que ver —respondió ella, seca, sin levantar la vista.

Miró las fotos como quien mira un álbum ajeno. No por desinterés fingido. Era una desconexión real. No le generaban nada. Ni ternura, ni curiosidad. Ni rechazo. Simplemente nada. Como si todo lo que estaba pasando fuera un reality ajeno, de esos que se reproducen de fondo mientras uno scrollea sin mirar. Se levantó sin decir nada, dejó la taza sin terminar y se encerró en la habitación. Abrió el celular por reflejo. Cero señal. Cero barra. Cero mundo.

La casa de sus abuelos era una mezcla de piedra y madera, con techos bajos y ventanas que no sellaban del todo. Cada rincón tenía algo que crujía, ya fuera una tabla del piso o una puerta al cerrarse. En el marco de la puerta principal, oxidada pero firme, colgaba una campana de hierro fundido. Tenía grabado “Marta Villalba – 1976”. El año en que había nacido su madre. Constanza la había visto al llegar, pero no había dicho nada. Le había parecido cursi.

El abuelo, Don Ernesto Villalba, estaba afuera, limpiando con esmero una camioneta Ford F-100 celeste, modelo 1980. La pintura estaba opaca, pero el motor sonaba como si acabara de salir de fábrica. Era de esos hombres que no hablaban mucho, pero cuando lo hacían, se escuchaban. Alto, de manos anchas, con una barba blanca y una boina que no se quitaba nunca, salvo para dormir. Siempre tenía una herramienta en la mano, aunque no estuviera arreglando nada.

Cuando Marta anunció que era hora de partir, Constanza apenas si salió a despedirse. Un abrazo rápido, sin intención de sostenerlo. Marta lo aceptó. Se notaba que algo le pesaba, pero no insistió. Subió al auto después de decir unas pocas palabras:

—Portate bien, Coni. Te va a hacer bien estar acá. Escuchá a tus abuelos. Yo te llamo apenas llegue.

La puerta se cerró con un golpe hueco. Irma la vio alejarse por la ventana de la cocina, secándose las manos con el delantal.

—Está bien, mi amor —le dijo a su nieta, entrando al cuarto sin golpear—. No te preocupes. Ya va a pasar. El tiempo todo lo cura... menos la vejez y la locura —agregó con media sonrisa.

Constanza no respondió. Estaba acostada boca abajo, con la cara metida en la almohada. Quería llorar, pero se había prometido no hacerlo. Otra vez no.

—Vestite, que tu abuelo te lleva al pueblo. Está lustrando la camioneta como si fueras a ir al baile.

No hubo respuesta. Solo el ruido de la cama cuando ella se incorporó con desgano.

Minutos después, la F-100 ronroneaba cuesta abajo por el camino de ripio. Ernesto manejaba sin decir mucho, pero señalaba de vez en cuando: el arroyo, la escuela rural, una casa con un molino. Al llegar al pueblo, estacionó frente al almacén de “Don Simón”. Un hombre de unos sesenta, con delantal blanco y mirada viva, salió a recibirlos.

—Así que esta es la nieta de Ernesto —dijo, como si ya lo supiera desde antes.

Constanza levantó la mirada, sorprendida.

—¿Y usted cómo sabe?

—Nicolás me contó —respondió, sonriendo—. Me dijo que te había ayudado con la rueda. Buen chico.

Ella no supo qué decir. Solo asintió y lo siguió en silencio mientras su abuelo hablaba con Simón como si fueran amigos de toda la vida.

Después pasaron por la panadería “La Trenza de Miel”, atendida por Doña Elvira, una señora de voz chillona y manos enharinadas. Le regaló a Constanza una factura recién horneada. También conocieron a Doña Celia, que manejaba la tienda de telas; al boticario Darío, que era fanático del ajedrez; y a una pareja joven, Lucía y Mauro, que tenían un pequeño café reciclado de una vieja estación de tren.

Cada uno de esos rostros la saludaba con una calidez desconcertante. No la conocían, pero igual sonreían. Le preguntaban por su viaje, por su estadía, por la familia. Para Constanza, todo eso era demasiado. Demasiado contacto, demasiada humanidad.

Demasiado real.

El sol empezaba a picar fuerte cuando volvieron del pueblo. Constanza bajó de la camioneta sin mirar a nadie, con la factura aún a medio comer, envuelta en el papel manteca que le había dado Doña Elvira. Le daba vergüenza admitirlo, pero estaba rica. Crujiente por fuera, dulce sin empalagar, con ese gusto casero que ninguna franquicia podía replicar. Pero no iba a decirlo. Ni muerta.

En cuanto cruzó el portón de madera, se fue directo a su cuarto. Cerró la puerta, bajó la persiana, se tiró a la cama. Aún tenía puesta la misma ropa del viaje. Sentía la piel pegajosa, el pelo revuelto, las medias húmedas. Pero más que sucia, se sentía invadida. Por las caras sonrientes, las preguntas sinceras, la cercanía no solicitada. En el pueblo todos sabían su nombre, su historia, su cara. Todos sabían que era “la nieta de Ernesto”. No era anónima. No podía desaparecer.

Irma no dijo nada. La dejó encerrarse. Preparó el almuerzo con calma. Tallarines caseros. Salsa de tomate con albahaca de su huerta.

Pan calentado en horno a leña. Cuando estuvo todo listo, tocó la puerta.

—Coni, la comida está en la mesa.

No hubo respuesta. Solo un “ya voy” sin entonación, sin intención.

En el comedor, Don Ernesto ya estaba sentado, con el tenedor en la mano. No parecía apurado, pero tampoco del todo cómodo. Había una tensión flotando en el aire, esa clase de incomodidad que se nota más por lo que no se dice que por lo que se dice. Irma lo miró y se encogió de hombros.

—Ya va a aflojar —murmuró, sirviéndole.

Constanza llegó cinco minutos después, con el celular en la mano. A pesar de no tener señal, lo usaba como barrera. Fingía revisar algo, buscar archivos, ver fotos antiguas. Cualquier cosa que la desconectara de la mesa.

—¿Querés queso? —le preguntó la abuela, levantando la fuente.

—No, está bien —respondió ella, sin mirar.

Comieron en silencio. Solo se oía el ruido de los cubiertos y el canto de un pájaro afuera. Ernesto rompió el hielo:

—Mañana tengo que ir a buscar unos cajones a la feria. Si querés, me acompañás.

Constanza levantó los ojos como si le hubieran pedido escalar una montaña.

—¿Para qué?

—Para conocer el pueblo. Y para dar una mano, ya que estás acá.

Ella no respondió. Volvió a mirar la pantalla negra de su celular. Ni siquiera una rayita de WiFi. Nada. Como estar en una caja cerrada.

Después del almuerzo, fue al patio a sentarse en el banco de madera bajo el árbol de níspero. No había notificaciones, ni historias nuevas, ni sonidos digitales que la sostuvieran. Solo el viento, los bichos, el crujido de las hojas. El vacío.

Ahí fue cuando Irma se sentó a su lado, con dos mates cocidos en las manos.

—¿Sabés una cosa? Cuando tu mamá tenía tu edad, también quería irse de acá.

Constanza no respondió, pero tampoco se fue. Tomó el mate sin agradecer.

—Decía que este lugar era un embole. Que todos los vecinos la espiaban. Que no podía respirar.

—Y tenía razón —dijo Constanza, al fin—. Es un bajón esto.

Irma asintió, como si no se lo tomara personal.

—Y, sin embargo, cuando estaba triste, o cuando no sabía qué hacer con su vida... siempre terminaba volviendo.

—¿Y eso qué significa?

—Que a veces no es tan malo tener un lugar al que volver.

Silencio.

—Mirá, mi amor —dijo la abuela, cambiando el tono—. Yo sé que esto no es lo que querías. Pero tratá de darle una oportunidad. A la comida, a los lugares, a la gente. A nosotros.

Constanza miró hacia el campo, los cerros al fondo, la sombra del galpón viejo. Todo era muy distinto a lo que conocía. Y eso, en el fondo, era lo que más le molestaba.

No podía fingir que le gustaba. Tampoco podía irse. Estaba atrapada entre la nostalgia ajena y su propio fastidio. Lo único que sabía era que, por ahora, no quería adaptarse.

—Voy a dormir la siesta —dijo, levantándose con el mate aún en la mano.

—Déjalo, yo me encargo —respondió Irma, tomando la taza con cariño.

La vio alejarse sin decir nada. Solo la miró. Como si supiera que el conflicto no era con ellos. Era con ella misma.

El cuarto seguía igual desde que había llegado, pero ahora pesaba distinto. Las paredes de madera oscura, el armario antiguo con la pintura descascarada, el crucifijo sobre la cama, la cortina de tela gruesa que apenas dejaba pasar la luz. No había enchufes suficientes. No había espejo. El techo crujía con cada ráfaga de viento. Era como estar en una cabaña detenida en el tiempo, una cápsula sin salida.

Constanza se tiró boca abajo sobre la colcha tejida a mano. Se llevó la almohada a la nuca y apretó los dientes. La siesta era una tortura. Dormir con sol. ¿Quién hacía eso? Se sentía como una condena. Todo era demasiado calmo, demasiado callado. Le dolía el silencio.

Buscó su bolso. Lo revolió. Se había traído un libro que le prestó Mili pero no tenía ganas. Un par de revistas viejas, auriculares, un cuaderno con stickers. Nada servía. Encendió el celular. Lo

sostuvo con fuerza como si pudiera forzarle señal. Nada. Ni un rayito. Ni una E. Nada.

Abrió la galería. Empezó a deslizar fotos sin verlas. Las del viaje con su mamá cuando tenía nueve. Las selfies con su mejor amiga en el baño del cole. Una imagen que había editado para subir en el verano pero nunca posteó. El vestido azul, el filtro de polvo dorado. Se quedó mirándola un rato. No se reconocía. No le caía bien esa cara.

Pasó al archivo de audios. Reprodujo uno que había grabado hacía semanas. La voz de Luli. Estaban en el patio del colegio, riéndose porque a una profesora se le había caído la peluca con el viento. El audio tenía ruido, estaba mal grabado, pero igual la hizo reír. O eso creyó. Porque enseguida le vino una angustia inesperada, espesa, como una oleada que sube desde el pecho. Lloró. No fuerte. No en voz alta. Lloró hacia adentro. Como si el cuerpo le pidiera aflojar, pero la mente no lo dejara.

Abrió el cuaderno. Había frases escritas con marcador rojo: “No me entienden”, “Quiero desaparecer”, “Nadie me escucha”, “Estoy cansada de fingir”. Lo había escrito en el pico de uno de sus arranques, cuando se sentía sola, aunque tuviera cien chats activos. Cerró el cuaderno. Respiró hondo. Le dolía la cabeza.

Fue a la cocina sin ganas. Irma estaba lavando tomates. Ernesto afilaba una cuchilla con movimientos rítmicos. La cocina olía a cebolla salteada y orégano. Constanza se quedó en el umbral, sin decir nada.

—¿Querés ayudarme con el pan? —preguntó Irma, sin girarse.

—No sé hacer pan —respondió, seca.

—Yo tampoco sabía. Pero aprendí —dijo la abuela con una sonrisa corta.

Eso bastó. Sin pensar, se acercó. Se lavó las manos. Tocó la harina. Hundió los dedos. Sintió por primera vez el contraste entre lo pegajoso y lo tibio. Era raro. Pero no desagradable. Irma le mostró cómo hacer el huequito para la levadura. Cómo ir agregando agua de a poco. Cómo amasar. No hablaron mucho. Apenas lo justo.

—Esto me relaja —dijo la abuela, mientras amasaban juntas—. Siempre que estoy nerviosa, amaso.

—Yo cuando estoy nerviosa rompo cosas —respondió Constanza sin pensarlo.

Irma la miró de reojo. No con juicio. Con comprensión.

—Bueno, entonces hoy cambiás eso —dijo.

Siguieron amasando. Después cubrieron el bol con un repasador limpio y lo dejaron en un rincón.

—Va a crecer —dijo Irma—. Hay que dejarlo tranquilo. Como a vos.

Constanza no respondió, pero por dentro sintió que la frase le quedó dando vueltas.

Después, se duchó por primera vez desde que llegó. El agua era tibia, sin mucha presión, pero suficiente. Se puso un buzo limpio. El celular quedó apagado sobre la mesa de luz. Se sentó junto a la ventana, con el pelo mojado y una taza de té de boldo. Miró los cerros lejanos. Seguían ahí. Eternos.

Por primera vez desde que había llegado, no quiso estar en otro lugar.

Afuera, el sol comenzaba a caer y el cielo se volvía naranja sucio, como si alguien lo hubiera manchado con dedos llenos de durazno. Desde la galería, se oía el silbido del abuelo Ernesto mientras limpiaba los faroles de la vieja F100. Cada tanto, un perro ladraba a lo lejos. Y nada más. Ni gritos, ni motores, ni notificaciones.

—Vamos al pueblo —anunció Irma desde la puerta, secándose las manos con el delantal—. El abuelo ya cargó agua y nos espera en la camioneta. Vamos a comprar unas cosas antes de que cierre todo.

Constanza tardó en reaccionar. Seguía sentada junto a la ventana, con la taza de té vacía entre las piernas.

—¿Tengo que ir? —preguntó sin moverse.

—No —respondió Irma—. Pero te va a hacer bien.

Eso bastó. Se puso una campera y fue. Ernesto ya había encendido el motor, la radio apenas susurrando una zamba vieja. Constanza se sentó al medio, entre los dos. El asiento de cuero crujía y olía a polvo y a grasa.

El camino era de tierra y sacudía con cada piedra. A cada metro, el paisaje se volvía más extraño para ella: pastos largos, árboles torcidos, gallinas sueltas, postes torcidos. De vez en cuando, cruzaban a alguien en bicicleta o a caballo. Todos saludaban. Todos. Con un gesto mínimo, con una mano en el aire, con la cabeza inclinada.

—¿Por qué saludan si no nos conocen? —preguntó.

—Porque sí —dijo Ernesto—. Porque no cuesta nada. Porque en los pueblos, todos importan.

Ella miró por la ventanilla. Le parecía absurdo. Sospechoso, incluso. Como si hubiera algo detrás de tanta amabilidad. No estaba acostumbrada a eso. Nadie en su mundo saludaba a desconocidos. Ni siquiera al vecino del piso de enfrente.

Llegaron al almacén. Un edificio bajo, con ventanas pequeñas y un cartel pintado a mano que decía “Almacén Los Aromos”. El olor a yerba, a pan viejo y a fiambre se sentía desde la entrada. Detrás del mostrador, un hombre robusto, con barba blanca y delantal gris, los recibió con una sonrisa.

—¡Don Ernesto! ¡Irma! Y esta... tiene que ser Constanza.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿Cómo sabe? —preguntó, desconfiada.

—Nicolás me contó que las había visto en la ruta. Dijo que la nieta de Ernesto tenía cara de ciudad —dijo el hombre, guiñando un ojo—. Y no se equivocó.

—¿Quién es Nicolás? —preguntó el abuelo.

—El muchacho que les ayudó con la rueda, el hijo de Rolando y María, la que tenía la vaca tuerta, —dijo Irma, como si nada.

—Ahhh... asintió Ernesto.

El almacenero se llamaba Don Raúl. Le ofreció un caramelo de miel, sin pedir permiso. Ella lo aceptó, más por incomodidad que por gusto. El sabor era extraño, pero no del todo malo.

Después pasaron por la panadería. “El Trigo”. Una mujer regordeta, con una trenza blanca hasta la cintura, los recibió entre estantes de bizcochitos y bollos humeantes.

—¡Mirá lo que tenemos hoy, Irma! Pan casero con chicharrón. Y tortas fritas. Calentitas.

Se llamaba Lidia. Tenía las manos manchadas de harina y hablaba como si conociera a Constanza de toda la vida. Le regaló una tortita frita envuelta en servilleta. Aún quemaba.

—Gracias —dijo Constanza, por reflejo.

—Vos sos la hija de Marta, ¿no? —preguntó Lidia—. ¿Cómo está ella?

—Bien... creo —respondió, incómoda.

—Le hicimos la torta de los quince, ¿sabías? Con flores de azúcar. Una belleza.

A cada paso, algo nuevo le sacudía el piso. Era como si todos tuvieran más recuerdos de su mamá que ella misma. Como si el pueblo hubiera guardado una parte de Marta que ella nunca conoció.

Pasaron por la ferretería de Don Eliseo, donde Ernesto compró clavos y aceite. Después por la librería “La Gaceta”, atendida por una señora menuda llamada Teresa, que tejía mientras esperaba clientes. Y, por último, la veterinaria del pueblo, donde había una caja de gatitos para adoptar.

Todo eso en menos de una hora. Cada lugar, una historia. Cada persona, una conexión. Constanza iba anotando mentalmente cada nombre, cada cara, cada palabra. Sin querer, su mente empezaba a hilar otra red. No de WiFi, sino de rostros, de vínculos, de cosas que no se suben pero que quedan.

Cuando volvieron a casa, el cielo ya estaba rojo, y la abuela preparaba sopa de verduras con fideos gruesos. Ernesto prendía la salamandra. Ella se dejó caer en la silla de la cocina, con las piernas entumecidas pero el corazón latiendo distinto. Más espacio. Pero más fuerte.

Esa noche, cenaron temprano. La abuela sirvió sopa en tazones de loza agrietados y pan tostado con ajo. El calor de la cocina contrastaba con el frío que se colaba por las ventanas mal selladas. Afuera, los grillos y el crujido de la leña acompañaban en silencio. Nadie hablaba demasiado. Solo los ruidos naturales, los cucharones raspando los bordes del plato, el sorbo lento del mate cocido que tomaba Ernesto después de comer.

Constanza masticaba con desgano. Miraba el plato como si fuera una pintura costumbrista que no entendía. Todo le resultaba denso, ajeno, antiguo. No era solo la sopa, era el mundo entero que se abría delante de ella sin ningún ícono que pudiera tocar. Sin likes, sin stories, sin barra de señal.

Irma notó la incomodidad de su nieta, pero no dijo nada. Solo le ofreció más pan.

—¿No te gusta? —preguntó en voz baja, mientras recogía la mesa.

—Está bien —respondió Constanza, con tono neutro—. Solo que... es raro comer así.

—¿Así cómo?

—Sin celular. Sin nada más. Solo... comer.

Irma sonrió y se sentó frente a ella.

—Acá la comida no es para subirla a ningún lado. Es para compartirla —dijo—. Aunque sea en silencio.

La frase flotó un rato, sin respuestas. Luego, Irma trajo un cuaderno de tapas duras y lo puso sobre la mesa. Viejo, con manchas de aceite y tierra en las esquinas. Constanza lo abrió. No

eran recetas. Eran frases. Ideas. Reflexiones escritas con letra apretada. La letra de su abuela.

—¿Esto es tuyo?

—Sí. De cuando no había televisión. Ni radio. Solo el cielo y los pensamientos —dijo—. Antes, uno no se aburría. Se escuchaba.

Constanza pasó las hojas sin mirar realmente. Pero algo la tocaba. Como si una parte de ella, muda desde hacía tiempo, empezara a murmurar. A recordar que también sabía escribir. Que alguna vez anotaba frases en una libreta cuando sentía que el mundo no la entendía.

Esa noche, se acostó sin mirar el celular. Lo tenía apagado, guardado en el cajón. No por convicción, sino porque ya no tenía sentido. No había señal. No había nada que esperar del otro lado. Solo lo que estaba ahí: una cama dura, una frazada con olor a lavanda, y un murmullo de grillos que parecía un idioma nuevo.

Se durmió sin darse cuenta. Por primera vez en mucho tiempo, sin auriculares, sin música, sin scroll. Solo la respiración. Solo ella.

A la mañana siguiente, se despertó con el canto de un gallo. Confundida, tardó en recordar dónde estaba. Caminó en silencio. La casa ya estaba en movimiento. Ernesto tomaba mate afuera, en el galpón. Irma amasaba pan. El aroma era cálido, dulce, familiar. Casi maternal.

—Buen día —dijo, sin ganas.

—Buen día, Coni —respondió Irma, sin mirarla, con las manos llenas de harina—. Dormiste como un tronco.

—¿Qué hay para desayunar?

—Lo de siempre. Pan casero, dulce de membrillo, mate cocido.

Constanza se sirvió sin decir más. Masticó despacio, observando cada objeto de la cocina. Los frascos etiquetados a mano. Los repasadores desparejados. Las fotos antiguas enmarcadas, en blanco y negro. Una de ellas mostraba a Marta, a los siete u ocho años, sobre un caballo, con una sonrisa desdentada y una rama en la mano.

—Tu mamá era terrible a esa edad —dijo Ernesto, entrando con las botas llenas de barro—. Una vez se cayó del techo por treparse a buscar nísperos. No sabés cómo gritó.

Constanza no respondió. Pero se quedó mirando la foto. Algo en esa imagen, en la libertad de esa sonrisa, le pareció desconocido. Como si no fuera la misma mujer que ahora vivía estresada, midiendo todo con horarios, alarmas, recordatorios. Como si esa niña hubiese quedado atrapada en otro mundo. Y ella, Constanza, no supiera cómo recuperarla.

Cuando terminaron de desayunar, Ernesto se levantó.

—¿Lista para ir al pueblo? Hay que buscar harina, y de paso pasamos por la veterinaria. Ayer parió la perra de Felipe, y necesito una pomada.

Constanza dudó.

—¿Yo tengo que ir?

—No. Pero sería bueno que conozcas a la gente. Nadie muere —dijo Ernesto, ajustándose el cinturón.

Irma se acercó con una bolsa tejida.

—Llévate esto. Tiene unas empanadas y tortas fritas para Doña Lidia. Se las prometí ayer.

Tomó la bolsa sin protestar. Afuera, la F100 ya esperaba, con su único asiento largo tapizado en cuerina, rajado en la esquina del lado del conductor. Pero antes de arrancar, Ernesto la llevó al galpón.

—Antes de irnos, tenemos que cargar los tachos para Felipe, el veterinario —dijo, señalando seis bidones metálicos oxidados, vacíos, pero robustos.

—¿Y eso?

—Maíz. Los voy a llenar allá en el granero, pero primero hay que atarlos bien.

Los arrastraron uno a uno hasta la caja de la camioneta. Constanza resoplaba con cada movimiento. Ernesto la miraba en silencio, hasta que se acercó con un rollo de sogas.

—Agarrá ese cordel. Le das dos vueltas y un nudo. Mirá.

Subió de un salto a la caja y le mostró, repitiendo con precisión: dos vueltas y un nudo. Luego con el siguiente: dos vueltas y un nudo.

—Ya entendí —dijo Constanza, con fastidio.

—Muy bien. Entonces hacelo —le dijo Ernesto, bajando y cruzándose de brazos.

Ella lo hizo. Torpe al principio, luego más firme. Hasta que los seis tachos estuvieron fijos. Solo entonces, fueron en la camioneta hasta el granero, donde el olor a grano y polvo la envolvió.

—Ahora los llenamos —dijo Ernesto—. Hoy vas a ver cuánto pesa realmente el campo.

Y ella no contestó. Solo sostuvo el maíz con las dos manos, sintiendo que por primera vez algo tangible —pesado, sucio, real— estaba en sus manos.

EL TRABAJO

El gallo cantó a las 5:30. Exacto. Un alarido estridente, ronco, casi violento, justo al lado de su ventana. Constanza despertó de golpe, con el corazón desbocado, los ojos turbios y la sensación de haber sido arrastrada de vuelta a un mundo que no había pedido. Tardó unos segundos en ubicarse. Las paredes rústicas, la frazada gruesa, la luz apenas insinuada tras la cortina de gasa. No era una pesadilla: seguía en la casa de los abuelos.

Se tapó la cabeza con la almohada, pero ya era tarde. El canto del gallo parecía un grito del campo mismo, un llamado desde otro planeta. “Lo odio”, murmuró. No como se dice en broma. Lo odiaba en serio. Por el susto, por lo temprano, por recordarle que ya no estaba en su cama de siempre, ni en su casa, ni en su vida.

Llegó con paso arrastrado a la cocina. El aroma a pan recién horneado casi le cambió el humor, pero no del todo. Irma ya estaba con las manos en la masa, literalmente. Su delantal estaba cubierto de harina y llevaba el rodete un poco torcido, como si no se hubiera mirado al espejo.

—Buen día, dormilona —dijo, sin girarse.

Constanza apenas murmuró algo confuso y se sirvió un mate cocido.

—Hoy te quiere en el corral. Tu abuelo necesita ayuda con las gallinas y las vacas. Y después, si te animás, te enseño a armar empanadas. Ayer prometí para la feria.

—¿Corral? ¿En serio? —resopló Coni, sin esconder el fastidio.

—En serio. Y sin filtros —respondió Irma, con media sonrisa.

En el patio, Ernesto la esperaba con su habitual camisa de cuadros y un sombrero de ala ancha que le daba aire de personaje de otra época. La F100 seguía estacionada, ahora con una lona encima de la caja. El aire olía a bosta, a pasto húmedo, a algo vivo. Demasiado vivo.

—Vamos, que hoy toca madrugar con las gallinas —dijo Ernesto, señalando el gallinero con el pulgar—. Y no me pongas esa cara, que no se te va a caer ningún anillo.

Constanza caminó arrastrando los pies, como si cada paso la alejara un poco más del WiFi perdido. Las botas que le habían prestado le quedaban grandes. Se le salían en cada paso y le hacían ruido de barro seco.

El gallinero era un caos de plumas, cacareos y movimiento. Ernesto le mostró cómo revisar los huevos: los que tenían la cáscara rizada iban directo a la panadería; los sanos, sin marcas, al almacén o al café reciclado de Lucía y Mauro que vivían en la esquina del boulevard de los sauces. Los rotos se desechaban o se cocinaban en el día.

—No todo sirve para todo —explicó él—. Como la gente.

Después vino la vaca. Una de verdad. Gigante, marrón, con ojos calmos pero presencia imponente. Constanza miraba el balde de acero como si fuera un instrumento de tortura.

—¿Yo? ¿En serio tengo que...?

—No se ordeña con los ojos —dijo Ernesto, sentándose en el banquito.

Le mostró cómo colocar las manos, cómo apretar sin lastimar. Ella lo intentó. No salió nada. Solo unas gotas dispersas y el bufido cansado del animal.

—No es con fuerza. Es con ritmo —le explicó—. Como bailar. Pero con las manos.

A los veinte minutos, Constanza tenía las manos frías, la frente transpirada y el orgullo molido. Pero había logrado llenar medio balde. No era mucho, pero era suyo.

Cuando volvieron a la cocina, Irma ya había puesto la mesa. Pan caliente, manteca casera, queso fresco que aún chorreaba suero.

—Eso lo hicimos nosotros —dijo Ernesto, señalando el queso con la punta del cuchillo—. ¿Lo vas a probar o vas a seguir mirando como influencer?

Constanza probó. Y por primera vez en mucho tiempo, no sintió la necesidad de sacar una foto. Ni de mandárselo a nadie. Masticó lento. Era distinto. No mejor, ni peor. Solo real. Hecho con sus manos, y con el sudor que todavía le picaba en la espalda.

—Y mañana te toca hacer el pan —dijo Irma—. Así que dormite temprano. Que el gallo no perdona.

El gallo volvió a cantar a las 5:30. Exactamente a la misma hora. Constanza se despertó sobresaltada, con el corazón latiéndole en la garganta. No era un susto como el del primer día: era una alarma biológica, ajena a cualquier botón de “snooze”. El sonido perforaba el silencio con una precisión insoportable. Rodó sobre la cama con

una queja muda, enterrando la cara en la almohada. Pero ya no podía dormir.

Fue a la cocina. La mesa ya estaba servida. Pan casero, manteca recién hecha, dulce de higo, mate cocido humeante. Todo en loza despareja, pero limpia y cálida. Irma amasaba en la mesada, con las mangas del buzo arremangadas y los nudillos blancos de harina.

—Buen día, dormilona —repitió, como un mantra amable.

Constanza no respondió. Se sentó sin ganas.

—Acá el desayuno no se saltea —dijo Irma, sin mirarla—. Es el momento en que se junta la familia. Aunque sea en silencio.

—¿Y si no hay nada para decir?

—No hace falta decir. Con estar alcanza. Esta mesa es donde se ve el amor —continuó Irma—. Donde uno muestra que se preocupa, que quiere, que cuida. Yo lo hago con pan. Tu abuelo, trayendo huevos, leche. Cuando vemos que los otros lo disfrutan, sentimos que valió la pena todo.

La frase quedó suspendida, como una brisa que movía algo interno. Constanza mordió un pedazo de pan sin hablar. Lo masticó lento. Le supo a algo distinto. No por el sabor, sino por el peso invisible de ese ritual.

Después del desayuno, salieron al patio. El sol apenas despuntaba. El rocío cubría la tierra como una película plateada. Ernesto ya tenía preparado el balde de maíz para las gallinas. Coni lo siguió, resignada.

El gallinero era un hervidero. Ernesto le explicó cómo alimentar, revisar, recoger huevos. Separar los agrietados de los sanos. Los rizados, para la panadería de Doña Elvira. Los más lindos, al

almacén de Mateo. Los dudosos, directo a la cocina de Irma. Todo tenía destino. Todo tenía lógica.

—Lo que uno da, vuelve. A veces como huevo, a veces como agradecimiento —dijo Ernesto, mientras le alcanzaba un cesto.

Después vinieron las vacas. Ya no una, sino tres. Él le enseñó a ordeñar con ritmo, no con fuerza. Esta vez, Coni llenó tres lecheritas de aluminio de cinco litros cada una. Le dolían los brazos, pero no se quejó. Había algo en esa tarea repetitiva, casi hipnótica, que le calmaba los pensamientos.

—Ahora hay que hervir la leche —dijo Ernesto al volver—. Lo que se queda tu abuela, se pasteuriza. El resto se vende. Vamos al granero a cargar.

Cambiaron las botas por otras más secas. En el galpón, Ernesto tenía ordenados los cajones de huevos y las botellas con la leche fresca. Las lecheritas iban cerradas con un trapo limpio, atadas con alambre y precinto.

—Hoy venís conmigo. Vamos a repartir.

Subieron a la F100. Constanza, en el asiento de cuerina, ya no se sentía tan fuera de lugar. Primero fueron al café reciclado, donde Lucía y Mauro los recibió con alegría y pidió más leche para el fin de semana. Luego, a la panadería, donde Elvira les compró huevos y prometió empanadas a cambio. Después, al almacén, donde Mateo le dio un par de billetes a Ernesto y una bolsita con semillas.

En cada lugar, la reconocían. “La nieta de Ernesto”. Ella empezaba a ser alguien. A tener nombre, referencia, un lazo. Ya no era la chica de Instagram. Era la que traía leche. Huevos. Trabajo.

Al final del recorrido, Ernesto se detuvo frente a la plaza del pueblo, apagó el motor y metió la mano en el bolsillo.

—Esto es tuyo —dijo, tendiéndole un billete doblado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque te lo ganaste. Hoy trabajaste. Sin pedir. Sin esperar. Eso se llama ganarse el mango.

Constanza lo tomó sin saber bien cómo. Lo miró. Era poco. Pero no lo era. Era el primer dinero que no venía de su madre, ni de la tarjeta de regalo, ni del “papá depositó”. Venía de ella. De sus manos. De su cansancio.

Se lo guardó en el bolsillo. No dijo gracias. Pero algo se acomodó en su interior. Como si hubiera descubierto una pieza de sí misma que no sabía que faltaba.

—¿Y mañana qué toca?

Ernesto la miró de reojo, sonriendo.

—Depende del gallo.

Ambos rieron. Por primera vez, juntos.

Al día siguiente, el gallo cantó a las 5:30 en punto. Un grito agudo, como desgarrado, justo al lado de su ventana. Constanza se despertó sobresaltada, con el corazón acelerado y la boca seca. Le llevó unos segundos entender dónde estaba. El cuarto oscuro, la frazada pesada, el silencio apenas interrumpido por el murmullo de los árboles. Y otra vez, el gallo. Como si gritara a propósito. Lo empezó a odiar. En la ciudad había alarmas suaves, notificaciones brillando con colores tenues, playlists de despertadores. Acá no. Acá un pájaro desquiciado decidía que el día empezaba, y no había vuelta atrás.

Se levantó de mal humor. Al llegar, el olor a pan recién horneado le pegó en el estómago. Irma preparaba el desayuno como si fuera

un rito ancestral. Pan casero, dulce de durazno, manteca hecha en casa. La mesa estaba impecable, con un mantel de tela bordado y jarritas de esmalte. Constanza se sentó sin ganas, arrastrando la silla como quien se resigna. Pero el primer bocado la descolocó. Era como comer algo con historia. Algo vivo.

Irma la miró sin decir nada. Después de unos minutos, le habló mientras servía el mate cocido: “Cada comida es sagrada, Coni. No por lo que tiene, sino por lo que representa. Acá comemos todos juntos. Es el momento donde nos vemos, orgaanizamos el día, nos escuchamos. Tu abuelo trabaja toda la mañana sabiendo que a mediodía lo espera un buen almuerzo. Y yo cocino con amor, porque es mi forma de decirles que los quiero.” Constanza no respondió, pero tragó más despacio. Como si de repente masticar tuviera otro significado.

Más tarde, Ernesto preparó la F100. Subieron lo que hicieron durante la mañana, las lecheritas, las cajas de huevos, algunas verduras. El camino era de tierra y saltaba en cada pozo, pero Constanza no se quejó. Pararon primero en el almacén de Don Silvio. El hombre ya los esperaba con una bolsa vacía en la mano. “Traés ayudante nueva, che”, dijo, guiñando un ojo. Luego en la panadería, donde Doña Elvira recibió los huevos con una sonrisa y le regaló a Constanza un bizcochito. Después, en el café reciclado de Lucía y Mauro, que agradecieron la leche con entusiasmo y una taza de té helado para ella.

En cada lugar, el abuelo saludaba con nombre y apretón de manos. Todos lo conocían. Todos sabían que era de palabra. Esa misma palabra que repetía cuando hablaba de cómo se hacían las cosas. “No se trata de vender, se trata de cumplir. Si prometés, traés. Si fallás, avisás. Pero nunca desaparecés.”

De regreso en casa, sacó unos billetes del bolsillo y se los dio a Constanza. “Te lo ganaste de nuevo”, dijo, sin énfasis, como si fuera lo más normal del mundo. Ella los tomó, sin saber bien qué hacer. No era mucho dinero, pero tampoco se trataba del monto. Y así entendió que lo había trabajado. Que cada paso que había dado — aunque torpe, aunque forzado— había tenido valor. Que eso en su mano no era un regalo. Era el resultado. La consecuencia.

Esa noche, mientras ayudaba a armar empanadas en la cocina, con las manos sucias de harina y la frente pegoteada de vapor, se sorprendió tarareando una canción vieja que sonaba en la radio. No tenía ganas de mirar el celular. Ni siquiera recordaba dónde lo había dejado. Al probar una empanada recién salida del horno, quemándose apenas la lengua, sintió algo nuevo: una mezcla entre orgullo, hambre y alegría. Era el sabor de haber hecho algo real. Con las manos. Con el cuerpo. Con el tiempo. Y aunque no lo dijo, aunque no escribió nada, supo que algo había cambiado. Sin likes. Sin aplausos. Pero real.

Al día siguiente, el gallo cantó quince minutos antes. A las cinco y cuarto. Un desgarrón en la madrugada. Constanza se despertó sobresaltada, confundida. Miró el celular. 5:17. Aún era de noche. No había otra explicación. El maldito animal se había adelantado. Como si lo hiciera a propósito, como si se burlara de su sueño, de su cansancio. Cerró los ojos con fuerza, queriendo recuperar unos minutos más, pero ya era tarde. El canto había activado todo: su enojo, su ansiedad, la sensación de que ese día tampoco iba a ser suyo.

Llegó sin hablar. La cocina ya estaba iluminada. El aroma era distinto. Harina, levadura, algo ácido y cálido a la vez. Irma tenía las manos metidas en un bol de madera. Revolvía con fuerza. Respiraba por la nariz. Parecía meditar, no cocinar.

—Te despertó el adelantado —dijo, sin levantar la vista.

Constanza se sentó, muda.

—Hoy hacemos pan —continuó Irma—. Pero no pan de molde. Pan de verdad.

La miró con algo que no era una invitación. Era una certeza. Iban a hacerlo juntas.

—Traé leña del galpón. Que esté seca. Fina al principio, más gruesa después. Vamos a prender el horno de barro.

Constanza se levantó con fastidio. En el galpón, buscó la leña entre los cajones de herramientas, los sacos de arpillera, los frascos con tornillos oxidados. Eligió como pudo. La cargó en brazos. Le raspaba los antebrazos. Le ensuciaba la remera. Pero no dijo nada.

El horno estaba en el fondo, bajo una parra seca. Redondo, tosco, con hollín en los bordes. Irma ya había hecho un montículo con papel, pasto seco y astillas.

—Acá se hace fuego como antes —dijo—. Nada de encendedores. Mirá bien.

Le mostró cómo hacer la base, cómo soplar en los huecos, cómo alimentar la llama sin ahogarla. El fuego prendió despacio. Constanza observaba. El humo le hacía lagrimear los ojos. Tosió una vez. Otra. Pero no se fue.

—Ahora esperarás. Que se caliente bien. Y después barrés el hollín con este trapo mojado. No se mete pan en horno sucio.

Entraron de nuevo. La masa ya había leudado. Irma le enseñó a golpearla, a darle forma, a trenzarla si quería, a dejarla descansar.

—El pan no se apura. Tiene su tiempo. Como todo lo que vale la pena.

La frase no tenía tono de enseñanza. Era apenas una constatación. Como quien dice que el agua moja. Como quien habla con el pan mismo.

Cuando el horno estuvo listo, llevaron los bollos en una tabla de madera. Con una pala larga, Irma los metió uno por uno, con movimientos precisos. Constanza la ayudó. Se quemó un poco. Se manchó toda. Pero no se quejó.

Volvieron adentro. El olor empezó a llegar unos minutos después. Pan caliente. Pan real. Ese aroma que no se inventa ni se reemplaza. Que no se postea. Que no se digitaliza. Se come. Se agradece. Se recuerda.

Pero mientras todo eso ocurría afuera, adentro de Constanza algo se tensaba. Una cuerda invisible. El cansancio, la falta de señal, el gallo anticipado, la ropa sucia, la incomodidad constante. Y, sobre todo, la ausencia de su mundo. De su espejo. De su lenguaje.

Pensó en sus amigas. En sus stories. En los brunch de ciudad, en las uñas pintadas, en los jeans nuevos, en las canciones en auriculares, en los mensajes instantáneos. En todo lo que había dejado, aunque fuera por poco tiempo. Y sintió rabia. No contra Irma, ni contra el campo. Contra sí misma, por no saber en qué lugar pertenecía.

—Fijate cómo se infla —dijo Irma, sacando el primer pan—. Eso es aire de paciencia. De espera.

Constanza apenas asintió. Apretaba los labios. Sentía que, si hablaba, rompía algo. Se tragó las palabras, el fastidio, la incomodidad de no poder nombrar lo que le pasaba.

A la hora del almuerzo, comieron pan recién hecho, queso fresco y huevos revueltos. Todo del día. Todo hecho por ellos. Pero

Constanza no disfrutó. Masticó en automático. El orgullo de antes se había desvanecido. Ahora, solo sentía una tensión interna, como si estuviera haciendo un esfuerzo que nadie le pidió. Como si viviera en una película ajena.

—¿Estás bien? —preguntó Ernesto.

Ella levantó los hombros, sin decir nada. Irma no insistió. Solo sirvió más pan. Y en ese silencio, tenso y cargado, quedó flotando la incomodidad. Una incomodidad real, humana, no decorada. Como el pan sin manteca. Como el campo sin filtros. Como la vida cuando no es una historia para contar, sino un día más para vivir.

Esa tarde, el calor apretaba. El cielo estaba limpio, como una sábana recién tendida. El gallo, por fin, callado. Tal vez por el cansancio, tal vez por la siesta obligatoria que el campo imponía cuando el sol quemaba hasta las piedras. Constanza se sentó bajo la galería, con las piernas estiradas sobre una silla de mimbre. Tenía las manos con olor a humo, a harina, a gallina. No le molestaba.

El celular seguía sin señal, tirado en la mesa como un fósil de otra época. Lo miró. Lo tocó. Lo volvió a dejar. No había nada que buscar ahí. No ahora.

Irma tejía al lado. Ernesto dormía la siesta adentro, con las botas puestas y un sombrero sobre la cara. El silencio no era incómodo. Era... denso. Vivo. Como si las horas se estiraran sin romperse.

Después de un rato, Irma se levantó y volvió con un frasco de vidrio. Adentro, monedas y billetes arrugados.

—Este es el fondo común —dijo—. Con esto compramos lo que no podemos hacer nosotros. Harina, sal, yerba, remedios. Lo demás, lo hacemos acá.

Sacó algunas monedas, las puso sobre la mesa.

—Te toca a vos llevar la cuenta de lo de hoy. Mañana vamos a comprar azúcar.

Constanza las miró. No era una fortuna. Pero eran suyas. Reales. Con peso, con olor a mano, a tierra, a esfuerzo. No se parecían a nada de su mundo anterior.

—¿Y si no me sale bien?

—¿El qué?

—Todo esto —respondió, haciendo un gesto amplio con las manos—. La vida así.

Irma la miró, sin suavidad ni dureza. Solo con verdad.

—No tiene que salirte bien. Solo tiene que pasarte.

La frase cayó como un martillo envuelto en lana. Constanza no supo qué responder. Bajó la mirada. Apretó las monedas en la palma. Las sintió frías, ásperas, como una realidad que no pide permiso.

Esa noche, ayudó a preparar la cena. Empanadas con masa casera. Ella armó algunas. Se le rompían, se le abrían, perdía el relleno. Pero las metió igual en la bandeja. Irma no corrigió nada. Solo le guiñó un ojo y dijo: “Son las tuyas. Van adelante, así se doran más.”

En la mesa, las reconoció por la forma. Las comió. No estaban perfectas. Pero eran suyas. Y eso les daba otro sabor. Ernesto brindó con una copa de vino casero. Irma sirvió una segunda ronda de empanadas. Había risas. Historias. Un ritmo lento, pero sincero. Nada de fondo musical. Nada de adornos. Solo comida caliente. Manos manchadas. Ojos que miran de verdad.

Después, al lavar los platos, Constanza encontró un pequeño cuaderno entre los repasadores. Lo abrió por curiosidad. Era de

Marta. Una lista de cosas que quería aprender en el campo. “Ordeñar. Hacer pan. Cuidar plantas. Saber cuándo va a llover.” Estaba fechado en 1990. Lo cerró despacio. No dijo nada. Pero lo guardó.

Esa noche, antes de dormir, escribió en una hoja suelta, con una lapicera mordida:

“Hoy gané plata por segunda vez. Me dolían los brazos, las piernas, todo. Pero fue mío. Y me comí mis propias empanadas. Mañana voy a ver si puedo hacerlas mejor.”

No era poesía. Ni siquiera una reflexión profunda. Pero era suyo. Como el pan. Como el cansancio. Como el día entero que acababa de vivir. Se durmió con las manos oliendo a harina, a humo, a algo que se parecía, por fin, a pertenecer.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

NO LOS CONOCES

El sol del mediodía filtraba su luz sobre la galería como una sábana tibia. El abuelo Ernesto se sentaba en su silla de madera, la misma que usaba desde hacía décadas, con el respaldo gastado por la forma de su espalda y las patas algo desaparejas. Tenía un sombrero de paja a medio caer sobre la frente y un diario viejo en las rodillas que apenas hojeaba. Constanza, desparramada en una reposera azul desteñida, sostenía el celular entre los dedos con una expresión ausente, ajena al silencio sereno del campo.

A veces el gallo cantaba, a veces una hoja se soltaba de los álamos, y a veces, como ahora, Ernesto la miraba de reajo, intrigado por la intensidad con la que su nieta se deslizaba por la pantalla, riendo con la boca apenas abierta, como si estuviera en otro lugar. En otra vida.

—¿Qué mirás tanto ahí? —preguntó, sin levantar la voz.

Constanza no contestó enseguida. Estaba acostumbrada a que nadie le preguntara nada. Nadie de su edad, al menos, se interesaba realmente. Lo pensó un segundo, sin sacar la vista del teléfono.

—Un video... de Juampi Roig —dijo, como si eso debiera aclararlo todo.

Ernesto ladeó la cabeza.

—¿Y ése quién es?

—Un influencer —respondió, casi con desdén, creyendo que no valía la pena explicarlo.

El abuelo no dijo nada. Sacó un mate de la mesita y le dio un sorbo corto, mirándola en silencio. Después, dejó el diario sobre el asiento vacío de al lado y se inclinó con dificultad para sacar una cajita de madera de una repisa baja. La abrió como si guardara una reliquia y, sin decir palabra, extrajo una fotografía. Se la alcanzó.

—¿Y sabés quiénes son éstos?

Constanza tomó la foto con cuidado. Era en blanco y negro, medio sepia ya, con los bordes gastados como una hoja antigua. Un hombre y una mujer, de pie frente a una casa de ladrillos sin revoque, sonreían con timidez. El hombre llevaba un traje claro y el pelo prolijo. La mujer, un vestido largo con flores apenas visibles. Los dos parecían estar por decir algo que nunca se dijo.

—Ni idea —murmuró.

—Tus padres. El día que se conocieron —dijo el abuelo.

Ella levantó la vista, desconcertada.

—¿En serio?

—Sí. Esa foto la saqué yo. Fue en una fiesta del pueblo. Tu mamá vino con su prima de Mendoza. Tu papá no iba a ir, estaba trabajando con las máquinas... pero vino igual. Dicen que la vio y no se fue más.

Constanza miró la imagen de nuevo, como si fuera una pieza de un rompecabezas que nunca le habían mostrado. Sabía que sus padres se habían separado cuando ella tenía cuatro años, que después todo se volvió más o menos silencioso entre ellos. Pero nunca se había preguntado cómo había empezado todo. Nadie se lo

había contado. Y ella nunca había tenido el impulso de averiguarlo. Hasta ahora.

—¿Y por qué nunca me contaron nada? —preguntó, sin saber a quién iba dirigida la queja.

—Porque nadie pregunta, nena. Hoy todos creen que saben todo. Pero no saben ni quién vive en la casa de enfrente. Vos, por ejemplo... conocés la vida entera de ese influencer, ¿cómo se llama?

—Juampi.

—Eso. Sabés qué desayuna, qué ropa usa, con quién se acuesta, pero no sabés ni cómo se conocieron tus viejos.

Un leve silencio se estiró entre ellos. El viento soplabla con aroma a leña y a tierra mojada. De adentro llegaba un olor inconfundible: locro. A Constanza le pareció un olor antiguo, fuerte, de esos que no se sienten en la ciudad.

—La abuela lo hizo desde temprano —dijo el abuelo, adivinando el pensamiento—. Dice que hoy se come locro sí o sí, aunque haga calor.

—¿Por qué?

—Porque hoy hace exactamente veinte años que tu mamá vino al pueblo. Y veinte años que conocimos a tu viejo. ¿Ves? Por eso es importante.

No era un cumpleaños. No era un aniversario oficial. Pero la memoria, en ese campo, no se regía por las reglas del calendario. Constanza se quedó en silencio, con la foto en la mano, sintiendo cómo algo se aflojaba en su pecho, algo pequeño, como un nudo que empezaba a deshacerse sin saber por qué.

La mesa estaba lista adentro, con platos hondos, pan casero y una fuente humeante en el centro. Entraron despacio, como si el tiempo también se deslizara más lento en esa casa. La comida, espesa y sabrosa, servida con cuchara grande, le supo a otra cosa. No era solo loco. Era otra cosa. Algo más antiguo. Más pesado. Más real.

El loco humeaba en los platos como si el calor pudiera quedarse atrapado en la comida. Constanza sopló con cuidado y lo probó en silencio, sin levantar la vista. La mesa era de madera maciza, con marcas de cuchillo y manchas de aceite que hablaban de muchas otras comidas, muchas otras conversaciones. Al costado, un florero con ramas de olivo secas. Frente a ella, el abuelo cortaba pan casero con movimientos lentos, como si no tuviera apuro.

—¿Y esa campana de la puerta? —preguntó Constanza de pronto, sin mirarlo—. La vi cuando entramos. Tiene el nombre de mi mamá grabado... y una fecha. ¿Es como un timbre o algo así?

Ernesto levantó la cabeza. Tardó unos segundos en contestar. Dejó el cuchillo sobre la tabla y se limpió las manos con un repasador.

—No. Esa campana... me la regaló mi papá, tu bisabuelo, el año que nació tu mamá. Fue un regalo.

Ella frunció el ceño. Lo miraba, pero no decía nada.

—De hierro fundido —continuó él—. Pesada como pocas. “Para que dure para siempre”, me dijo. Y me dijo otra cosa también. Que cada vez que sonara, desde el cielo él iba a escuchar a su nieta cuando le hablara.

Constanza bajó la cuchara.

—¿A mi mamá?

—Claro. Marta. Él no la llegó a conocer. Murió unos meses antes. Pero dejó esa campana como quien deja una promesa. Como si pudiera quedarse cuidando desde allá.

La idea le pareció extraña. Pero no tonta. Como si de repente, todo ese mundo que le resultaba tan ajeno —las cosas del campo, los rituales, las palabras antiguas— tuviera un sentido oculto que ahora se empezaba a revelar.

—¿Y vos creés en eso?

—¿En qué?

—En que... desde allá te escuchan.

Ernesto se encogió de hombros.

—No sé si creo o si necesito creer. Pero cuando Marta era chica y estaba triste, salíamos a la galería, le hacíamos sonar la campana, y ella le contaba cosas al abuelo. A veces lloraba, a veces se reía sola. Yo no decía nada. Solo la dejaba hablar. Y te juro que después volvía más tranquila.

Constanza pensó en eso, en su mamá de chica, hablando con un muerto a través del sonido de una campana. Le pareció enternecedor y, a la vez, incomprensible. Ella nunca había tenido algo así. Ni una campana, ni una costumbre, ni un abuelo que le explicara que las cosas podían doler y al mismo tiempo sanar. Nunca nadie se había tomado el tiempo de contarle nada.

—¿Y ahora suena? —preguntó.

—De vez en cuando. Cuando sopla el viento del sur. Cuando llega gente que hace tiempo no venía. Cuando hay tormenta. O cuando alguien la toca, claro. Pero no muchos la tocan. Pasa que nadie sabe lo que significa.

Volvió a comer, como si no hubiera dicho algo importante. Como si fuera apenas una historia más de tantas. Pero para Constanza, no lo era. Sintió que algo se removía por dentro. Como una molestia leve. Como una verdad que hasta entonces no había sabido que le faltaba.

Miró su celular sobre la mesa. La pantalla estaba negra. Podría haberlo desbloqueado en un segundo y vuelto al mundo que conocía, donde los rostros eran perfectos, las historias estaban editadas con filtros y los problemas se resolvían con frases motivadoras y música de fondo. Pero algo la detenía. Había algo en esa historia, en esa campana, en esa casa que olía a humo y pan caliente, que le parecía más verdadero que todo lo que había visto en semanas.

—¿Y qué más sabés de ellos? —dijo de pronto—. De mis viejos, digo.

Ernesto levantó la vista, con una ceja arqueada.

—¿Querés saber o estás preguntando por compromiso?

—Quiero saber.

Se hizo un silencio largo. Afuera, el viento agitaba las hojas de los árboles como si también esperara algo. Adentro, los cubiertos ya no se movían.

—Entonces vas a tener que quedarte un rato más —dijo el abuelo—. Porque esas historias no se cuentan de golpe. Se van desgranando como el choclo. Una a una.

Constanza asintió. No dijo nada. Pero en su gesto había una especie de asentimiento secreto, una forma de rendirse ante la verdad de que, en esa mesa, había más historia que en todos los videos que había visto en su vida.

Aferró la cuchara y volvió a comer. El locro estaba tibio ya, pero seguía teniendo ese sabor espeso, profundo, como si alguien lo hubiera cocinado no solo con ingredientes, sino con recuerdos. Afuera, una ráfaga de viento movió la campana. Sonó una vez. Apenas un golpe sordo de metal contra metal.

El abuelo sonrió.

—Ahí está —murmuró—. Esa fue para vos.

La tarde se volvió más espesa con el paso de las horas. El sol, que antes entraba a raudales por las ventanas, ahora filtraba su luz a través del polvo en suspensión, proyectando líneas doradas sobre la mesa. Constanza salió sola a la galería con la excusa de buscar señal. Llevaba el celular en la mano, pero no buscaba realmente. Caminaba de un lado al otro, distraída, pateando piedritas con las ojotas prestadas, sintiendo la tierra seca entre los dedos.

La campana colgaba del techo, justo al lado de la puerta. Era más grande de lo que había notado al entrar, con una cuerda gruesa atada a su badajo. El hierro mostraba un óxido suave en los bordes, pero todavía se leía con claridad: “Marta Villalba – 1976”. Se detuvo frente a ella y levantó la mano, como si fuera a tocarla. Pero no lo hizo.

La voz de su madre resonó en su memoria, aunque no la recordaba diciéndole nada en particular. Su madre, Marta, estaba siempre ocupada, entre trabajos, preocupaciones, silencios. Había algo duro en ella, algo que Constanza nunca supo si era tristeza, cansancio o simplemente distancia. Se habían dicho muchas cosas, sí, pero muy pocas verdades.

Y ahora, en ese lugar donde todo parecía tener raíces, donde hasta una campana tenía historia, se daba cuenta de que ella no sabía casi nada.

No sabía qué música le gustaba a su mamá cuando era joven. No sabía qué había soñado con ser antes de tenerla. No sabía si su papá la había amado de verdad o si simplemente habían tropezado en una historia mal contada. No sabía por qué se habían separado ni por qué nadie hablaba nunca de eso.

Sabía, en cambio, que a Juampi le había dolido su última ruptura, que su perrito se llamaba Milo, que estaba grabando un podcast sobre “sanar desde adentro”. Sabía que su influencer favorita había dejado de comer gluten y que otra se había mudado a Barcelona “para encontrar su esencia”.

Se sentó en uno de los escalones de piedra, con la espalda contra el poste de madera. El celular seguía en su mano, inerte. Lo encendió. Ninguna señal. Ningún ícono de red. Solo el reflejo de su cara en la pantalla. El mundo de siempre, tan cerca y tan inalcanzable. No le importó. Ni siquiera intentó buscar Wi-Fi. Miró la pantalla unos segundos y luego la apagó.

Algo le quemaba por dentro. Una especie de enojo. Con ella misma, con su generación, con esa forma estúpida que tenían todos —y ella también— de saber tanto de los demás y tan poco de los suyos.

“¿Por qué nunca pregunté?”, se dijo. “¿Por qué me conformé con las versiones fáciles, con los comentarios al pasar, con lo que suponía?”

En el campo, el silencio no era ausencia. Era presencia de lo no dicho. Las gallinas cacareaban lejos, un perro ladraba en el corral, y

cada ruido parecía acentuar más el que llevaba dentro. Porque ahora lo sabía: lo que dolía no era solo el vacío. Era no haber querido llenarlo.

Recordó cuando tenía doce, y su madre se encerró en el cuarto durante tres días después de una llamada. Nunca supo por qué. Recordó una vez que le preguntó cómo se habían conocido sus padres, y su mamá contestó: “Ay, fue hace mil años, nena, ni me acuerdo”, con una risa forzada. Recordó que nunca había visto una foto de los dos juntos, ni siquiera en el casamiento. Si es que hubo uno.

Y, sin embargo, ahí estaba. La foto. La que le había mostrado el abuelo. Ella, con su vestido de flores. Él, con su traje claro. Parados frente a la casa como si todo estuviera a punto de comenzar.

—¿Por qué nadie me contó? —susurró, sin dirigirse a nadie—. ¿Por qué tuve que venir hasta acá para enterarme?

Como si el silencio respondiera, una ráfaga volvió a mover la campana. Esta vez sonó más fuerte, con un eco metálico que se perdió entre las ramas del eucalipto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No era tristeza. Era una mezcla de bronca y ternura. Una herida que no sabía que tenía, abriéndose apenas. No para sangrar. Para respirar.

Desde adentro, la abuela la llamó con voz clara.

—¡Constanza! ¿Me ayudas a juntar la ropa?

No contestó de inmediato. Se levantó despacio, limpió con el puño una lágrima que le cruzaba la mejilla y, sin mirar el celular, lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

Caminó hacia la voz. No sabía todavía qué hacer con todo lo que estaba sintiendo. Pero por primera vez en mucho tiempo, quería quedarse un rato más. Escuchar. Preguntar. Tal vez incluso, volver a tocar la campana.

Esa noche, el viento se volvió más insistente. Golpeaba las ramas del sauce con ráfagas irregulares y silbaba en las hendiduras de las ventanas mal cerradas. La luz del comedor era tenue, apenas sostenida por una lámpara de techo antigua, con tulipas opacas que vibraban suavemente cuando el techo crujía. El abuelo ya se había retirado a su pieza, y la abuela doblaba ropa sobre la mesa mientras murmuraba una canción que Constanza no reconocía.

Ella se quedó sentada, sin nada en las manos, con los codos sobre la mesa y la cabeza inclinada. No tenía sueño. Tampoco tenía respuestas. Sentía una incomodidad difusa, como una tensión atrapada en el cuerpo, como si algo no se hubiera dicho todavía. A lo lejos, el repique leve de la campana seguía apareciendo de a ratos, como una respiración irregular. Inquietante. Familiar.

—Abu —dijo de golpe, sin levantar mucho la voz—. ¿Vos sabés por qué se separaron mis viejos?

La abuela dejó la remera a medio doblar y la miró por encima de los lentes, sin moverse.

—¿Por qué preguntas eso ahora?

—Porque nunca nadie me lo dijo.

—¿Y qué te dijeron?

—Nada. O cosas sueltas. Que no se entendían, que peleaban mucho, que era lo mejor para todos. Que yo era chica y no iba a entender. Y después... silencio. Como si no valiera la pena saberlo.

La abuela se sentó frente a ella, con las manos juntas sobre la mesa. Respiró hondo antes de hablar, como si tuviera que decidir si decir o no decir. El viento siguió golpeando la casa con fuerza, como si también esperara.

—Tu papá era bueno. Pero no era del pueblo. Y eso a tu abuelo nunca le gustó. Se conocieron rápido, se fueron a vivir juntos rápido, y se hicieron daño rápido también. No sabían hablarse. Eran distintos. Marta siempre fue... cerrada, ¿viste? Como con una cáscara. Y él se cansó de golpearla sin poder entrar.

—¿La golpeaba?

—No. No así. Se golpeaban entre ellos de otra forma. Con las palabras. Con lo que no se decían. Con lo que se esperaban uno del otro. Y cuando vos naciste, todo se puso más tenso. Como si en vez de unirlos, eso los hubiera separado más.

Constanza bajó la mirada. La explicación no era violenta. Ni escandalosa. Pero dolía igual. Como duelen las cosas que uno no esperaba.

—¿Y se fueron odiando?

—No. Pero se alejaron mucho. Cuando él se fue, tu mamá no lo siguió. No le pidió que se quedara. No lucharon. Solo se dejaron. Como si no supieran cómo arreglar lo que estaba roto.

La abuela se levantó y fue hasta la cocina. Volvió con dos tazas de té, sin azúcar. Las apoyó con cuidado. El silencio entre las dos era espeso, pero ya no era frío. Constanza no lloraba. Pero algo se le quebraba por dentro, como si su historia se estuviera reacomodando con piezas que recién ahora encajaban.

—¿Vos creés que me quiso? —preguntó, con la voz un poco más baja.

—Tu papá, sí. Mucho. Yo lo vi. No era perfecto. Pero te quería. Solo que no supo cómo quedarse.

La campana sonó fuerte en ese momento. No una ráfaga, no un eco. Un golpe seco, como si alguien la hubiera tocado desde afuera. Las dos se miraron. La abuela no dijo nada. Se levantó despacio y fue a mirar por la ventana. Nada. Solo viento.

—Debe haber sido eso —dijo, volviendo a sentarse.

Pero Constanza ya no escuchaba. Su mente estaba en otra parte. En todas las escenas que había imaginado mal. En las versiones que había inventado sola para tapar los huecos. En la voz de su madre, repitiendo siempre las mismas frases: “Ya pasó”, “mejor no revolver”, “no vale la pena”. Y ahora entendía que no era desinterés. Era miedo. O dolor. O ambas cosas.

Se levantó de la mesa, fue a su bolso y sacó una remera vieja para ponerse encima del buzo. Volvió a la puerta, descalza, sin hacer ruido. Abrió. La noche era negra y húmeda. Cruzó la galería hasta la campana. El viento le golpeó la cara con un olor a pasto mojado. Extendió la mano, tomó la cuerda y la hizo sonar.

Una vez.

El sonido retumbó fuerte. Se expandió hacia el campo abierto. Constanza cerró los ojos. No dijo nada. No le habló a nadie. Pero en su mente repitió el nombre. Papá. Como si ese llamado, de alguna forma, pudiera alcanzar a alguien más allá del tiempo, del silencio o del desencuentro.

Cuando volvió a entrar, la abuela seguía en la mesa, con las manos juntas.

—No hace falta saber todo, Coni —le dijo con ternura—. A veces alcanza con entender un poco.

Pero Constanza no contestó. No porque no estuviera de acuerdo. Sino porque ya estaba entendiendo. Aunque doliera. Aunque llegara tarde. Aunque no hubiera nadie del otro lado para confirmar nada.

A la mañana siguiente, Constanza se despertó antes que el gallo. No por sobresalto, ni por costumbre. Simplemente abrió los ojos y se quedó quieta, escuchando los sonidos del campo que lentamente recobraban fuerza con la luz. Afuera, el cielo apenas aclaraba. No había ruido de autos, ni bocinas, ni celulares vibrando en la mesa de luz. Sólo la respiración pareja de la casa, los crujidos de la madera cuando el aire fresco se colaba por debajo de las puertas, y el murmullo sordo de los árboles moviéndose sin apuro.

No encendió el celular. No lo necesitaba. Se vistió despacio, se ató el pelo con una gomita del día anterior y fue a desayunar. En la cocina, la abuela ya estaba encendiendo el fuego del horno de barro. Tenía el pelo recogido con un pañuelo floreado y canturreaba algo que parecía una milonga.

—¿Querés aprender cómo se hacen las semitas? —le dijo, sin mirarla.

Constanza asintió. No preguntó qué. Se acercó y estiró las manos. La abuela le dio un bol con harina y sal, y le mostró cómo se armaba el hueco en el medio, cómo se agregaba el agua tibia, la grasa, los chicharrones, cómo se amasaba sin romper la mezcla, como si se tratara de contener algo frágil.

La masa era pegajosa, tibia, con vida. No era como cocinar con recetas de YouTube. Esto era otra cosa. Una ceremonia muda que pasaba de una mano a otra, sin teoría, sin palabras grandes. Solo el hacer.

Cuando terminó de amasar, la abuela la mandó a buscar leña. Afuera, el pasto tenía gotas frías. Caminó con el canasto hacia el costado de la casa, donde había un montón cubierto con lona. Levantó un par de ramas gruesas y otras más delgadas. Las apiló con cuidado. Sentía las astillas clavarse en la palma, pero no le importaba. Le gustaba esa sensación: concreta, real. No dolía más que lo que tenía que doler.

Cuando volvió, el abuelo estaba en la galería, con la misma campera de siempre y un termo bajo el brazo. Le sonrió sin hablar. Ella también. Era la primera vez que se miraban así, sin necesidad de llenar el aire con frases hechas.

—¿Y la campana? —preguntó él, sin ironía.

—Sonó anoche —respondió, mientras acomodaba la leña—. La hice sonar yo.

Ernesto asintió, como quien confirma un hecho que ya sabía. Después giró la cabeza hacia el campo abierto.

—¿Y qué dijiste?

—Nada. Pero pensé en él.

El abuelo no preguntó más. Tomó un mate amargo y se lo alcanzó. Ella lo aceptó, aunque no le gustara tanto. El calor le subió por dentro como un suspiro largo. No era solo la bebida. Era el gesto. El estar ahí.

Ese día no hubo pantallas. No hubo historias ni reels. Tampoco hubo explicaciones. Ni siquiera volvieron a hablar de los padres, ni de la separación, ni del pasado. Pero algo había cambiado. Constanza lo sentía en la forma en que su abuela le apoyaba la mano en el hombro cuando pasaba, en cómo el abuelo la dejaba hacer sin corregirla, en cómo el perro del patio ya la seguía sin desconfiar.

El mundo al que estaba acostumbrada parecía lejano, como un ruido apagado detrás de una puerta que no tenía apuro por abrir. Tal vez más adelante volvería a buscar respuestas. Tal vez intentaría hablar con su mamá de otra forma. Tal vez.

Pero ahora, eso no importaba.

Esa mañana, cuando sacaron ñas semitas del horno, crujientes y calientes, las comieron entre los tres sin hablar demasiado. Ernesto puso la radio del pueblo, donde una mujer leía noticias con acento pausado y nombraba a personas que todos conocían. La abuela contaba anécdotas sueltas mientras metía la semita en el mate cocido. Constanza, sin decirlo, sentía que pertenecía. No por sangre, ni por obligación. Por algo más profundo, que recién empezaba a intuir: saber de dónde venía no era una tarea escolar, ni un álbum de fotos, ni una línea de tiempo. Era esto. Sentarse a la mesa con quienes te nombraron antes de que pudieras hablar. Compartir el desayuno. Amasar con las manos lo que otros te dejaron en el alma.

Cuando anocheció, la campana no sonó. Pero no le hizo falta. Constanza sabía que estaba ahí, colgando en silencio. Un pedazo de metal con un nombre que era parte de ella. Un nombre al que quería volver a mirar. Tal vez, la próxima vez que hablara con su madre, ya no empezaría por reclamos. Tal vez diría: "Contame algo de cuando eras chica."

Tal vez, esa sola pregunta alcanzaría para empezar a sanar.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

VIEJAS CARTAS

La lluvia empezó despacio, como un murmullo sobre las chapas del galpón, y se fue volviendo constante, pareja, de esa que no da respiro pero tampoco apura. Constanza, con las medias húmedas por haber pisado sin querer una juntura floja del patio, se quedó dentro, entre cajones de madera, bolsas de arpillera y herramientas que no sabía nombrar. Buscaba una campera vieja que Ernesto le había dicho que debía estar “en el fondo, colgada del clavo donde antes había un almanaque”. No encontró la campera, pero encontró otra cosa.

Era una caja de galletas, de esas redondas, con dibujos en relieve y una etiqueta medio borrada. Al abrirla, no hubo sorpresa de dulces ni olor a masa añeja. Había papeles. Muchos. Atados con una cinta bordó desteñida. Cartas. Lo supo enseguida. El tipo de papel, el sobre amarillento, la letra apretada, prolija, firme. No era un diario, no eran cuentas. Eran cartas. Y no de negocios. El primer sobre tenía escrito en cursiva: Para Irma, con la luna de testigo. La fecha: abril de 1974.

Miró hacia la casa. Nadie. Volvió a agacharse, se sentó sobre una manta enrollada y sacó la primera hoja. Al desplegarla, tuvo una sensación que no esperaba: como si estuviera abriendo algo sagrado, privado, y a la vez profundamente suyo. Comenzó a leer.

Querida Irma:

Esta noche el cielo parece quieto, pero todo en mí se mueve. Cada vez que oscurece sin verte, algo se me desacomoda adentro. Te escribo para no olvidar cómo es tu voz cuando me decís que soy terco. Para recordar el olor de tu pelo después de la lluvia. Para quedarme dormido en el papel cuando no puedo dormirme en tu abrazo.

Hoy el corral se llenó de barro y el ternero nuevo no quiso comer. Pero en medio de todo eso, igual pensé en vos. En lo mucho que te espero, y lo poco que me quejo. Porque prefiero esperararte a no tenerte. Prefiero barrer hojas y soledad, si después va a llegar tu risa a moverme el aire.

Dicen que el amor se cansa con el tiempo. Yo creo que el mío se afila. Cada día sin vos me pule. Me saca brillo para que cuando vuelvas me veas de lejos y sepas que sigo siendo el mismo: el que quiere envejecer a tu lado.

Hasta entonces, esta carta viaja en mi lugar. No olvides que mi amor no tiene horarios, ni clima, ni fecha de vencimiento.

Con todo lo que soy,

Ernesto

Constanza cerró los ojos un momento. Sentía que la garganta se le cerraba. No por tristeza. Era otra cosa. Una emoción antigua, desconocida, como si de golpe su cuerpo reconociera algo que nunca había vivido pero igual le pertenecía. Sacó otra.

Mi Irma de los lunes:

Hoy no vino el colectivo. Ni el cartero. Pero igual te escribo. Me inventé un buzón en el corazón, por si alguna vez me olvidás. Le puse tu nombre y cada tanto le dejo un verso, una frase, un “te espero” con olor a albahaca. Ya sé que

no es necesario, pero también sé que el amor necesita repetirse. Como el pan. Como el mate.

Le dije a mamá que te extraño y me miró sin decir nada. Después cocinó tortas fritas, como cuando era chica. Supongo que eso fue su forma de entenderme. De decirme que me aguante. Que no soy el primero ni el último que se queda mirando por la ventana como un tonto.

Pero vos no sos cualquiera. Vos sos la que no me promete nada y me da todo. Sos la que se ríe en medio de las malas noticias. Sos la que vale la pena. Y yo, con estos dedos llenos de tierra, con esta cara que se pone vieja más rápido que antes, no tengo mucho para ofrecerte más que lo mismo de siempre: ganas de compartir mi vida con vos.

Si eso no alcanza, sigo escribiendo. Porque escribirte es mi manera de quedarme. Aun cuando no estés.

Te pienso con la lluvia,

Ernesto

Constanza tragó saliva. Ya no estaba leyendo por curiosidad. Estaba leyendo con hambre. Como si esas palabras pudieran llenar algo que llevaba mucho tiempo vacío sin darse cuenta. No eran cartas elegantes, ni exageradas. Eran simples, humanas, verdaderas. Y, sin embargo, cada frase parecía tener más peso que todos los “te amo” que había leído en redes, que todos los mensajes que había recibido en su vida.

No supo cuánto tiempo pasó ahí sentada. Solo se levantó cuando la lluvia paró y escuchó la voz de Irma desde la cocina, diciendo que ya era hora de pelar las papas.

Volvió a guardar las cartas con cuidado, pero no cerró del todo la caja. Quería volver. Sabía que iba a volver. Porque por primera vez en su vida, quería entender qué se sentía amar así. Esperar así. Escribir así.

La cocina olía a cebolla dorada y carne cocinándose a fuego lento. Irma pelaba papas con movimientos automáticos, firmes, y las dejaba caer en un balde de plástico con agua clara. Constanza entró en silencio, con la caja entre los brazos, y se sentó frente a ella sin decir nada.

Irma no levantó la vista. Pelaba y cortaba con una naturalidad que parecía heredada del tiempo. La radio del pueblo murmuraba de fondo, hablando de una exposición ganadera en La Loma y de la posibilidad de lluvias durante el fin de semana. Nada importante. Nada urgente.

—Estaban en el galpón —dijo Constanza al fin, apoyando la caja sobre la mesa—. Las cartas.

Irma paró de pelar. Dejó el cuchillo al costado y, ahora sí, la miró. No había enojo en sus ojos. Ni sorpresa. Solo una tristeza leve, serena, como si ya supiera que ese día iba a llegar.

—¿Las leíste?

—Algunas.

La abuela asintió. Se secó las manos con el delantal y abrió la caja con una delicadeza casi de ritual. Tomó una al azar, la acarició por los bordes, y luego la dejó de nuevo donde estaba. No necesitaba releerlas. Las llevaba dentro.

—Nunca había visto una carta —dijo Constanza, bajando la mirada—. Nunca había escrito una. Ni he recibido una.

Irma sonrió, sin burla. Solo con un poco de ternura cansada.

—Ahora las cosas son distintas, ¿no?

—Sí —contestó, y después agregó, más despacio—. Todo es rápido. Desechable. Nadie espera. Nadie aguanta.

Irma volvió al trabajo. Ahora picaba las papas en rodajas finas, como si cada corte le recordara algo que no podía decir en voz alta. Constanza la observaba en silencio. La precisión, la calma, la fuerza discreta de sus gestos. Pensó en las cartas, en las frases que todavía le daban vueltas en la cabeza. En la forma en que el abuelo había hablado del amor: no como una promesa ni como un juego, sino como una decisión diaria. Como un lugar al que se vuelve.

—¿Y vos cómo lo supiste? —preguntó de pronto—. Que era él. Que valía la pena.

Irma no respondió enseguida. Apiló las papas en un plato hondo y buscó el queso rallado en la heladera. Solo después, mientras lo esparcía sobre la carne en la fuente, dijo:

—Porque no me ofreció nada que no pudiera cumplir. Nunca me prometió una casa grande, ni viajes, ni una vida sin problemas. Me prometió estar. Y estuvo. A veces eso es todo.

—Pero se escribían cartas. Años. No se veían tanto.

—Justamente. Porque no era fácil. Porque había distancia. Porque había miedo. Porque había que trabajar. Pero nos escribíamos. Aunque fuera una hoja cada tanto. Aunque no hubiera muchas novedades. Aunque repitiéramos lo mismo. Eso nos sostenía.

Constanza bajó la vista. En su cabeza se cruzaban imágenes superpuestas. Reels con música romántica, influencers de 16 años

que hablaban de “amor verdadero” entre lágrimas filtradas, tutoriales de “cómo enamorarte en 7 días”, posts con frases en cursiva sobre almas gemelas y heridas que nadie entiende. Todo eso, de golpe, le sonaba vacío. Infantil. Como si le hubieran vendido un decorado y ahora, por primera vez, viera la casa real detrás del cartel.

—¿Nunca pensaste en rendirte?

—Sí. Muchas veces. Pero siempre me preguntaba: si lo dejo, ¿qué me queda? Y la respuesta era siempre la misma: me queda menos. Así que seguía.

Colocó la última capa de puré sobre la fuente. Aplastó con el tenedor, marcando líneas como si fueran surcos de un campo que había que cuidar. Le ofreció a Constanza hacerlo con el queso. Ella tomó el bowl y empezó a esparcirlo.

—Yo pensé que el amor era otra cosa —dijo, casi en un susurro—. No sé... como lo muestran en las pelis o en las redes. Todo inmediato, todo intenso, todo perfecto.

—Lo que ves ahí no es amor —dijo Irma sin levantar la voz—. Es verso, maquillaje, todo armado, mi niña. ¿Qué puede saber del amor un mocoso de 16 años? ¿De la vida?

Guardaron silencio mientras ponían la fuente en el horno. Afuera, la lluvia había cesado y un rayo de sol se filtraba entre las nubes, iluminando la mesa con una claridad inesperada.

—¿Y qué pasó con las cartas? —preguntó Constanza—. ¿Por qué las guardaste?

—Porque son mi historia. Porque antes de tener esta casa, esta mesa, esta cocina... lo único que teníamos eran esas palabras. Las guardé para no olvidar de dónde venimos.

Constanza se quedó mirando el horno. El vidrio empañado, el calor que empezaba a llenar la cocina. Había una paz ahí, una verdad callada. No todo estaba dicho, ni todo resuelto. Pero algo en ella se había roto. O mejor dicho, se había abierto.

Y lo que entraba por esa grieta era distinto a todo lo que había sentido antes. Era respeto. Por la espera. Por lo simple. Por lo verdadero.

Esa noche, cuando fue a su cuarto, no encendió la luz. Tampoco el celular. Se acostó vestida, sobre la manta áspera pero tibia, y dejó la caja de cartas sobre la mesita de luz. El ruido del campo seguía ahí, inmutable: grillos, alguna rama movida por el viento, el murmullo distante de una bomba de agua. Pero dentro de ella, el ruido era otro.

Sentía una presión en el pecho, algo que no dolía como un golpe, sino como el peso de una verdad demasiado larga, demasiado vieja. Como si durante años hubiese aceptado una versión del amor editada, superficial, envuelta para regalo, sin cuestionarla jamás. Y ahora, frente a esas hojas dobladas, escritas con tinta temblorosa y sin filtros, todo lo que había creído empezó a parecerle falso.

Se sentó. Tomó otra carta. Una sin fecha, escrita en un papel más chico, con la tinta corrida por una gota de agua —o tal vez una lágrima— que había dejado una marca oscura en la esquina. La abrió como si abriera algo frágil. Leyó despacio, sin parpadear.

Irma querida:

Hoy no tengo nada para contarte. Ni buenas ni malas noticias. Hoy no pasó nada. Pero igual te escribo. Porque incluso en los días vacíos, me hacés

falta. Porque aun cuando todo está en calma, hay algo en mí que sólo se completa cuando pienso en vos.

No quiero que me recuerdes por las cartas en las que te digo que te amo, sino por las que te escribo cuando no pasa nada. Como esta. Porque si alguna vez armamos una vida juntos, va a estar hecha en su mayoría de eso: de días tranquilos, de silencios, de rutinas. Y si puedo amarte también en esos momentos, entonces sé que lo nuestro es de verdad.

No sé cuánto falta para verte. Y no importa. Lo que importa es que te espero. Que no tengo prisa, porque tengo certeza. Y eso, en este mundo que gira tan rápido, es un lujo que me doy cada vez que pienso en vos.

Con nada más que mi presencia,

Ernesto

Al terminar de leerla, Constanza sintió que algo le apretaba el estómago. Cerró la carta con cuidado y se acostó de nuevo, pero no pudo dormir. Recordó todas las veces que creyó estar enamorada. Mensajes que duraban horas, promesas que flotaban entre emojis, declaraciones que se esfumaban en semanas. Recordó cuántas veces confundió intensidad con profundidad. Cuántas veces pensó que la ausencia de conflicto era aburrimiento. Cuántas veces había dicho “si no se esfuerza, no le importás”, como si el esfuerzo fuera solo acción grandilocuente y no constancia silenciosa.

Nadie le había enseñado a esperar. Nadie le había dicho que el amor podía no doler, no desesperar, no ser una montaña rusa. Todo lo que había consumido —películas, series, posteos, reels de un minuto— hablaba del amor como una búsqueda ansiosa, un premio, una conquista. Nadie hablaba del amor como un lugar donde quedarse.

Se tapó con la manta hasta la nariz. Afuera, el viento soplabá entre los árboles como si también removiera cosas del pasado. Le costaba ordenar sus pensamientos. No sabía si admiraba a sus abuelos o si le dolía no haber tenido nunca nada parecido. Tal vez era ambas cosas.

Volvió a sentarse. Agarró la última carta de la caja, enrollada, atada con un piolín. Tenía otra letra. Más temblorosa, más separada. Era evidente que había sido escrita muchos años después. La desató con cuidado y empezó a leer.

Amor mío:

Hoy estuve barriendo la galería y me encontré una hebilla tuya entre las maderas. La reconocí enseñada. Es la que usabas cuando me decías que el pelo largo te daba calor. No sé por qué, pero me largué a llorar. No de tristeza. De emoción. De esas que te cruzan sin aviso y te doblan un rato.

Me doy cuenta de que te sigo mirando como al principio. Aunque el cuerpo haya cambiado. Aunque la voz no sea tan clara. Aunque los pasos sean más lentos. Me sigo enamorando de vos cada vez que te veo mojar el pan en el café o cuando te reís sin darte cuenta.

Y a veces, cuando dormís la siesta en el sillón, te miro como se mira una foto: sabiendo que un día esa imagen no va a estar más. Y por eso, cada segundo vale el doble.

Gracias por haber venido. Por haberte quedado. Por haber creído en nosotros incluso cuando no sabíamos bien qué éramos.

Con todo lo que viví y todo lo que queda,

Ernesto

Las manos le temblaban cuando dobló la carta. Se la llevó al pecho, como si el papel pudiera abrazarla. Lloró en silencio, sin escándalo, con la cara apoyada en las rodillas. Por ella. Por todo lo que nunca había visto. Por todo lo que había buscado en el lugar equivocado. Por esa versión del amor que nunca le contaron.

Y porque, aunque no lo supiera aún, ese llanto era el comienzo de una nueva forma de mirar.

A las cinco y media, el gallo volvió a cantar. Esta vez, Constanza no se revolvió en la cama ni enterró la cara en la almohada. Abrió los ojos con lentitud, sintiendo el cuerpo pesado pero distinto. No era agotamiento. Era como si algo dentro suyo se hubiera reacomodado durante la noche. Se levantó despacio, se puso la campera del abuelo —la de jean gastado—, y fue a la cocina con los pelos revueltos y los párpados aún pegados por el sueño.

Ernesto ya tenía el mate listo. Estaba de pie junto a la cocina a leña, removiendo algo en una olla con el cucharón de madera. La radio murmuraba bajito, dando la temperatura y anunciando la misa de siete.

—Buen día, dormilona —dijo sin darse vuelta.

—¿Dormilona? Si apenas cantó el gallo...

—Cinco minutos de más acá valen por veinte en la ciudad —bromeó, y le cebó un mate.

Tomaron juntos en silencio. Afuera todavía estaba oscuro, pero el aire frío entraba por la ventana entreabierta con un olor claro, limpio, mezcla de pasto húmedo y humo de leña. Constanza miraba a su abuelo de reajo. Quería decirle que había leído todas las cartas. Quería preguntarle mil cosas. Pero no sabía por dónde empezar.

—¿Y hoy qué se hace? —preguntó en lugar de eso.

—Hoy hay que juntar los huevos, revisar la vaca, y después hacemos la vuelta del reparto. Vamos al pueblo, pasamos por lo de los Gómez a cobrar lo del queso, y ya que estamos, llevamos los pancitos a Rosa. Después almorzamos y... siesta.

—¿Siempre hacés lo mismo?

—Siempre. Cambia el orden, cambia el clima, cambian las caras. Pero sí. Más o menos lo mismo.

Salieron en la Ford F100. La cabina vibraba y el motor rugía como un viejo que se queja, pero arranca igual. La radio no funcionaba. Solo había viento que entraba por las ventanillas, sol que se colaba entre los árboles, y el sonido de las ruedas sobre el ripio.

—Abuelo.

—Decime.

—Leí las cartas.

Ernesto no miró. Aceleró apenas.

—Ya me imaginé.

—¿Te molestó?

—No. Si las guardamos es porque queríamos que alguien las leyera.

Un momento de silencio. Ella bajó la mirada. Después se animó.

—¿Cómo fue todo eso? ¿Esperar tantos años? ¿Escribir tanto? ¿No rendirse nunca?

El abuelo sonrió sin dejar de mirar el camino.

—No fue fácil. Pero fue real. Mirá, cuando conocí a tu abuela, ella ya era fuerte. Ya sabía lo que quería. Yo era un desastre. Tenía poco, prometía menos. Pero ella me eligió igual. Y cuando me fui a laburar a Córdoba por unos meses, le prometí que iba a volver. No sabía si iba a poder. Pero igual le escribía. No por romanticismo, ¿sabés? Escribirle era como recordarme a mí mismo quién quería ser. Ella me obligaba a ser mejor, incluso estando lejos.

—¿Y ella también te escribía?

—No tanto. Tu abuela es de guardar para adentro. A veces mandaba una hoja con dos frases: “Todo bien. Cuidate.” Pero eso alcanzaba. Porque la esperaba igual.

Pararon en la tranquera para revisar la vaca. Le pasaron la mano por el lomo, la limpiaron, revisaron las ubres. Luego pasaron al gallinero, donde los huevos todavía estaban tibios bajo las plumas. Constanza los recogía con cuidado, como si se tratara de algo sagrado.

—¿Y cómo supiste que era amor de verdad?

—Porque no necesitaba nada de ella. Ni plata, ni favores, ni belleza. Solo quería estar. Y cuando uno quiere estar, lo demuestra. Aunque no sea perfecto. Aunque a veces no sepa cómo.

Volvieron a subir a la camioneta. Siguieron camino. En el trayecto, Ernesto saludaba con bocinazos cortos, levantaba la mano a los que pasaban en bicicleta o a caballo. En el pueblo, hizo tres entregas, cobró dos encargos, y pasó por la capilla a dejar un sobre.

—Abuelo...

—¿Otra vez?

—¿Y nunca... no sé... te tentaste con otra vida? ¿Irte, cambiar de rumbo?

—A veces uno se tienta con la idea de algo. Pero después mirás lo que tenés y entendés que lo importante ya lo construiste. Yo no quise cambiar de vida. Quise hacer que esta valiera la pena.

Almorzaron los tres juntos. Guiso de arroz con papas y zapallo. Pan del día anterior, todavía crujiente. Después del segundo plato, el abuelo se levantó, fue hasta el sillón, se quitó las botas, y se echó con la radio bajita de fondo.

—¿Otra vez siesta?

—Si me levanto a las cinco todos los días, me la gané.

Constanza rio. Fue a su cuarto. Se acostó vestida. Y entendió. Por primera vez, comprendió el sentido de esa pausa sagrada en medio del día. El cuerpo se lo pedía. No por flojera. Por ritmo. Por naturaleza.

Dormitó unos cuarenta minutos. No más. Pero cuando se despertó, sintió que había dormido una vida entera.

La merienda los reunió otra vez en la cocina. Mate, pan casero, queso fresco y dulce de membrillo.

—¿Vos también guardaste las cartas, abuela? —preguntó Constanza.

Irma asintió sin dejar de cegar.

—Cada una. Incluso las que me enojaban.

—¿Te enojaban?

—Claro. A veces me decía lo que no quería oír. O me reclamaba algo. Pero no eran cartas para conquistarme. Eran cartas para no perderme. Y eso es otra cosa.

—¿Alguna vez pensaron en dejarse?

—Un millón de veces —dijo Ernesto, metiéndose en la charla—. Pero no lo hicimos. Porque cuando te das cuenta que el otro es tu casa, no la abandonás cuando entra tierra o se rompe una ventana. La arreglás.

Salieron al pueblo cuando el sol bajaba. El aire estaba tibio, con olor a jazmín y leña. En la plaza se cruzaron con Rosa, una viuda flaca, de mirada limpia. Vivía sola desde hacía años. Su hijo, camionero, se había mudado a Salta.

—¿Y este año viene para las fiestas? —preguntó Ernesto con un tono cálido.

—Sí, sí... Dijo que sí. Esta vez sí viene.

Ernesto se le acercó un poco más. Con una media sonrisa le dijo:

—Igual, si llega a complicarse... sabés que en casa hay lugar.

Rosa lo miró un segundo largo. Asintió en silencio. No dijo sí. No dijo no. Pero a Constanza le pareció que le habían hecho el mejor regalo del mes.

Esa noche, mientras guardaban todo para el día siguiente, Constanza ayudó a barrer la galería. En el silencio, con el cielo estrellado sobre sus cabezas, volvió a hablar.

—Abuelo.

—Decime.

—Gracias por escribirle todas esas cartas a la abuela.

—¿Por qué?

—Porque así pude conocer el amor de verdad. El que no desaparece, el que se queda. El que no se publica, ni se grita. El que se vive.

Ernesto no respondió. Solo le acarició el hombro al pasar. Ella lo dejó. Lo sintió como una bendición.

Esa noche, se durmió con una sola frase resonando en su cabeza, una frase que no estaba en ninguna carta pero que comprendía todo:

"El amor no se encuentra. Se elige. Y se construye todos los días."

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

NAVIDAD

Faltaban dos días para Navidad y el aire del campo tenía ese olor denso, dulce y seco, mezcla de tierra caliente, pasto recién cortado y horno prendido desde temprano. Constanza se había acostumbrado a madrugar sin quejarse, a bajar en silencio, tomar mate con el abuelo y meterse en la rutina como quien se mete en un río frío: al principio con resistencia, pero después con entrega.

Esa mañana salieron más temprano. Ernesto quería dejar los últimos pedidos antes del 24. La caja de la Ford F100 iba cargada con pancitos de anís, quesos, unas conservas y dos frascos de dulce que Irma había etiquetado con la letra temblorosa de siempre: “Para Don Alberto – Feliz Navidad”.

El camino de tierra parecía más seco de lo habitual. El sol todavía no picaba fuerte, pero el cielo anunciaba calor. Constanza iba con el codo apoyado en la ventanilla abierta, la mirada perdida en el paisaje que ya no le resultaba ajeno. De tanto verlo, empezaba a encontrarle pequeños detalles: una tranquera recién pintada, un nido entre los postes, una vaca distinta al fondo del campo.

Pararon frente a una casa baja, con galería y jazmines desbordando del alambre. La puerta estaba abierta. Un perro salió a recibirlos, sin ladrar. Y entonces lo vio.

Tomás estaba de pie al lado del molino, con una camisa celeste arremangada y las botas embarradas hasta media caña. No tenía

celular en la mano, ni auriculares, ni nada que lo distrajera. Solo estaba ahí. Presente. El cabello desordenado, los brazos cruzados, el ceño un poco fruncido por el sol. Miró hacia la camioneta con una expresión neutra, casi seria. Pero cuando Ernesto bajó y le gritó un “¡Buen día, che!”, la cara se le transformó en una sonrisa tan franca que Constanza sintió una punzada rara en el pecho. Algo parecido a un tropiezo interno.

—¿Está tu viejo? —preguntó Ernesto.

—Sí, adentro. Ahora lo llamo.

La voz era grave pero suave, sin esfuerzo. Casi tímida. Entró sin apuro y salió al rato con un hombre mayor, de barba entrecana y paso lento.

—¡Don Ernesto! ¿Cómo le va, hombre?

—Mejor que a muchos, peor que a pocos —respondió el abuelo, dándole un apretón de manos firme—. Te traje los dulces que pidió tu mujer el año pasado. Irma los hizo igual, aunque ya no este, te los traigo. Dijo que seguro los estaban esperando igual.

Hubo un silencio. El hombre bajó la mirada. Se quitó el sombrero.

—Gracias. De verdad. Ella siempre los esperaba. Los comía sola, en la galería, escuchando tangos en la radio... No fue un diciembre fácil.

—Lo sé, Juan. Lo sé.

—Este año la mesa va a ser distinta —dijo el hombre, sin drama, pero con la voz rasgada—. Seremos solo los dos. Tomás y yo.

Ernesto miró al joven, que ahora estaba a unos metros, agachado, revisando una sogá del corral.

—¿Y qué tienen pensado para Nochebuena?

Juan se encogió de hombros.

—Una picada y a dormir temprano. No somos de muchas vueltas.

Ernesto no dudó.

—Vengan a casa. No se discute. Irma hace el loco, yo pongo la sidra, y si la nena no se enoja, capaz hasta canta un villancico.

Juan rio por primera vez. Negó con la cabeza, como quien quiere decir que no puede aceptar, pero se siente agradecido. No dijo que sí. Pero no dijo que no.

—¿Ella es tu nieta?

—Constanza. De la ciudad.

Tomás se acercó justo entonces. Saludó con la cabeza, tímido, sin saber bien si hablar o no. Llevaba una sonrisa que parecía haberse formado con esfuerzo, como quien no la usa todos los días.

—Mucho gusto —dijo él.

—Igualmente —respondió Constanza, más seria de lo que quería sonar.

Se miraron un segundo. Nada exagerado. Nada cinematográfico. Solo un segundo más de lo habitual. Y fue suficiente para que ella sintiera algo nuevo: no vértigo, no euforia, no ansiedad. Solo una calma extraña. Una presencia. Una sensación de que ese chico no estaba jugando a gustar, no estaba midiendo likes invisibles ni disfrazando intenciones.

Volvieron a subir a la camioneta. Ernesto arrancó sin apuro.

—Buen pibe ese Tomás. Callado, pero buen corazón. Le tocó duro con lo de la madre. La cuidó hasta el final. Y ahora, ahí está, firme al lado del viejo. Sin quejarse. Hace falta gente así.

Constanza no dijo nada. Pero por dentro, algo se le estaba despertando. No era enamoramiento. Ni deseo. Era otra cosa. Una curiosidad silenciosa. Una necesidad de volver a verlo sin que el mundo lo supiera. De conocerlo sin intermediarios. Sin pantalla. Sin ruidos. Solo así. Como él era. Como ella empezaba a querer ser.

En el camino de regreso, la Ford F100 avanzaba lento por el ripio. El sol ya se alzaba alto sobre los campos, y las sombras de los árboles proyectaban formas finas sobre la tierra seca. Constanza iba callada, mirando hacia adelante, pero con las manos inquietas sobre las piernas. Había algo que no se animaba a decir, o tal vez no encontraba cómo.

Al final, sin mucha vuelta, disparó:

—¿Por qué andas invitando a todo el mundo para Navidad?

Ernesto rio a carcajadas, con esa risa de pecho que a ella tanto le gustaba. La que hacía que le vibraran los hombros y le brillaran los ojos.

—¿Y vos pensabas que me la quería pasar solo con vos y con la abuela?

—No sé... un poco. Capaz sí. Pensé que era algo... de familia.

—Justamente, mi niña. Familia no es solo el que lleva tu sangre. Es el que necesita una mesa. Y no la pide. Es el que no tiene con quién brindar, pero igual compra una sidra por si alguien llega. Uno tiene que prestar atención. Porque hay gente que no dice "me siento solo", pero lo está. Y vos tenés que ser de esas personas que se dan cuenta. Que se acercan. Que invitan. Sin esperar nada.

Guardó silencio un instante, luego agregó, con la voz más baja:

—Cuando hacés eso, cuando te das sin pedir nada, vas a ver algo. Es sutil. Pero lo vas a notar. Se les enciende un brillo en los ojos. Como si el alma respirara distinto. Y ese brillo, Coni... ese brillo vale más que un millón de seguidores y cien mil likes juntos.

Ella no respondió. Se mordió el labio. Bajó la vista. Lo entendía. No del todo, pero lo entendía. Era otra lógica. Otro mundo. Uno donde los gestos importaban más que las palabras, y donde un plato caliente compartido tenía más peso que cualquier historia publicada a las once de la noche con un emoji de estrella.

Al llegar, Irma los esperaba con una fuente de empanadas tapada con un repasador. Almorzaron los tres bajo la galería. Después de comer, el calor los empujó naturalmente hacia la siesta. Constanza se estiró sobre la cama sin siquiera desvestirse. Cerró los ojos, pero no dormía. En su mente, flotaba la imagen de Tomás, su manera de bajar la mirada, sus silencios sin incomodidad, la forma en que había saludado con firmeza, pero sin querer agradar. Había algo en él que le resultaba ajeno a todo lo que conocía. Y eso mismo era lo que le provocaba algo. No excitación. No ansiedad. Algo nuevo. Más tranquilo. Más limpio.

Esa tarde, Ernesto volvió a salir para llevar leña a una vecina. Le pidió a Constanza que lo acompañara. Ella aceptó, sin dudar. En el camino, la charla volvió, esta vez más liviana.

—¿Y qué te pareció Tomás?

—Normal —dijo ella, haciendo un esfuerzo inútil por sonar desinteresada.

—¿Normal? En este mundo no quedan muchos normales, ¿sabías?

Ella rio.

—Tenés razón.

—Es buen pibe. Tiene manos que trabajan desde los doce. Perdió a la madre hace poco, y aun así se levanta todos los días a las cinco. No se queja. No presume. Y cuando algo le duele, va al campo y lo trabaja con la pala.

—No habla mucho...

—Los que valen no siempre hablan. A veces escuchan. A veces simplemente están. Y eso es más difícil de encontrar.

Al anochecer, regresaron a casa. El aire estaba más fresco. En la cocina, Irma amasaba pan y le pidió a Constanza que la ayudara. Mezclaron harina, agua y levadura. Mientras la masa crecía, ella pensaba en ese gesto: cocinar algo que se comparte. Sin nombre en la etiqueta, sin firma. Sin esperar que nadie lo vea más que los que están cerca.

Irma notó su mirada pensativa.

—¿Algo te ronda la cabeza?

—No sé... estoy distinta. Me siento... no sé cómo decirlo.

—Estás empezando a mirar.

—¿Qué cosa?

—Todo. Pero sobre todo a vos misma.

Más tarde, mientras ayudaban a envolver un pan con papel madera para regalar al día siguiente, Constanza volvió a sacar el tema:

—¿Y vos te diste cuenta alguna vez que alguien necesitaba algo sin decirlo?

—Claro. Todos los días. Tu abuelo, cuando se levanta antes que yo para cebarme el primer mate. Silvia, cuando me trae aceitunas sin cobrarme porque se acuerda que me olvidé de comprarlas. O vos, que viniste con las cejas fruncidas y ahora te reís mientras amasas.

Constanza sonrió sin darse cuenta. Y ahí, en ese instante, comprendió lo que el abuelo le había dicho. El brillo. Eso que no se puede mostrar. Que no se puede falsear. Algo que no necesita un “me gusta” para tener valor.

Esa noche, mientras se lavaba los dientes en el baño con el espejo empañado, se quedó mirándose. Pensó en la última vez que alguien le gustó. En cómo había sido: fugaz, exagerado, lleno de expectativas, y vacío a la vez. Pensó en Tomás, en la manera en que le había dicho "mucho gusto" como si lo sintiera de verdad. Pensó en su forma de estar, sin adornos.

Se fue a la cama con esa imagen en la cabeza. No era amor. Todavía no. Pero tampoco era lo mismo de antes. No quería un mensaje de él. No quería una historia compartida. Solo quería verlo de nuevo. Tal vez reír. Tal vez hablar. Tal vez, simplemente, estar.

Y se durmió con una certeza nueva: lo real no grita. No necesita mostrarse. Solo necesita tiempo. Y ganas de quedarse.

El gallo volvió a cantar a las cinco y media, como si fuera un ritual inquebrantable. Esta vez, Constanza sí se molestó. Se dio vuelta con fastidio y se tapó la cabeza con la almohada, pero el canto fue insistente, casi en su ventana, como si el animal supiera exactamente dónde dormía.

Se levantó refunfuñando, se puso un pantalón deportivo sin ganas y llegó a la cocina sin saludar.

—¿Por qué grita justo en mi ventana ese bicho? —soltó, mientras servía agua del termo.

Irma, que ya tenía el delantal puesto y amasaba con energía en la mesada, sonrió apenas, sin mirarla.

—Preguntale a tu abuelo.

—¿Qué? ¿Lo entrenó para despertarme?

—Preguntale a él —repitió, como quien guarda un secreto por travesura.

Cuando Ernesto entró con la campera llena de polvo y olor a corral, Constanza lo esperó con los brazos cruzados.

—¿Vos le enseñaste al gallo a gritar en mi ventana?

Ernesto se rio fuerte, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Yo no le enseñé nada a nadie, nena. Ese gallo tiene instinto. Y parece que a vos te hace falta madrugar.

—¡Es 24 de diciembre!

—Por eso. Hay mucho que hacer.

Ese día tenía un ritmo distinto, como si el aire trajera una ansiedad que no era sólo de ella. Nadie decía demasiado, pero todos se movían como si supieran que esa noche no podía fallar. El abuelo repartía tareas con voz serena pero firme. Irma ya tenía el lechón listo para meter al horno de barro. Constanza pelaba cebollas para las empanadas mientras lloraba en silencio, culpando a las capas finas, pero sabiendo que había algo más adentro que también quería salir.

No sabían cuántos iban a venir esa noche. Tal vez todos. Tal vez ninguno. No sabían si Tomás y su padre aceptarían la invitación. Y eso, a Constanza, la tenía inquieta. Miraba el reloj sin querer mirarlo, se acomodaba el pelo como si ya fuera hora, pero aún faltaban doce horas para la cena.

Después de limpiar la galería, barrer el patio y preparar la mesa larga bajo la parra, salieron en la F100 a hacer el reparto final del año. Llevaron conservas, pan, unas empanadas para los Gómez, dos botellas de sidra que Irma les pidió que dejaran en la casa de una vecina que había enviudado en agosto. En cada parada, las manos se alzaban en saludo y las miradas eran sinceras. Les regalaban cosas sin pensarlo: un pan dulce casero, una sidra, una bufanda tejida a mano, dos frascos de miel. Todos agradecían sin palabras grandilocuentes. Solo con la forma en que apretaban la mano del abuelo o miraban a Constanza con ese brillo que ella todavía no sabía nombrar, pero ya reconocía.

—No puedo creerlo —dijo en voz baja mientras subían a la camioneta—. La gente acá... es distinta.

—No es distinta. Es real —dijo el abuelo—. Y eso, a veces, asusta.

En cada casa, Ernesto repetía su invitación: “Si se animan, pasen esta noche a brindar con nosotros. Después de las doce. Hay sidra fría y buena gente”. Algunos asentían, otros se reían, algunos se hacían los distraídos, pero todos sabían que, si llegaban, iban a ser bienvenidos.

Volvieron a casa cerca del mediodía. Almorzaron empanadas con ensalada fresca. Irma hablaba con orgullo de la cocción lenta del lechón. Ernesto contaba que se le pinchó una goma la semana pasada, pero logró cambiarla sin perder la paciencia. Y Constanza,

mientras comía en silencio, sentía que esa casa estaba llena. No de cosas. De sentido.

—¿Y sabés si Tomás va a venir esta noche? —preguntó al abuelo sin poder contenerse.

Él levantó los hombros.

—No lo sé, nena. Pero sería lindo.

Durante la siesta, intentó dormir. Dio vueltas en la cama, cambió de posición, cerró los ojos con fuerza. Nada. Su cabeza estaba en otra parte. No sabía si era ansiedad, ilusión o simple nerviosismo. Pensó en qué se iba a poner, en si debía peinarse o dejarse el pelo suelto. En si Tomás vendría vestido como siempre o haría algún intento por parecer más formal. Se rio sola al imaginarlo con camisa blanca. “Le quedaría bien”, pensó. Y luego se enojó consigo misma por pensar esas cosas. A las ocho fueron a misa. La capilla del pueblo estaba iluminada con guirnaldas y faroles de papel. Todos los bancos estaban ocupados. El cura hablaba de esperanza, de comunidad, de aprender a mirar al otro sin prejuicio. Constanza no prestaba demasiada atención a las palabras, pero sí a los rostros. Había algo en la forma en que la gente se daba la paz que la conmovía. No era automática. Era sentida. Salieron pasadas las nueve. La noche estaba clara, con luna y estrellas.

—Dejemos a la abuela, que le quedan cosas por preparar —dijo Ernesto.

—¿A dónde vamos?

—Ya vas a ver.

Subieron a la camioneta sin más explicaciones. El campo estaba oscuro, pero el cielo parecía encenderlo desde arriba. No hablaron.

Solo se escuchaba el ruido del motor y los grillos al costado del camino.

Llegaron a la casa de Doña Rosa. El abuelo golpeó las manos en la entrada. Tardaron en abrir. Cuando la puerta se entreabrió, el rostro de Rosa apareció entre la sombra y la luz. Tenía el batón puesto, el pelo recogido con un peine torcido. Al verlos, se le iluminó la cara. Pero detrás de esa alegría, Constanza notó un pozo. Una pena callada.

—Doña Rosa —dijo Ernesto, sin rodeos—. Vamos a casa. Es Nochebuena.

—Ay, don Ernesto... no quiero molestar. Capaz mi hijo aparece...

—Rosa... —interrumpió él—. Ya sabemos que hace años que no aparece. Hoy no va a ser la excepción. Pero nosotros estamos aquí.

Ella bajó la mirada. Quiso negar, pero no tenía fuerzas. Entonces el abuelo giró hacia Constanza:

—Coni, pasá. Traete esa campera que está colgada ahí y la cartera que está arriba de la mesa.

Ella obedeció. Cuando salió, Ernesto ya le estaba tomando la mano a Rosa.

—Esta noche la va a pasar en familia. Y punto.

Los ojos de Rosa, vidriosos hasta entonces, se encendieron con una intensidad que Constanza nunca había visto. No era una emoción superficial. Era alivio. Era gratitud. Era ese brillo del que el abuelo había hablado.

Volvieron a la casa en silencio. Ella en el medio del asiento, Rosa al costado, abrazada a su campera como si fuera un abrigo de dignidad. Constanza no hablaba. Pero por dentro, sabía que estaba

presenciando algo verdadero. Algo grande. Y que esa noche, todo iba a empezar a cambiar.

Llegaron a casa con Doña Rosa unos minutos antes de las diez. La camioneta se detuvo frente a la galería y antes de que bajaran, Irma ya estaba en la puerta, con el delantal puesto y una sonrisa que le cruzaba toda la cara. No se sorprendió. No preguntó. Solo abrió los brazos y recibió a Rosa como si fuera una hermana que volvía después de años.

—¡Pero mirá con quién me venís, Ernesto! —exclamó—. ¡Mi Rosa querida! Al fin vamos a pasar una Navidad juntas. Y esta vez con nieta incluida, mirá qué lujo.

Rosa, que venía abrazada a su campera, rio entre lágrimas. Irma la abrazó fuerte, con esa fuerza serena que tienen las mujeres de campo cuando quieren decir “estoy con vos” sin usar las palabras. La condujo adentro y, sin darle tiempo a que se arrepintiera, la sentó en la cabecera secundaria de la mesa, justo frente a ella. Ya había un mantel blanco estirado, con servilletas dobladas en triángulo, vasos de vidrio grueso y platos hondos listos para recibir el loco. El aroma del lechón, apenas salido del horno de barro, llenaba la casa de un calor ancestral, mezcla de celebración y hogar.

Constanza ayudó a poner las sillas. Miraba a su abuela, a Rosa, al abuelo caminando con la sidra bajo el brazo. Se sentía parte de algo grande. Como si por fin entendiera qué era eso de “pasar la Navidad en familia”.

Entonces, a las 22 en punto, se oyó el motor de una camioneta frenando frente a la casa. Ella se quedó congelada. El ruido de una puerta cerrándose. Pasos. Y luego, tres golpes firmes en la madera. Ernesto se adelantó. Abrió sin apuro, con esa calma que lo caracterizaba.

Era Juan. Sonreía tímido, con la barba prolija y los ojos húmedos por el aire de la noche. Llevaba una botella de vino bajo el brazo, una bandeja con sándwiches de miga envueltos en papel aluminio. A su lado estaba parado Tomás, en sus manos traía un flan casero cubierto por un repasador celeste y un gesto más nervioso que de costumbre en su cara.

—Perdón la hora —dijo Juan—. Al final... vinimos.

—Ya los estaba esperando —dijo Ernesto, y los hizo pasar.

Tomás entró con los ojos atentos. Buscó a Constanza apenas cruzó la puerta. Ella lo miró y le sonrió, más con los ojos que con la boca. Él se acercó despacio, metió la mano en el bolsillo y sacó algo pequeño.

Era un caballo tallado en madera. Apenas del tamaño de una palma. De un marrón claro, suave al tacto. Sin pintura. Solo vetas, hendiduras, curvas limpias.

—Es para vos —dijo, con voz baja—. Lo hice ayer.

Constanza lo tomó sin saber bien qué decir.

—¿Lo hiciste vos?

—Sí. Es igual al primer caballo que me regalaron de chico. Fue el primer caballo que tuve.

Ella lo sostuvo entre las manos. No pesaba nada, pero le quemaba las palmas. Quiso decir algo, cualquier cosa, pero las palabras le temblaban en la lengua.

—Gracias —dijo al fin—. Es... hermoso.

—Podés ponerle un nombre, si querés.

—¿Y cómo se llamaba el tuyo?

—Tirador.

—Entonces... este también.

Él asintió. No sonrió, pero sus ojos sí. Y eso bastó.

La cena fue lenta, cálida, llena de anécdotas y risas serenas. Juan habló poco, pero cuando lo hacía, todos lo escuchaban. Irma contó historias de cuando Marta —la madre de Constanza— era chica y se trepaba al nogal del fondo para espiar a los vecinos. Ernesto se reía sin sonido, golpeando la mesa con la mano abierta cuando algo lo sorprendía.

Tomás comía despacio. Escuchaba más de lo que hablaba. Pero cuando alguien le preguntaba algo, respondía con sinceridad y sin vueltas. Dijo que le gustaba sembrar con las manos, que el silencio del campo le ayudaba a pensar, que desde que su madre murió, entendía distinto las cosas. Constanza lo miraba con una atención que no había puesto nunca en nadie. Notaba sus gestos. Cómo agarraba el vaso con las dos manos. Cómo le hablaba al abuelo con respeto. Cómo bajaba la mirada cuando no sabía qué decir, pero nunca la fingía.

—¿Y te gusta tallar? —le preguntó en un momento.

—Sí. Es como hablar sin palabras.

—¿Y hacés muchos caballos?

—Casi todos. Pero solo uno regalé.

Ella bajó los ojos, sonrió, y acarició con el pulgar la figura de madera que había dejado junto a su plato.

A las doce, Ernesto se levantó, alzó la sidra y dijo, con voz firme:

—Brindamos por la familia que se elige. Por los que están, por los que están en el cielo y por los que hicieron posible que esta mesa esté llena. Salud.

Todos se pusieron de pie. Se escucharon las copas chocar. Luego vinieron los abrazos.

Irma abrazó primero a Rosa. La apretó como si le quisiera compensar todas las fiestas que pasó sola. Rosa lloraba sin ruido, con los ojos llenos y la cabeza apoyada en su amiga. Después abrazó a Juan, al que no veía desde el velorio de su esposa. Lo hizo con respeto, con una palmada en la espalda que decía mucho más que cualquier frase.

Y entonces, Tomás dio un paso hacia Constanza. Ella también avanzó, dudando. Se quedaron frente a frente. Se miraron. Ninguno sabía qué hacer.

Él extendió los brazos con torpeza, como quien cruza un puente por primera vez. Ella se dejó rodear por ese gesto tímido, sincero, inseguro y pleno. Sintió sus manos en la espalda. Fuertes. Tibias. Un poco temblorosas. Su cuerpo era firme, delgado, cálido. Su perfume no era perfume, era olor a jabón blanco y madera húmeda.

Y en ese abrazo, corto y torpe, Constanza sintió algo que nunca había sentido. No fue electricidad. Ni vértigo. Fue calma. Una sensación de que, en ese instante, nada malo podía pasar. Como si el mundo se hubiera callado para que ellos se encontraran sin que nadie interfiriera. Sintió que su pecho se apoyaba en el de él, y que los dos respiraban al mismo ritmo. Que no había necesidad de hablar, de explicar, de aparentar.

Cuando se separaron, ninguno dijo nada. Pero los dos sonrieron, casi al mismo tiempo. Esa noche, mientras todos salían a la galería

para mirar los fuegos artificiales que explotaban a lo lejos, Constanza se quedó atrás unos segundos, con el caballo en la mano, acariciando con la yema del dedo la curva del lomo. Nunca antes un regalo había significado tanto. Y nunca antes, un abrazo tan breve había contenido tanto futuro.

La casa fue perdiendo su bullicio de a poco. Los últimos abrazos aún flotaban en el aire como ecos suaves, mezclados con el aroma a lechón, el murmullo de los adultos despidiéndose, el sonido hueco de las copas apiladas. Las luces quedaron encendidas solo en la cocina y en la galería, y Ernesto apagó el parlante viejo que aún zumbaba una zamba lenta. Irma se sentó unos minutos en la punta de la mesa, en silencio, mirando el mantel arrugado y las botellas medio vacías como si le costara despedirse de ese momento. Constanza los observó a los dos desde el umbral del pasillo, sin decir palabra. Después, sin hacer ruido, se fue a su cuarto.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, aún vestida, descalza. La habitación estaba tibia. En la penumbra, abrió la mano y volvió a mirar el caballo de madera que Tomás le había dado. Era pequeño, simple, sin detalles exagerados, pero tenía algo: una expresión noble en la forma en que inclinaba la cabeza, una curva suave en la melena tallada, las patas firmes, sólidas. Lo acarició con el dedo índice. La madera estaba suave, cálida, como si conservara el calor de quien la había trabajado. No sabía si era algarrobo, quebracho o qué otra cosa, pero se notaba que no era cualquiera. Que alguien se había tomado su tiempo. Que no era de esos regalos de “cumple y regalo”.

La puerta se abrió despacio. Irma entró sin golpear, como solo lo hacen las abuelas que entienden los momentos sin interrumpirlos.

—¿Te puedo molestar un ratito? —preguntó en voz baja.

Constanza asintió. La abuela se sentó a los pies de la cama, con una taza de té que dejó en la mesita de luz.

—Gracias —dijo, sin rodeos.

—¿Por qué?

—Por estar acá. Hacía muchos años que no pasábamos una Navidad tan linda. Tan... humana. Sin adornos de más. Sin disfraces. Solo gente, comida, y ganas de compartir.

Constanza sonrió apenas. No sabía bien qué decir. Miró de nuevo el caballo. Irma lo notó.

—Eso que tenés en la mano... no es un regalo cualquiera.

La chica levantó la vista. No dijo nada.

—Hoy en día —siguió la abuela— la gente regala cosas de apuro. Algo que vieron en una vidriera, que les resolvía el problema del “qué le doy”. Algo que quizás guste, quizás no. Si no, tiene ticket de cambio. Se puede devolver.

Se inclinó un poco hacia ella. Bajó la voz, como si estuviera revelando un secreto antiguo.

—Eso no. Ese pedacito de madera tiene historia. No sabés cuánto vale el tiempo que alguien le dedica a algo hecho con sus manos. Para hacer eso, Tomás eligió la madera. La cortó. Se la imaginó. Después, seguro, pasó horas tallándola, con paciencia, con cariño. Pensando en vos. Pensando en su mamá, quizás. En su infancia. En sus recuerdos. Mientras lijaba, mientras aceitada, mientras pulía... estaba con vos en la cabeza. Y eso, mi amor, eso no se compra.

Constanza sintió que algo se le apretaba adentro, despacio. No era tristeza, tampoco alegría. Era una mezcla rara. Un calor silencioso que le crecía en el pecho.

—No sé qué decir —murmuró.

—No tenés que decir nada. Solo guardalo. Y cada vez que lo mires, acordate de lo que significa. No el objeto, sino el gesto.

Irma le acarició la rodilla, se levantó con lentitud y salió cerrando la puerta. El silencio volvió, ahora más pleno. Constanza apagó la luz. Quedó el resplandor débil de la luna entrando por la ventana. Se acostó, con el caballo todavía en la mano, y lo acercó al pecho.

Se quedó así un rato. Sin celular, sin stories, sin frases motivacionales. Solo ella. La cama, el campo, el recuerdo del abrazo con Tomás. Su perfume. El calor de sus manos en la espalda, cuando se acercaron para el brindis. Cómo le tembló la voz al decirle “feliz Navidad”. Cómo sus ojos no bajaron nunca, cómo la miró, sin apuro, sin doble fondo.

Pensó en todo lo que había vivido en esos días: el gallo a las cinco y media, la leña, el horno de barro, las cartas escondidas en la caja, el pan amasado, el caballo pequeño y noble en su mano. La misa con olor a incienso y la plaza llena de gente sencilla. El lechón humeante, la mesa larga, los abrazos con lágrimas en los ojos. La viuda que brilló de alegría solo por ser invitada.

No sabía cómo se llamaba eso que estaba sintiendo. Pero sabía que no lo había sentido nunca. Que no era ansiedad, ni mariposas en la panza, ni ganas de mandar un mensaje y esperar respuesta. Era otra cosa. Más tranquila. Más entera. Como si, por fin, alguien la viera sin filtros, sin maquillaje, sin estrategias. Y le gustara igual. Cerró los ojos. El caballo en su pecho. La casa respirando en

silencio. Desde la ventana abierta entraba el aroma del campo, con el primer frescor de la madrugada. El amanecer empezaba a dibujarse apenas, como un hilo de luz en el horizonte.

Constanza se durmió así, sin darse cuenta. Con una sonrisa tenue. Y una certeza sin nombre latiéndole despacio en el cuerpo.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

EL VIEJO MUNDO

Habían pasado apenas unos días desde la Navidad, pero Constanza seguía flotando en ese estado de ternura suspendida. Todo le parecía más suave, más humano, como si el mundo se hubiera ralentizado para dejarle saborear los gestos sencillos. Todavía recordaba el abrazo de Tomás, el calor de sus manos, la mirada baja, la madera tibia del caballo tallado. Dormía con él cerca de la almohada, como si fuera un amuleto silencioso que la anclaba a esa otra versión de sí misma que apenas empezaba a descubrir.

Esa mañana, el gallo había gritado —otra vez— a las cinco y media. Constanza se revolvió en la cama con fastidio, ya no por el canto en sí, sino porque su cuerpo empezaba a reconocerlo como una alarma verdadera. Se vistió sin apuro, fue a la cocina y ayudó a Irma con el desayuno: mate cocido y pan con manteca. Ernesto ya estaba afuera, con la gorra calada y las manos en los bolsillos, esperando. Había que encerrar las gallinas, sacar al corral las vacas, hacer un par de entregas y revisar una tranquera que se había aflojado después de la lluvia de la madrugada.

El sol recién comenzaba a calentar la tierra húmeda cuando lo vieron llegar. Una 4x4 blanca, flamante, levantando polvo por el camino de ripio. Frenó frente al alambrado con un chirrido innecesario. De la cabina bajó un chico de unos veinte años, camisa entallada, bermudas claras, zapatillas de marca y lentes oscuros que no se sacó ni siquiera al saludar.

—¡Don Ernesto! —gritó, como si hiciera falta llamar la atención más de lo que ya lo hacía el vehículo.

Constanza se detuvo con la pala en la mano. Ernesto, en cambio, no se movió. Lo miró desde donde estaba, con el sol de frente, hasta que el chico se acercó por su cuenta.

—¿Y vos quién sos? —le preguntó sin perder la calma.

—Julián. Soy el hijo de Ricardo Saavedra. El de la estancia "Las Margaritas". Mi viejo está organizando una fiesta de fin de año para todo el pueblo. Dice que quiere compartir, unir a la gente. Me mandó a invitarlos personalmente. A todos. Ustedes están más que incluidos, obvio.

Ernesto no respondió al instante. Se sacó el sombrero, se rascó la frente y escupió al costado.

—Ah... Ricardo Saavedra. El que quiere ser intendente.

—Sí, ese —confirmó Julián, sonriendo, sin captar el tono.

—Y que ahora descubrió que el pueblo existe —agregó Ernesto, sin levantar la voz, pero dejando caer cada palabra como si pesara más de la cuenta.

Julián soltó una risa incómoda, buscando a Constanza con la mirada.

—Che... ¿Y ella es tu nieta? —preguntó, sin tacto.

—Ella se llama Constanza —respondió el abuelo, sin girarse—. Y tiene nombre antes que parentesco.

El muchacho se acercó a ella como si nada. Extendió la mano, exageradamente.

—Un gusto. Julián. Estamos haciendo una movida linda en la estancia. Cena, música, fuegos artificiales, buena onda. Ojalá puedan venir. Todos.

Constanza sintió el apretón de su mano como una declaración de algo que no entendía. Había algo en la forma en que la miraba que le resultaba familiar, pero no en el buen sentido. Era la misma mirada con la que algunos chicos de su colegio observaban a las chicas nuevas, como evaluando si valía la pena seguir hablando o no.

—Gracias —dijo, apenas—. Vamos a ver.

—Pasen igual, aunque sea a brindar. ¡Va a estar buenísimo!

Volvió a su camioneta como había venido: con pasos anchos, un silbido en la boca y sin mirar atrás. Cuando el motor rugió y la 4x4 desapareció entre los árboles, Ernesto se quedó unos segundos en silencio, con las manos apoyadas en la cintura.

—Cuando alguien te regala algo para conseguir otra cosa... no es regalo, es trampa —murmuró.

Constanza se quedó mirando el camino. El polvo todavía no se había asentado del todo. Julián era otra cosa. Otra clase de persona. Un eco de su vida anterior.

Dos días después, Julián volvió a aparecer. Esta vez sin camioneta, sin ruido, sin anuncio. Se presentó en la tranquera, justo cuando Constanza estaba dando de comer a las gallinas, con las botas embarradas y una camiseta manchada de tierra. Llevaba una camisa blanca arremangada, con el cuello abierto como si viniera de una sesión de fotos, no de un campo.

—¡Hola, reina del corral! —dijo, como si fuera un chiste ingenioso.

Constanza no se rio. Se sacó los guantes y lo miró con una mezcla de fastidio y sorpresa. No estaba para visitas, y mucho menos para coqueteos vacíos.

—¿Qué hacés acá?

—Pasaba y pensé que podíamos tomar algo. Tengo la camioneta más adelante, no quise hacerla entrar para no levantar tierra —explicó, señalando con la cabeza hacia el camino.

Ella dudó. No quería ir. No tenía ganas. Pero algo —una mezcla de curiosidad, cortesía o la necesidad de comprobar si realmente había cambiado— la hizo decir que sí.

El trayecto en la 4x4 fue incómodo. Julián hablaba mucho. Contaba cosas que no interesaban, como las fiestas que había organizado en Córdoba, sus viajes a Punta del Este, los negocios de su padre, la lista de autos que “algún día” iba a tener. Constanza asentía en silencio, mirando por la ventana. El paisaje era el mismo de todos los días, pero desde esa cabina con aire acondicionado y olor a perfume importado, todo parecía más lejano, más ajeno.

Llegaron a la estancia “Las Margaritas”, una construcción moderna, de líneas rectas, sin árboles cerca, sin sombra verdadera. El parque estaba perfectamente cortado, las piedras del camino parecían puestas a mano, y cada planta estaba en su lugar exacto, como si alguien hubiese copiado una revista de decoración y la hubiese replicado sin error.

La mesa ya estaba servida en una galería acristalada que daba a una pileta enorme y vacía. Todo brillaba: la vajilla, los cubiertos, los vasos. Pero no había nadie más. Solo ellos dos, frente a una comida que no habían cocinado, con música suave saliendo de parlantes invisibles.

—¿Y? ¿Te gusta? —preguntó Julián, sirviéndole un vino blanco frío que ya estaba abierto.

Constanza bajó la vista a su plato. Era un medallón de lomo con salsa de algo que no sabía pronunciar. El aroma era suave, pero no despertaba nada. No había olor a cocina, a fuego, a receta de abuela. Solo un perfume neutro, sin historia.

—Sí... es lindo —respondió, sin entusiasmo.

Comieron en silencio. Julián hablaba entre bocados, pero ella apenas lo escuchaba. Pensaba en el lechón en horno de barro, en las empanadas armadas una por una, en el pastel de papas con la costra dorada que prepararon con su abuela Irma. Pensaba en el flan casero de Juan, en el pan casero con Tomás. Acá todo era perfecto, pero no tenía alma. Y eso le pesaba.

—¿Y qué hacés todo el día allá con tu abuelo? ¿Laburás de verdad? —preguntó él, como si fuera una rareza.

—Sí. Me levanto a las cinco y media. Damos de comer a los animales, repartimos cosas, limpiamos, arreglamos lo que se rompe. Cocinamos.

—¡Wow! ¿Y no te aburrís?

Ella lo miró, con una media sonrisa que no llegó a ser burla.

—No. Al contrario. Me cansó más esto.

—¿Esto?

—Sí. Esto de comer sin saber quién cocinó. De estar en una casa sin conocer a nadie. De hablar con alguien que no escucha.

Él parpadeó, confundido. No entendía. No era que le molestara la crítica, es que simplemente no la procesaba.

—Bueno, disculpame si no te cociné yo el almuerzo. Si querés la próxima hacemos unos fideos con manteca...

Ella se levantó.

—Gracias, Julián. Por la invitación, el vino, todo esto. Pero creo que me tengo que ir.

—¿Tan mal la pasaste?

—No es eso. Es que me di cuenta que esto no tiene nada que ver conmigo.

Salieron en silencio. El camino de vuelta fue más corto. O al menos así le pareció a ella. El paisaje recuperó su color. El verde volvió a ser verde. El cielo volvió a estar limpio. Bajó de la camioneta sin saludar demasiado, y entró directo a la cocina, donde Irma preparaba una torta marmolada en una fuente de lata, con un aroma que llenaba la casa entera.

—¿Querés una rodaja? —le ofreció la abuela, con las manos enharinadas.

Constanza asintió. Tomó el primer bocado y no necesitó decir nada. El gusto era imperfecto, desigual, tibio y auténtico.

Como la vida misma.

Esa tarde, después de comer la torta marmolada con su abuela Irma, Constanza salió sola al fondo, con una taza de mate cocido en la mano y el caballo de madera en el bolsillo del delantal. El sol caía despacio detrás del galpón y el aire estaba tibio, cargado de olor a heno, a barro fresco, a vida en su forma más cruda y esencial.

Se sentó en el tronco que usaban de banco, apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando el gallinero sin verlo. Sentía una mezcla que no podía explicar. No era tristeza, pero tampoco calma.

Era una incomodidad nueva, como cuando una prenda deja de quedarte bien sin saber por qué.

La comida con Julián le había dejado un sabor metálico. No por la carne ni el vino, sino por todo lo que no pasó. Por lo que no se dijo. Por lo que se vio y se evitó mirar. Pensó en la forma en que él hablaba de su vida, como si cada cosa que contaba fuera parte de un currículum, un folleto brillante diseñado para impresionar.

"¿Eso era lo que me gustaba antes?", se preguntó. ¿Eso era lo que buscaba? Apariencias. Poses. Reels con luces perfectas y frases robadas. Antes, se habría sentido orgullosa de estar en una casa como la de Julián. Habría subido una historia, hecho un boomerang del brindis, etiquetado la piletta con algún filtro dorado. Pero ahora... no tenía ganas. Ni señal. Ni deseo.

Sacó el caballo del bolsillo y lo miró. Era tosco, imperfecto, tallado con manos que sabían lo que hacían, pero también sabían que la belleza estaba en lo que no era simétrico. Acarició la crin de madera, pensando en Tomás. En su mirada baja, en su forma de hablar poco y hacer mucho. En cómo no intentaba impresionarla. En cómo, sin buscarlo, había dejado una huella.

—¿Todo bien? —preguntó Ernesto desde la puerta del galpón, con una pala al hombro.

Constanza asintió sin hablar. Ernesto se acercó y se sentó a su lado. Miraron juntos el gallinero, como si fueran dos guardianes silenciosos de una historia que no necesitaba apuros.

—Fuiste con el hijo del estanciero, ¿no?

—Sí.

—¿Y?

—No sé.

Ella suspiró.

—Es todo muy limpio. Muy brillante. Muy vacío.

Ernesto rio despacio, sin burlarse.

—Los lugares vacíos hacen más eco.

—¿Vos lo conocés?

—Conozco al padre. Y al abuelo. Y a la camioneta. Y a los planes. Y a la sonrisa de campaña. Siempre quisieron ser algo más de lo que eran. Nunca les alcanzó con estar. Siempre tenían que parecer.

—¿Y qué tiene de malo eso?

—Nada, si sos un showroom. Pero si querés compartir tu vida con alguien, necesitás algo más que una galería con luces de feria.

Constanza no respondió. Solo apretó el caballo en la mano.

—Vos no sos de ese mundo —agregó Ernesto—. O capaz lo fuiste. Pero ya no. Y eso está bien.

—¿Y si no soy de ninguno?

—Entonces estás en construcción. Eso es lo mejor que te puede pasar a los diecisiete.

El silencio volvió, pero esta vez fue cómodo. Como una manta liviana que abriga sin ahogar. Un rato después, mientras alimentaban a los conejos, Constanza pensó en cómo había cambiado su percepción del amor. Ya no lo asociaba con promesas perfectas ni escenas editadas. Lo imaginaba como algo más parecido a ese caballo de madera: algo que alguien hizo con sus manos mientras pensaba en vos, sin decirlo, sin grabarlo, sin subirlo a ninguna parte.

Esa noche, en su cuarto, abrió el cuaderno que había empezado a escribir hace una semana. No era un diario. No tenía fechas ni títulos. Solo frases, preguntas, dibujos torpes y palabras sueltas. Con una lapicera negra escribió: “No quiero una vida bonita. Quiero una vida real.” Y abajo, como si fuera una nota para sí misma: “Las tortas caseras se queman un poco en los bordes. Pero te las comés igual. Porque sabés que alguien las hizo para vos.” Cerró el cuaderno y se quedó mirando por la ventana. Afuera, las estrellas no pedían likes.

Al día siguiente, cada jornada empezaba igual: el gallo a las 5:30, la cocina perfumada por el pan, los quehaceres del corral, la limpieza del horno de barro, el reparto con el abuelo. La rutina era idéntica, pero algo en Constanza se había transformado. Ya no era solo lo que hacía, sino cómo lo vivía. Cada cosa tenía otro peso. El silencio ya no era incómodo, la tierra en las uñas no la molestaba. Había aprendido a leer gestos, a distinguir los tonos con que Irma decía “bien” o “mal”, a saber si Ernesto estaba de buen humor solo con verlo calzarse las botas. Y, aunque no lo decía en voz alta, esperaba cada día volver a cruzarse con Tomás.

Fue en el pueblo, al bajar de la camioneta con unas cajas de galletas. Julián apareció sin anuncio. Se presentó con una sonrisa segura y ropa recién planchada. Había dejado su camioneta lejos, junto al asfalto, porque no quería que la tierra le marcara las cubiertas.

—Hola, Constanza, —le dijo, extendiéndole una mano limpia, suave, como si nunca hubiera agarrado una pala—.

Ella asintió, sin demasiadas ganas.

—Hoy hago una fiesta. Empieza a eso de las cuatro. Amistosa, nada formal. Comida, música, pileta. Te va a gustar.

—Gracias —dijo ella, automática—. Lo voy a pensar.

—Dale. Estaría bueno que vengas. Así conoces gente “de otro nivel”.

Ese último comentario se le clavó como una espina. No respondió. Le devolvió la caja a la vecina y volvió con el abuelo, que la miraba desde lejos, como si todo lo hubiera escuchado sin oír una sola palabra.

Volvieron a casa en silencio. Constanza se lavó las manos y se sentó bajo la sombra del sauce. Y fue entonces cuando vio a Tomás. Venía caminando por el sendero de tierra, tranquilo, como quien no espera nada. Llevaba una remera vieja, un sombrero de ala rota, y las botas llenas de polvo. Al verla, se detuvo, saludó con la mano y sonrió con timidez.

—Hola, Constanza.

—Hola —dijo ella, sorprendida, y se paró enseguida.

—Te quería preguntar algo... —se rascó la nuca, incómodo—. ¿Tenés algo que hacer hoy a la tarde?

Ella pensó en la fiesta. En la pileta, en los cuatriciclos, en los vasos con hielo. Pensó en Julián. Y luego lo miró a él, con el sol de frente, los ojos entrecerrados por la luz.

—No. ¿Por?

—Voy a ir al río a pescar. ¿Querés venir?

Ella dudó apenas.

—Sí. Me encantaría.

—A las cuatro paso a buscarte. Voy a venir a caballo... ¿Está bien?

—Nunca me subí a uno —dijo, entre risas.

—Entonces vas a aprender.

Antes de irse, pasó por el fondo y saludó a Ernesto. Le explicó su plan con voz seria. El abuelo lo escuchó, sin interrumpir. Cuando terminó, solo dijo:

—Tenela cuidada. Y volvela con una sonrisa, no con una lágrima.

A las cuatro en punto, el galope suave se escuchó llegar desde el camino. El caballo de Tomás era pardo, alto, con crines oscuras. Él bajó, lo ató con cuidado, golpeó las palmas.

Irma lo saludó desde la cocina.

—Pasá, pasá, que ya sale.

Constanza apareció al rato. Llevaba una trenza floja, un pantalón cómodo y una camisa prestada por su abuela. Temblaba. Era el miedo, la emoción, el no saber qué estaba haciendo.

—¿Lista? —le preguntó Tomás, tendiéndole la mano.

—No. Pero igual vamos.

Él se rio, y con suavidad la ayudó a montar. Le tomó la cintura, la alzó un poco, ella sintió sus manos firmes, la calidez de su cuerpo, el olor a campo, a madera, a jabón neutro. Ya sobre el lomo del animal, tuvo que abrazarlo por detrás para no caerse. El contacto era nuevo, torpe, intenso. El ritmo del caballo los fue meciendo entre eucaliptos y pastos altos.

El río apareció de golpe, entre piedras redondas y árboles que daban sombra. El agua corría despacio. Tomás bajó, le dio la mano para ayudarla a bajar. Extender una manta, preparar las cañas, partir un pan casero: todo lo hacía en silencio, con gestos que hablaban más que cualquier palabra.

—¿Alguna vez pescaste?

—Nunca.

—Perfecto. Entonces no tenés vicios —bromeó.

Le enseñó a lanzar la línea, a leer el río, a esperar sin ansiedad. Hablaron poco. Pero lo que decían era real.

—¿Y te gusta estar acá? —preguntó él, con la mirada clavada en el agua.

—Sí... pero me asusta que me guste tanto.

Tomás asintió. Entendía.

—El campo tiene eso. No te impresiona, pero te llena.

Ella pensó en Julián. En su camioneta reluciente, en su perfume artificial, en los vasos de plástico con hielo. Y pensó en ese momento, con un pez tironeando la línea, y las rodillas de Tomás apenas rozando las suyas. El mundo se achicó. Se volvió simple. Y hermoso.

El sol caía despacio, como si también quisiera quedarse un poco más. El río comenzaba a enfriarse, el murmullo del agua se volvía más grave, más denso. Constanza y Tomás se quedaron sentados en la orilla, sin pescar ya, sin hablar demasiado. Solo miraban cómo el cielo se teñía de naranja y los pájaros cruzaban de un árbol a otro con vuelos cortos y decididos.

Ella tenía las manos sobre las rodillas, los dedos húmedos, la trenza un poco deshecha por el viento. Lo miraba de reojo. Él se había sacado el sombrero y lo tenía apoyado sobre el regazo. De tanto en tanto, giraba apenas la cabeza y la miraba también, pero sin invadirla. Solo para confirmar que seguía ahí, cerca, y que eso bastaba.

—¿Vamos? —preguntó él, con voz suave.

Constanza asintió sin palabras. Se pusieron de pie, él sacudió la manta, la dobló con cuidado, recogió las cañas. El caballo seguía atado donde lo habían dejado, con una paciencia de estatua.

Ella volvió a temblar un poco al subir. Esta vez no por miedo. Era otra cosa. Al abrazarse a su espalda para no caerse, sintió de nuevo ese calor, ese olor a campo, esa respiración tranquila que parecía marcar otro ritmo del mundo.

Volvieron en silencio, cruzando los mismos caminos, pero sintiéndolos distintos. El aire parecía más tibio, el cielo más amplio, y todo tenía una textura nueva. Cuando llegaron a la tranquera de la casa, Tomás bajó primero, le tendió la mano, la ayudó a bajar con cuidado.

—Gracias por venir —le dijo, mirándola a los ojos.

—Gracias por invitarme —respondió ella, apenas un hilo de voz.

Se quedaron un segundo más, como si algo quisiera decirse, pero todavía no supiera cómo.

—Nos vemos pronto —dijo él por fin, subiendo al caballo.

—Eso espero —respondió ella.

Lo vio alejarse entre los árboles. Y por primera vez, deseó que la tarde no terminara nunca. Entró por el costado de la casa, con la piel erizada por la brisa y los pensamientos desordenados. Irma estaba en la cocina, revolviendo una olla. No dijo nada al verla. Solo le alcanzó un mate ya cebado. Constanza lo recibió, se sentó en el banco junto a la mesa y lo sostuvo sin tomar.

—¿Todo bien? —preguntó la abuela, sin mirarla.

Constanza asintió. Tardó unos segundos en hablar.

—Fui a pescar con Tomás.

Irma sonrió apenas.

—Y... ¿pescaste algo?

—No. Pero me pescaron a mí, creo —dijo, medio en broma, medio en serio.

Irma se dio vuelta, la miró con una ternura profunda. Le tocó el brazo y dijo, con voz pausada:

—A veces no se trata del anzuelo, sino de lo que uno lleva dentro.

No hizo falta más. Irma siguió con lo suyo, y Constanza se quedó ahí, tomando el mate ya frío, con la mirada perdida en el patio, donde el gallo picoteaba distraído. Esa noche le costó dormir. No por ansiedad, sino por algo nuevo: la calma de haber estado en el lugar correcto, con la persona correcta. No había música fuerte, ni luces, ni gente sacando selfies. Solo un río, un caballo, un muchacho de pocas palabras y una sensación tibia que no tenía nombre, pero sí cuerpo.

Y en ese cuerpo, el de ella, algo empezaba a acomodarse.

UN DÍA EN LA VIDA

El gallo cantó a las cinco y media, como todos los días. Constanza abrió los ojos en la oscuridad densa de la habitación, sin sobresaltarse. Ya no era necesario pelear con el sueño. Desde hacía varias semanas, su cuerpo se movía solo. Se levantó, se calzó sin mirar, se ató el pelo con la gomita que dejaba siempre en el picaporte de la ventana. No pensó en nada mientras cruzaba el patio todavía húmedo. El aire del amanecer tenía esa textura que solo se siente en enero, como si el calor ya se anunciara desde el rocío.

La rutina ya no le pedía esfuerzo. Recogió los huevos sin romperlos, bajó la leche sin que la vaca la pateara, les dio de comer a las gallinas antes de que empezaran a cacarear. Lo hacía más rápido que su abuelo, con una precisión que no era buscada, sino natural. Nadie le decía qué hacer. Ya no le hacía falta.

El celular seguía en la mesa de luz, descargado, olvidado. No lo extrañaba. Al principio lo miraba con nostalgia, como si esperara que algo volviera. Pero nada volvió. Y ahora ya no pensaba en eso. Solo pensaba en lo que pasaba cada día: el olor a pan casero de la abuela, el calor de la taza de mate cocido en las manos, el ruido de los pájaros cuando salía el sol. Y a veces, también en Tomás.

Cuando volvió a la cocina, Irma estaba parada junto al horno de barro, vigilando una tanda de pan con el repasador al hombro.

—Hoy vamos al pueblo —dijo, sin rodeos.

—¿A qué?

—A buscar a Micaela. Vas a pasar el día con ella.

—¿Quién es?

—Una chica de tu edad. Está con la tía por unos días. Necesita compañía. La F100 del abuelo estaba lista a las nueve. Subieron juntas, sin decir mucho. El aire se metía por la ventanilla abierta como un chorro caliente. En el camino, Irma no habló. El abuelo tarareaba una melodía sin letra. Constanza apoyó la frente contra el vidrio y dejó que el paisaje se le deslizara por los ojos sin detenerse en nada.

Micaela las esperaba sentada en el umbral de una casa baja, con un sombrero blanco de ala ancha y un vestido claro que parecía flotarle alrededor del cuerpo. Sonrió al verlas, se levantó con una lentitud suave y saludó a Irma con un abrazo breve. A Constanza le dio la mano con firmeza, sin apuro.

—Gracias por venir.

No dijo más. Caminaron por el pueblo sin destino fijo. Micaela conocía cada baldosa, cada nombre de perro, cada pared con grafitis viejos. Se detenía a mirar detalles que Constanza no habría notado sola: una grieta en una persiana, el dibujo de una enredadera sobre una reja, un mural escondido detrás de un árbol. Tenía una forma de moverse como si el tiempo fuera distinto para ella. Más lento, más lleno.

Doblaron por la plaza y ahí lo vieron. Tomás venía caminando por la vereda de enfrente, con una remera vieja colgándole del hombro, las manos metidas en los bolsillos. Frenó al verlas. Bajó la vista un segundo y luego cruzó con paso inseguro.

—Hola —dijo, primero a Micaela, después a Constanza.

—Hola —respondieron casi al mismo tiempo.

—No sabía que se conocían.

—Desde esta mañana —dijo Micaela, encogiéndose de hombros—. Nos estamos llevando bastante bien.

Constanza no dijo nada. Miró a Tomás. Él la miraba también, pero solo por momentos. Volvía la vista al suelo, al sombrero de Mica, a los cordones desatados.

—No me imaginé verlas juntas —dijo él, rascándose la nuca—. Está bueno.

Mica sonrió.

—¿Y vos? ¿Qué hacés?

—Nada. Fui a lo de un vecino a ayudar. Me estoy quedando por acá nomás.

Silencio. Tomás tragó saliva, pateó una piedra con la punta del zapato.

—Mañana pensaba pasar por tu casa —le dijo a Micaela, bajando la voz—. Podar un poco el frente, limpiar el patio. Si te parece.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias. A mi tía le vendría bien.

—No es nada —dijo, mirando el suelo.

Después levantó la vista hacia Constanza. Su expresión cambió apenas. Una mezcla de sorpresa tímida y algo más torpe, sincero.

—El otro día la pasé bien. Cuando fuimos al arroyo.

Constanza asintió, sintiendo que el corazón le daba un latido más rápido.

—Yo también.

—Si quieren... podemos ir los tres. O cuando quieran.

Nadie respondió. Pero no hizo falta. El momento quedó flotando entre ellos, tibio, delicado, como el aire espeso del mediodía.

La casa de la tía de Micaela quedaba a pocas cuerdas de la plaza, en una esquina silenciosa con jardín al frente y una palmera desproporcionada que inclinaba su sombra sobre el portón. Las paredes eran de ladrillo a la vista, con enredaderas secas en las ventanas, y una bicicleta sin ruedas apoyada contra el alambrado. Al entrar, Constanza sintió el olor a humedad de las casas que se habitan a medias. Micaela se movía como si fuera suya: abrió las ventanas, puso agua para el té, corrió una silla con una mano mientras se sacaba el sombrero con la otra.

—Podemos hacer galletas, si te parece —dijo, abriendo una alacena llena de frascos y paquetes empezados.

—¿De qué?

—De lo que haya —respondió, sonriendo. Y empezó a sacar ingredientes como quien revuelve recuerdos.

La cocina no tenía aire acondicionado. Apenas un ventilador de pie que giraba con pereza, removiendo el calor sin combatirlo. Constanza se ató el pelo con una bandita elástica y se arremangó. No era buena cocinando, pero le gustaba seguir indicaciones. Amasaron con las manos, se pasaron harina una a la otra sin querer, se mancharon la nariz, se rieron con cosas que no habrían hecho reír a nadie más. Micaela tenía una forma de hablar que parecía

desinflar los problemas. Le contaba anécdotas del colegio como si hablar de otros tiempos fuera una forma de hacerlos vivir un poco más.

—¿Siempre fuiste así de tranquila? —preguntó Constanza, mientras hundía el cortante en la masa.

—No. Antes me enojaba por todo. Me preocupaba por cada estupidez.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo otras prioridades.

Constanza quiso preguntar cuáles, pero no lo hizo. Algo en el tono de Micaela la disuadía. Era una calma demasiado lúcida. Como si ya hubiera resuelto preguntas que ella ni siquiera sabía que existían.

Cuando las galletas estuvieron en el horno, Micaela se dejó caer en un sillón y cerró los ojos. No dormía, pero respiraba con una lentitud que parecía ensayada. Constanza se sentó frente a ella, en una silla baja, y la observó con atención por primera vez. No tenía cejas. No lo había notado antes. Tampoco pestañas. Su piel era fina, como papel de arroz. Las uñas estaban quebradas, sin pintar, pero limpias. En la muñeca llevaba una pulsera con un dije oxidado, un corazón al que le faltaba un pedazo.

Sobre la mesa del living, desordenados entre papeles, había dos frascos de medicación con nombres difíciles de pronunciar. Uno de ellos estaba vacío.

—¿Querés tomar algo frío? —preguntó Micaela sin abrir los ojos.

—Sí, dale.

—Hay jugo de durazno en la heladera. También hay limonada, pero está muy ácida.

Constanza se levantó y fue a la cocina. El piso crujía con cada paso. Mientras servía el jugo en dos vasos de vidrio grueso, notó en la puerta de la heladera una hoja arrancada de un cuaderno cuadriculado. Con letra clara, decía: “Recordar: tomar a las 9 y a las 17. No olvidar. Llamar si hay mareos.” Había un número de teléfono al pie, subrayado con birome roja. Volvió al living con los vasos en la mano. Mica ya estaba sentada, más erguida, como si supiera que había estado bajo observación.

—Gracias —dijo, recibiendo el vaso.

—¿Estás cansada?

—Siempre —respondió, sin drama.

—¿Y qué hacés cuando te sentís así?

—Sigo.

No era una respuesta profunda, pero algo en su manera de decirlo le quedó a Constanza flotando adentro. Como un eco. Tomaron jugo en silencio, mirando el ventilador. Luego sacaron las galletas, que se habían dorado apenas en los bordes. El calor de la cocina les pegaba en la nuca, pero ninguna se quejaba. Era como si hubieran hecho algo valioso, aunque simple.

—¿Tenés ganas de salir de nuevo? —preguntó Micaela, mientras se abanicaba con un repasador.

—Sí.

—Vamos al arroyo. Pero por el camino largo.

Salieron a la calle cuando el sol estaba en lo más alto. Cruzaron despacio el pueblo, sin hablar mucho. Micaela caminaba más lento ahora, hacía pequeñas pausas como si estuviera midiendo el aire. A Constanza le costaba no notar esas cosas, pero tampoco quería

preguntar. Sentía que no tenía derecho. Que no le correspondía aún esa intimidad.

Entonces entendió que algo no estaba bien. No por una confesión, ni por una escena trágica, ni por un dato revelador. Lo supo por el modo en que Micaela miraba los árboles, las paredes, el cielo... como si estuviera despidiéndose de todo sin hacer ruido. El arroyo estaba seco. Solo quedaba un hilo de agua tibia que serpenteaba entre las piedras. Las libélulas revoloteaban entre los juncos, y un par de ranas saltaban en dirección opuesta a cada paso. Micaela se sentó en una piedra grande, en la parte más alta del lecho, y se quitó las sandalias. Se las pasó a Constanza sin decir palabra. Después estiró los pies como si le pesaran.

—¿Te molesta si me mojo? —preguntó.

—Claro que no.

Micaela bajó despacio, con movimientos que parecían medidos por dentro. Apenas tocó el agua con los dedos, soltó un suspiro. Cerró los ojos. Constanza la observó desde arriba. Se sentó a su lado sin sacarse las zapatillas. Había algo en el modo en que Micaela exhalaba que le resultaba incómodo. No doloroso, pero sí inusual. Como si ese pequeño acto —mojarse los pies en un arroyo sin agua— tuviera un peso enorme.

—A veces me imagino que es el mar —dijo Micaela, de repente.

—¿El mar?

—Sí. Nunca lo vi, pero sueño con él. Me lo invento. Azul, inmenso, con gaviotas como en las películas. Y yo adentro. Flotando.

—Yo lo vi una vez —dijo Constanza, sin pensar.

—¿Y?

—Es como te lo imaginás. Pero más grande.

—Qué suerte —dijo Mica, y sonrió.

Esa sonrisa fue distinta. Constanza no sabía por qué, pero lo fue. No tenía la misma liviandad de antes. Era más frágil. Más honesta. Como si ya no necesitara sostener ningún personaje.

—¿Te pasa algo? —preguntó Constanza, bajando la voz.

Micaela tardó unos segundos en responder.

—Estoy bien. Solo... hay días que cuestan más. No por el cuerpo. Por dentro.

No dijo más. Se quedó mirando el agua quieta como si esperara que algo se moviera. Constanza tragó saliva. No quería preguntar. No quería arruinarlo. Pero sentía una presión en el pecho que no sabía cómo aflojar.

—¿Te vas a curar? —soltó, sin mirarla.

El silencio fue seco, como un golpe sin sonido. Micaela no se sobresaltó. Solo giró el rostro, lento, y la miró de frente.

—No.

Constanza sintió que algo le pinchaba en el estómago. No era una sorpresa. Era la confirmación de algo que ya sabía, pero no había querido decir en voz alta. Bajó la vista, con culpa.

—Perdón. No debía...

—Está bien —interrumpió Micaela—. Todos preguntan. Vos lo hiciste bien.

El agua rozaba los tobillos de Micaela. Su piel brillaba con la luz filtrada entre los árboles. Había un pájaro que cantaba cerca, y un auto lejano que pasaba por la ruta. Pero ahí, en ese instante, solo estaban ellas dos. Y el vacío.

—No me enoja —siguió Micaela—. Solo que... a veces me cansa tener que calmar a los demás. Como si yo tuviera que consolar al mundo.

Constanza no supo qué decir. Quiso acercarse. Abrazarla, tal vez. Pero no se movió. Sentía que todo era frágil. Que cualquier gesto podía romper lo poco que quedaba en pie.

—Hoy no me siento mal —agregó Micaela—. Al contrario. Hoy me siento viva.

—¿Por qué?

—Porque todo parece... real. ¿No te pasa?

Constanza asintió. Pero no por compromiso. Lo entendía. Nunca se había sentido tan despierta como en ese momento. Nunca había percibido el olor del pasto con tanta nitidez, ni el calor del sol sobre la nuca como algo tan concreto. Y le dolía. Le dolía que tuviera que ser así.

—No sé qué hacer —murmuró.

—No tenés que hacer nada. Solo quedate.

Eso hizo. Se quedó. Sentada al lado, en silencio. Sin preguntar, sin explicar, sin escapar. Solo ahí. Como si eso, aunque pequeño, fuera suficiente.

El camino de regreso fue lento. No por el calor —aunque apretaba con fuerza desde lo alto— ni por cansancio. Fue lento porque ninguna de las dos tenía apuro. Cruzaron la calle de tierra,

pasaron junto al viejo almacén cerrado con candado, y bordearon el baldío donde antes había un potrero. El pueblo parecía haberse deshabitado mientras ellas estaban en el arroyo. Todo estaba quieto. Hasta los perros dormían estirados como alfombras, vencidos por la hora.

Cuando llegaron a la casa, Micaela abrió la puerta con una pereza que no había tenido a la mañana. Se apoyó un segundo en el marco y respiró hondo. No dijo nada. Caminó hasta la cocina, dejó el sombrero sobre la mesa y se sentó de espaldas a la ventana, con la cara hacia el suelo. Constanza la siguió en silencio. Había algo raro en sus movimientos. No eran lentos: eran... más pesados. Como si el día hubiera empezado a cobrarle un precio.

—¿Querés agua? —preguntó Constanza, abriendo la heladera.

—Sí —respondió Micaela, sin levantar la vista.

Buscó el vaso más grande, lo llenó hasta el borde y se lo alcanzó. Micaela lo tomó con las dos manos, como si necesitara afirmarse. Bebió de a sorbos cortos, sin ruido. Cuando terminó, lo dejó sobre la mesa con cuidado.

—¿Querés que me quede un rato más? —preguntó Constanza, sin saber por qué lo decía en voz baja.

Micaela no respondió enseguida. Después asintió, apenas. Se incorporó con lentitud y señaló el pasillo.

—Vamos al cuarto. Está más fresco.

Era una habitación sencilla, con una cama de una plaza, una biblioteca baja y un ventilador que apenas murmuraba desde el rincón. Las paredes estaban llenas de fotos: en la plaza, en un cumpleaños, en una fiesta escolar. En muchas de ellas, Micaela aparecía con pelo largo y rulos, riendo a carcajadas. En otras, sin

pelo, con los ojos agrandados por la falta de cejas, y aun así, sonriendo. Constanza las miró en silencio, mientras Micaela se recostaba boca arriba, con una almohada entre los brazos.

—¿Sos vos en todas esas? —preguntó.

—Sí. Hay muchas “yo” en esta pieza. Algunas ya se fueron.

—Estás linda en todas.

—Mentira. En algunas estoy hecha pelota.

—Pero linda igual.

Micaela giró apenas la cabeza, la miró desde la almohada. No sonrió. Tenía los ojos abiertos, húmedos. Pero no lloraba. No hacía falta.

—¿Querés saber algo? —preguntó de pronto.

—Sí.

—Hoy fue mi mejor día.

Constanza se quedó quieta. El ventilador giró una vez. El calor se volvió más denso. No supo cómo reaccionar. No supo si debía agradecer, abrazarla, decir algo profundo. Solo sintió un nudo que subía desde el estómago, despacio, como si cada palabra de Micaela hubiera entrado en su cuerpo a ocupar un espacio que hasta entonces no conocía.

—No digas nada —dijo Micaela, adivinándolo—. No lo estropees.

Eso la quebró. Fue como si alguien le hubiera girado una llave adentro del pecho. Se sentó en el suelo, al lado de la cama, y se tapó la cara con las manos. No lloró fuerte. Lloró como se llora cuando algo se rompe por dentro sin hacer ruido. Micaela no la miró. Cerró

los ojos, como si quisiera dejarla sola en su dolor, como si supiera que cada uno llora a su manera y en su tiempo.

Después de un rato, Constanza se secó la cara con la remera. Se puso de pie. No dijo nada. Caminó hasta la cocina, buscó una hoja de cuaderno y escribió algo. Luego volvió, la dejó sobre la mesa de luz, le acarició el brazo a Micaela, que ya parecía dormida, y salió sin hacer ruido. El camino hasta la camioneta fue largo. El abuelo la esperaba con la F100 estacionada bajo un árbol, bebiendo tereré en una botella de plástico cortada. Ella se subió sin decir palabra. Él tampoco preguntó. El campo era el mismo. Las vacas, las gallinas, la sombra de los álamos. Pero algo en ella había cambiado. No sabía qué, pero estaba segura de que no se iba a deshacer. No esa noche. No después de eso.

La F100 se detuvo frente a la casa justo cuando el sol se escondía detrás de los álamos. Las sombras se estiraban sobre el campo como si el día se resistiera a morir. Constanza bajó sin decir una palabra. Caminó hasta la cocina, donde el olor del pan recién horneado llenaba el aire con un calor que, por primera vez, le resultó demasiado humano. Irma estaba lavando una olla. Tenía las mangas arremangadas, la mirada perdida en el chorro de agua que caía.

—¿Por qué me hiciste esto? —soltó Constanza desde la puerta.

Irma giró apenas, sin sorpresa. No dejó de lavar. Solo bajó el fuego de la bacha.

—¿Qué te hice?

—Me mandaste con una chica que... que se está muriendo —dijo, con la voz temblando, la garganta cerrada—. Sabías que tenía cáncer. ¿Y no dijiste nada?

—No. No lo dije.

—¿Por qué?

Irma cerró la canilla. Apoyó la olla en el escurridor. Se secó las manos con el repasador que llevaba en el hombro y se quedó de espaldas unos segundos. Luego se giró y la miró. No había dureza en su rostro. Solo una calma profunda, como la de los árboles que han soportado todas las tormentas.

—Porque no hacía falta —respondió.

Constanza apretó los puños. Le ardían los ojos, pero no quería llorar otra vez. Había algo más allá del enojo. Una mezcla de impotencia y dolor, como si le hubieran arrancado algo sin avisarle.

—¿Vos sabés lo que fue? —preguntó—. ¿Lo que se siente pasar un día entero con alguien que sabés que no va a estar más?

Irma caminó hacia la mesa y se sentó. No habló hasta que estuvo segura de que Constanza la miraba.

—No lo sabías esta mañana. Pero igual te reíste. Cocinaste. Caminaste. Te mojé el arroyo. La escuchaste.

—No es lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Porque ahora... ahora duele.

Irma asintió. Bajó la mirada a sus propias manos. Las frotó, como si buscara sacarse algo que no se iba con jabón.

—¿Y vos creés que eso es un error? ¿Creés que está mal que te duela?

—No lo sé. Solo sé que... que me dejaste sola con eso.

—No te dejé sola. Te dejé viva. Con alguien que también lo está. Que está viva con todo, con su cuerpo roto, con su alma entera. Y vos también.

Silencio. Un grillo cantó afuera. El horno seguía caliente. Constanza se sentó frente a ella. Las rodillas le temblaban.

—¿Vos sabés desde cuándo lo sabe?

—Desde el invierno pasado. Y no quiso lástima. Quiso vida.

—Pero es injusto.

—Lo es —dijo Irma, sin dudar—. Como todo lo que vale. La vida no es justa. Es breve. Y por eso es hermosa. Porque no dura. Porque no hay ensayo. Porque todo lo que sentimos es una única vez.

—Me dijo que hoy fue su mejor día.

Irma cerró los ojos. Asintió, despacio.

—Yo lo sabía. Micaela no quería que la recordaran como la chica enferma. Quería ser recordada como una amiga, como una risa, como un abrazo.

—Y lo logró.

—Gracias a vos.

Constanza bajó la vista. Las lágrimas le corrían sin que pudiera detenerlas.

—¿Por qué me duele tanto?

—Porque estás creciendo —dijo Irma—. Porque entendiste que la gente no está para siempre. Que el tiempo no se guarda en bolsillos ni se repite como canciones. Que cada persona que se

cruza en tu camino puede enseñarte algo. O dejarte algo. O llevarse algo tuyo sin que te des cuenta.

—¿Y cómo se hace para vivir con eso?

—Se vive. Así, sin saber cómo. Se escucha, se abraza, se cocina, se moja uno los pies en un arroyo seco. Se llora en silencio. Se calla cuando no hay palabras. Se cena en paz.

La cocina quedó en silencio. Solo se oía el reloj de pared marcando cada segundo como un suspiro. Irma se levantó y sirvió la comida. No dijo más. Constanza no tocó el celular. No necesitaba distracción. Comió despacio, saboreando cada bocado como si fuera un secreto compartido entre abuela y nieta, entre la vida y la muerte, entre el día que se iba y lo que quedaba en ella. Esa noche, cuando se acostó, no pensó en redes, ni en selfies, ni en lo que se había perdido. Solo pensó en un rostro, en una voz suave, en un par de pies flotando sobre piedras tibias.

Los días que siguieron fueron iguales en apariencia. El gallo cantaba como siempre, la leche hervía en la misma pava, las gallinas cacareaban con esa mezcla de desorden y rutina que Constanza había aprendido a leer como si fuera un idioma secreto. Ella seguía despertando temprano, cruzando el patio descalza, echando maíz, ordenando el gallinero, revisando si había huevos. No tocaba el celular. Ya no era una decisión: simplemente había dejado de tener sentido; Existencia.

Aquella mañana, mientras barría la parte trasera del corral, cubierta de plumas sueltas, polvo y olor a excremento seco, lo vio. Estaba parado en la tranquera, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, como si le costara el paso siguiente. El corazón de Constanza dio un salto tan brusco que por un segundo creyó que se le iba a notar. El calor ya se sentía fuerte, y sin embargo sintió frío

en los dedos. Tomás. No esperaba verlo. No así. No tan temprano. No tan... distinto.

Estaba sucia, sudada, con el pantalón manchado de tierra y los pelos pegados a la frente. Sintió una oleada de vergüenza tan grande que soltó el escobillón y corrió hacia la casa por la puerta del fondo. Atravesó la cocina a las corridas, sin mirar a nadie. Irma alcanzó a decirle “¿qué pasó?” pero Constanza no respondió. Se tiró agua en la cara, se frotó los brazos con una toalla vieja, se peinó con los dedos. No había tiempo para cambiarse. Solo quiso no parecer tan desprolija.

Cuando volvió a la cocina, el golpeteo en la puerta principal ya había sonado. El abuelo se acercó a abrir mientras ella, aún agitada, se apoyaba en el marco de la alacena, intentando recuperar la respiración. Estaba ahí, a menos de dos metros. No quería que la vieran temblar.

—Buen día —saludó Tomás, con voz apagada.

—Buen día, m’hijo. ¿Todo bien?

—Sí... más o menos. ¿Está Irma?

—Adentro. Pasá.

Irma salió del comedor, con el delantal manchado de harina, y lo abrazó con una palmada firme, como si lo conociera de siempre. Constanza estaba parada justo al lado de ella. Y, aun así, Tomás no la miró.

—¡Tomi! ¿Cómo va, querido?

—Vine... por algo feo.

—Decime.

—Mi papá me mandó a hablar con Don Ernesto —dijo él, bajando un poco más la voz, clavando los ojos en el suelo—. Falleció Micaela.

Nadie respiró. El aire se volvió impenetrable, duro. Constanza sintió que la cocina se llenaba de un calor nuevo, que no venía del horno.

—Esta madrugada —continuó él—. En la casa. Con la tía. Dormida.

Irma se llevó una mano a la boca. Cerró los ojos. Se apoyó en la mesa, como si de pronto necesitara afirmarse. El abuelo bajó la cabeza. Constanza no sintió los pies. Solo el latido.

—Mi papá dice que si Don Ernesto puede... si puede ayudar con los gastos del sepelio. Porque no hay plata. La mamá de Micaela es muy humilde. No tienen cómo cubrirlo.

El abuelo se incorporó. Lo miró directo por primera vez.

—Decile a Juan que el servicio lo pago entero yo. Que no se haga problema. Ni un centavo va a poner. Era como una nieta para Irma. Lo vamos a resolver nosotros.

Tomás asintió, y solo entonces, como si le costara, levantó la vista hacia Constanza. Fue un segundo. Apenas eso. Pero ella lo sintió como un golpe. En su mirada no había palabras. Había algo apagado, roto. No tristeza solamente: una mezcla de miedo, de impotencia, de culpa ajena. Y no pudo sostenerla. Bajó la vista de nuevo.

—Hola —dijo ella, con la voz baja, rota, sabiendo que no iba a poder fingir nada.

—Hola —respondió él, apenas.

—¿Fuiste a verla?

Asintió.

—Ayer. Me pidió pan. Comimos juntos. Estaba cansada. Me dijo que ya estaba lista.

Irma volvió a sentarse. No decía nada. Se la veía ida. Como si esa última frase hubiera hecho saltar una represa interna.

—¿Querés agua? —preguntó ella, apenas.

—No, gracias.

—Decile a tu papá que no se preocupe por nada. Nosotros lo vamos a acompañar —repitió el abuelo, con el tono de quien no promete, sino que ya cumple.

Tomás hizo un gesto de agradecimiento que no supo cómo sostener. Se dio vuelta hacia la puerta. Antes de salir, miró una vez más a Constanza. Esta vez no bajó la vista enseguida. Quedaron así, mirándose, en ese espacio que no tenía forma. Ninguno de los dos sonrió. No hacía falta.

Y cuando se fue, solo quedó el silencio. Irma se levantó, sirvió agua, dejó un vaso frente a su nieta, y volvió a sentarse. Constanza lo tomó sin hablar. No sabía si temblaba por dentro o por fuera. Solo sabía que ese nombre —Micaela— ya no iba a sonar igual nunca más.

Y que, en su pecho, algo nuevo acababa de nacer. O morir. O ambas cosas a la vez.

UNA MANO LAVA LA OTRA

Ya habían pasado dos semanas desde lo de Micaela. El verano se deshilachaba como una sábana vieja. Era mediados de febrero. Constanza contaba los días sin decirlo: le quedaban dos semanas antes de volver a Buenos Aires, a la escuela, al ruido de los colectivos, a los pasillos apurados. Pero esa mañana era una más. Nada especial. El sol había salido sin apuro, y la brisa seca traía olor a pasto recién cortado. Irma amasaba en la cocina, con el pelo recogido y los brazos llenos de harina. Ernesto, en el galpón, acomodaba las poleas para cargar seis tachos de 200 litros con maíz. Iban a llevarlos a la veterinaria. Constanza lo ayudaba, o al menos intentaba seguirle el ritmo mientras él le explicaba cómo poner bien los ganchos para levantar los tachos sin romperse la espalda.

—Mira, nena, pones una vuelta por abajo... y otra por acá. Si hacés fuerza desde el ángulo correcto, subís el tacho sin tanto esfuerzo...

Pero se detuvo. En seco. Quedó quieto, con la sogá en la mano y la oreja tensa como un animal en el monte. Alzó una ceja,ladeó la cabeza. Luego hizo una seña breve con la mano, como un cuchillo en el aire:

—Shhh...

Constanza se congeló.

—No te muevas —susurró.

Los dos quedaron en silencio, como suspendidos en el tiempo. Y entonces se oyó. Muy a lo lejos. Casi imperceptible. Un tintineo.

Una campana.

Ernesto se incorporó de golpe. Ya no era el abuelo amable que cebaba mates a la sombra: ahora era un hombre en estado de guerra. Salió corriendo, cruzó la galería como un rayo y se colgó de la soga de la campana de la entrada. Empezó a tocar con una fuerza que hacía temblar la casa. El hierro fundido estallaba contra sí mismo una y otra vez, como un corazón desbocado.

—¡Irmáaaaa! —gritó con voz de ayuda—. ¡Irmáaaaaa!

La abuela salió corriendo, sin preguntar. Se sumó a la cuerda, a la campana, al grito desesperado del abuelo. Constanza se tapó los oídos. No entendía nada. Solo sabía que algo muy grave estaba pasando.

—¿¡Qué pasa, qué pasa!? —preguntaba, casi llorando.

Pero nadie la escuchaba. Ernesto volvió corriendo al galpón. Ya no explicaba, ya no pensaba. Agarró uno a uno los tachos de 200 litros y, como si no pesaran nada, los volcó en el suelo, dejando una alfombra amarilla de maíz esparcida como un sacrificio.

—¡Atalos, Constanza! —gritó mientras los subía a la F100—. ¡Dos vueltas y un nudo como te enseñé!

Ella obedecía con manos temblorosas, sin saber qué hacía. Los perros ladraban sin parar. El abuelo desapareció en el fondo y volvió con dos palas, una frazada gruesa y una lona. Las tiró en la caja. Irma seguía tocando la campana con una furia que partía el cielo. El sonido era puro cuerpo, puro aviso, puro espanto.

Y entonces, se escuchó.

Una bocina.

Una camioneta venía por el callejón a toda velocidad, levantando polvo y piedras. Al pasar por el frente de la casa tocó la bocina como un alarido largo, más largo que un grito humano. Un llamado.

—¡Ya vaaaa! —gritó Ernesto desde adentro—. ¡Ya vaaaa!

Subió de un salto a la F100 y le gritó a Constanza:

—¡Subite! ¡Rápido!

Ella obedeció, como en trance. Desde la ventanilla, veía a su abuela, aún colgada de la campana, el rostro enrojecido, la mirada perdida en el cielo.

El abuelo aceleró. Cruzaron el campo como una bala. Atravesaron el portón trasero y fueron directo al viejo molino, donde tomaban agua los animales. Allí había un surgente, con la bomba electro sumergible, la encendió y llenó los seis tachos en menos de dos minutos. Ni una palabra. Ni una queja. Solo estaba en estado de shock.

Cuando retomaron la calle de piedras, el abuelo miró al horizonte.

—En la finca de Don Zoilo —dijo, sin dudar, con la certeza de quien conoce el campo donde vive, el viento, la dirección del peligro.

La camioneta avanzaba entre saltos. Constanza, muda, sentía que algo muy malo pasaba. Mientras avanzaban, en cada casa que pasaban, las campanas empezaban a sonar. Mujeres colgadas en sus galerías con fuerza, algunas golpeaban ollas, otras sacaban mantas, baldes, bidones, herramientas. Hombres salían corriendo en camionetas, en motos, a caballo. Ni una orden. Nadie dirigía. Todos sabían qué hacer.

Y Constanza, apretada contra la ventanilla, con el corazón en la boca, sintió que por primera vez era parte de algo real. Y entonces lo vio: a lo lejos, el humo negro. Una columna gruesa, viva, que se retorció hacia el cielo como un monstruo. El campo ardía.

Cuando doblaron el último tramo del camino de tierra, la imagen los golpeó de frente. La finca de don Zoilo ardía como si el mismo infierno hubiera brotado desde el suelo. La columna de humo se alzaba violenta, negra, viva. El fuego devoraba los bordes del granero y lamía con furia los pastizales secos. Había gritos. Se oían los chillidos de animales encerrados. El cielo se volvía gris y naranja. Y el aire, espeso como barro, dolía en la garganta.

El abuelo no dijo nada. Apretó los dientes, bajó la cabeza y metió la F100 hasta donde pudo, cruzando zanjas y piedras sin importarle nada. La tierra vibraba bajo las ruedas, como si anunciara que por todos los callejones venían otras camionetas, tractores, motos. La ayuda estaba en camino.

Cuando el motor no dio más, frenó en seco. Saltó del vehículo y, sin mirar a nadie, sacó el cuchillo de la cintura y cortó la soga que sujetaba los tachos. Uno a uno, los bajó de la caja. Constanza apenas pudo saltar antes de que él comenzara a descargarlos. No los bajaba: los abrazaba como si fueran barriles de aire, los alzaba con una fuerza que no parecía humana. No se quejaba. No se detenía. Y en su rostro no había miedo. Solo urgencia.

Constanza, que lo había visto alzar carretas, empujar postes, pelearse con el monte, nunca lo vio así. En ese momento, lo sintió más grande que el fuego mismo. Como si todo lo que él era —tierra, músculo, maíz, sol— se hubiera concentrado en un solo impulso. Un héroe sin capa, con olor a humo y manos ásperas.

Extendió la lona sobre el suelo, subió un tacho con cuidado y sumergió en él una frazada vieja. Luego, sin decir palabra, se la echó al hombro como si fuera un manto y arrastró uno de los tachos más cerca del incendio.

Allí, frente al granero que amenazaba con colapsar, estaba don Zoilo, cubierto de ceniza, con la camisa empapada y los ojos enrojecidos por el humo. A su lado, sus cinco hijos, embarrados, tosiendo, sin descanso. Y más atrás, los nietos, cubriéndose la cara con lo que podían, corriendo con bidones, ramas, baldes. Luchaban con lo que tuvieran. Todo era fuego.

El abuelo se unió sin pedir permiso. Abrió el tacho y empezó a arrojar agua donde más lo necesitaban. Luego volvió por otro. Constanza lo siguió. Cuando quiso ayudar, alguien le pasó un balde. No sabía quién. Lo tomó. Lo llenó. Y en segundos, ya era parte de la cadena humana que se formaba.

Había cuerpos por todas partes. Hombres que no se conocían se daban la mano. Mujeres pasaban baldes, organizaban filas, sacaban niños, mojaban pañuelos, ofrecían agua. Un chico de unos diez años lloraba sin entender. Una mujer gritaba nombres. Y el fuego... seguía.

—¡Formen cadena! —gritó alguien—. ¡No paren de pasar baldes!

Constanza no sabía cuánto tiempo pasó. Solo que los brazos le dolían y las piernas le temblaban. Pero seguía. Una y otra vez. Tomar el balde, pasarlo, llenar el próximo. Como si todo el pueblo fuera un cuerpo gigante, empeñado en no dejar caer la vida.

Y entonces, a lo lejos, como un suspiro de esperanza, se oyó la sirena. El camión rojo, gastado, de los bomberos voluntarios de Santa Rosa de Calamuchita, apareció envuelto en tierra, tocando

bocina como si cortara el aire. La gente gritó. Lloró. Abrió paso. Y cuando los bomberos bajaron, nadie los dirigió: ya sabían dónde.

Los chorros de agua al fin superaron al fuego. Se escuchaban explosiones sordas en el granero. Una pared se derrumbó. Pero lo peor ya había pasado.

Cuando todo terminó, no hubo aplausos. Solo respiraciones agitadas, toses, cuerpos rendidos. Y llanto. Llanto por todas partes.

Don Zoilo se dejó caer sobre una piedra. Tenía las manos llenas de hollín, la cara surcada por las lágrimas y el polvo. El humo seguía colgando en el aire como una sombra muda. Miraba hacia lo que quedaba del granero, y repetía, como si fuera un rezo perdido:

—La cosecha... la cosecha...

Nadie le respondía. Todos sabían lo que significaba. No era solo el maíz, ni el trigo, ni los animales. Era el trabajo de todo un año. El pan de todo un invierno. La dignidad de una familia.

El abuelo se acercó. No dijo nada. Le puso una mano firme en el hombro. Y así se quedaron. Juntos. En silencio. Viendo cómo el humo se deshacía en el cielo, llevándose pedazos de algo que nadie sabía cómo reconstruir.

Constanza lo miró. Y por primera vez entendió lo que era estar. Estar de verdad. Sin promesas. Sin consuelo. Solo con presencia. Con manos dispuestas.

Y ese fuego, que todavía ardía adentro, ya no la quemaba. La sostenía.

A las cinco y media, como si no le importara que el mundo hubiese ardido la tarde anterior, el pájaro desquiciado volvió a gritar en la ventana de Constanza. Un chillido agudo, desproporcionado,

como si estuviera burlándose del silencio de todo lo que había quedado en cenizas.

Ella abrió un ojo y, aún entre las sábanas, se preguntó sin moverse:

—¿Por qué hace eso todas las mañanas, en mi ventana nada más?

Cuando llego a la cocina, le pregunto lo mismo a su abuela.

—Preguntale a tu abuelo. Y se reía por dentro.

Pero el abuelo no estaba en la cocina. A esa hora, ya había ido al galpón. Desde la ventana, Constanza lo vio entre las sombras, revolviendo herramientas, cortando tiras de alambre, clasificando maderas, llenando tachos con maíz. Cada cosa tenía un destino. Nada podía sobrar. Todo le servía a alguien que lo había perdido todo.

En un rincón, había cargado dos tachos con maíz para las gallinas, dos fardos de alfalfa para los animales que habían sobrevivido, y una caja con herramientas varias: un serrucho, un martillo, clavos, sogas, una pala de punta, una lona, tres botellas de plástico con aceite usado. Todo servía. Todo iba a encontrar utilidad.

A las seis y media, entró a desayunar, con la ropa transpirada y las manos negras.

—Vamos a llevarle unas cosas a don Zoilo —dijo, mientras se servía mate cocido—. Si tenés suerte, capaz lo ves a Tomás por allá.

Constanza sonrió sin mirarlo. Se le calentó la cara, pero no dijo nada. Sólo asintió y fue hacia donde Irma ya amasaba con fuerza.

—¿Querés ayudarme con los pastelitos?

—Sí. ¿Cuántos?

—Cuatro docenas. Son muchos en esa casa. Y el fuego se llevó todo.

El aire de la cocina se llenó de olor a carne frita, cebolla, orégano. Mientras armaban los pastelitos, los acomodaban en bandejas y los envolvían en repasadores húmedos, Constanza sintió que cada pliegue, cada borde, tenía el sabor de algo más grande que el hambre.

Cuando llegaron a la finca de don Zoilo, no eran los primeros. El camino estaba lleno de camionetas, tractores, carros, hasta un par de bicicletas con canastos. Se hacía fila para bajar cosas. Nadie se empujaba. Nadie discutía. Había un orden extraño, como el que nace solo cuando todos sienten lo mismo.

Algunos traían animales prestados, chapas, bolsas de cemento, leña seca, bebederos, tambores viejos con agua, madera apilada, bolsas de alimento balanceado, incluso un somier. Las mujeres bajaban guisos, tortas, panes. Nadie se iba sin dejar algo. Nadie miraba el reloj.

Toda la familia estaba en la entrada. Los cinco hijos de don Zoilo, sus nietos, las nueras. Con los ojos cansados, las manos grises, los labios partidos. Don Zoilo no hablaba. Solo abría los brazos y lloraba. A cada persona que llegaba, le decía lo mismo:

—No puedo pagarles esto... ¿Con qué? ¿Con qué?

Y lo repetía una y otra vez, como si el dolor necesitara una excusa.

Cuando llegó el turno de Don Ernesto, cargando el último fardo, lo miró a los ojos antes de que pudiera decir una palabra.

—Mirá, viejo —dijo con ese tono seco, llano, que no deja lugar a réplica—. A mí no me vengas con que me tenés que pagar algo. Todos acá estamos ayudando porque lo sentimos, no como un

deber... sino como un instinto. Algo que sale de adentro del pecho. Que si no lo sacas, te mata.

Hizo una pausa. Zoilo lloraba en silencio.

—Y me juego mi mano derecha —dijo Ernesto, sin aflojar la mirada— a que vos harías lo mismo por cualquiera de los que está acá.

Don Zoilo no pudo sostenerlo. Se le aflojaron las rodillas. Alguien lo ayudó a sentarse. Lloraba con la cabeza gacha, sin escándalo. Como lloran los hombres del campo, cuando lo que pierden no es una cosa, sino una vida entera de trabajo.

Constanza lo miraba todo sin pestañear. El nudo en la garganta no la dejaba hablar. Sentía algo que nunca había sentido: una mezcla de orgullo y pertenencia, de amor hacia su abuelo y hacia todos esos desconocidos que daban sin pedir nada a cambio. Allí, entre palas, fardos, chapas y lágrimas, algo en su corazón se acomodó.

Ernesto, con el rostro empapado en sudor, se acercó a Zoilo una última vez.

—Sé que no tenés dónde ordeñar esa vaquita que te quedó. La que sacaron de atrás del galpón.

Zoilo asintió, sin levantar la cabeza.

—Te la llevo a casa. La cuido yo. Hasta que te repongas. Allá tiene sombra, agua y pasto. Y esta nieta mía —dijo, señalando a Constanza— tiene unas manos mágicas. Mejor que las mías.

La cargaron entre los dos, sin decir mucho más. La vaca no se resistió. Como si supiera. Y cuando la F100 volvió a encenderse, y tomaron el camino de regreso, Constanza iba sentada en la caja, al

lado del animal. Mirando hacia atrás, hacia esa casa semidestruida, pero rodeada de gente. Gente que estaba.

Sin cámaras. Sin aplausos. Sin likes. Sin seguidores.

Solo gente que estaba.

Y en ese instante, lo supo: ya no quería volver a su mundo de antes. Porque acá, aunque el fuego arrasara todo... siempre había alguien que tocaba la campana. Y otro que respondía.

Esa mañana el sol salió despacio, como si el cielo también supiera que el verano se estaba acabando. El gallo, puntual, volvió a cantar a las cinco y media, y el mismo pájaro loco de siempre se posó en la ventana de Constanza para gritarle al vidrio como si se tratara de una ofensa personal.

Ernesto ya estaba despierto. En la cocina, revolvía el mate cocido mientras pensaba en la vaca de don Zoilo. La única que había quedado con vida después del incendio. Se la había traído hacía unos días, y desde entonces dormía bajo el alero del galpón, al lado de las suyas, pero se notaba la diferencia. Flaca, con las costillas marcadas, con la mirada caída como si también estuviera de luto.

—Hoy vas a darle el doble de alimento —le dijo a Constanza apenas entró a la cocina, aún medio dormida—. Está más flaca que las nuestras. No le alcanza.

Ella asintió sin discutir. Cargó los tachos y fue hasta el corral. La vaca de don Zoilo ni se movió. Comía despacio, como si no tuviera ganas. Le acarició el lomo y le habló bajito. Se estaba acostumbrando a esos rituales. Ya no le parecían raros. Eran parte de ella.

Alrededor del mediodía, cuando el calor empezaba a pegar en serio, una camioneta vieja se detuvo en la entrada. Era Tomás. Bajó

con el pelo mojado, como si se hubiera bañado a último momento, y una camisa de cuadros prolijamente metida dentro del pantalón. Tenía las manos juntas, como si llevara algo invisible entre los dedos.

Ernesto lo recibió en la galería. No hizo falta preguntar.

—¿Qué necesitas, m'hijo?

—Vine a pedir permiso —dijo, bajando la vista—. Para invitar a cenar a Constanza. Sé que le queda menos de una semana. Y bueno... quería despedirme de ella.

El abuelo lo miró serio, pero con respeto.

—Está bien que lo pidas.

En ese momento, se oyó la voz de Constanza desde el galpón.

—¡Abuelo, ya ordeñé!

—¿Cuánta leche dio la de Zoilo? Gritó.

—Apenas una lecherita... la de cinco litros. Y un poquito más que saqué en otra, pero casi nada.

Ella llegó hasta la casa y vio a Tomas, se sorprendió.

—Hola! ¿Qué haces acá?

—Te vine a invitar a cenar esta noche, ¿Querés venir conmigo?

—Sí...claro....

—A las 9 paso por vos.

Ernesto suspiró. Se rascó la barba, pensativo. Luego miró a Tomás.

—Subite a la camioneta. Vamos a llevarle la leche a Don Zoilo.

Cargaron dos lecheritas más y una docena de huevos frescos. Al llegar a la finca de don Zoilo, la familia estaba almorzando bajo el alero. Hacía calor, pero nadie se quejaba. Cuando vieron llegar la F100, se levantaron. Zoilo caminó hacia ellos con paso lento. Al ver las tres lecheritas, frunció apenas el ceño. Sabía lo que daba su vaca. Dudó. Pero no dijo nada. Por respeto.

Ernesto le puso una mano en el hombro.

—Vos no digas nada. La leche siempre encuentra su camino. Y esto no se pesa ni se cobra. Se da.

Don Zoilo asintió, tragando saliva. Se quedó ahí, mirando cómo descargaban, con los ojos llenos de una gratitud que ya no necesitaba palabras.

Esa tarde, en la cocina, mientras ayudaba a Irma a lavar las verduras para la cena, Constanza estaba más callada de lo habitual. El vapor del agua tibia subía lento, y las gotas se deslizaban por el borde del balde como si también quisieran quedarse.

—Abuela...

—¿Sí?

—No quiero irme.

Irma la miró de reojo, sin dejar de pelar.

—¿Y por qué pensás que te vas?

—Porque... ya casi es marzo. En unos días tengo que volver. A la escuela, a mi casa, a mi mamá. Pero siento que... no sé. Como si allá no fuera ya mi lugar.

—¿Y acá sí?

—No lo sé. Pero acá... soy otra. Me siento parte. Hago cosas. Siento cosas. Es como si... si yo misma me entendiera mejor.

La abuela apoyó el cuchillo en la tabla. Se limpió las manos en el delantal y se acercó. Le levantó la cara con suavidad, como cuando era chica.

—Hay lugares que nos despiertan. Y hay otros que nos adormecen. El campo no es para todos, pero vos tenés algo que hace raíz acá. Lo vi el primer día que recogiste huevos sin romperlos.

—¿Y entonces?

—Entonces no tengas miedo de volver y sentir que te falta algo. Porque lo que se despierta, no se duerme más. Y lo que se ama... aunque esté lejos, no se olvida.

Constanza la abrazó. Se quedó así un rato, con la cara hundida en su hombro, sintiendo el olor a pan, a leña, a campo.

—¿Qué me pongo para la cena con Tomás?

—Algo limpio. Y vos. Con eso basta.

Y por primera vez en días, Constanza se rio con ganas. Pero sabía —muy en el fondo— que cada risa que venía... ya traía un poco de despedida.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

LA ÚLTIMA CENA

La camioneta apareció entre la polvareda justo cuando el sol empezaba a caer. Era la del padre de Tomás, una Ford modelo viejo, oxidada en los bordes, con los asientos deshilachados. Pero brillaba. Literalmente. El parabrisas relucía, la pintura había sido frotada hasta que no pudo dar más, y los neumáticos estaban recién inflados. Constanza lo notó enseguida. Había algo en el modo en que la había preparado, como si el viaje fuera más importante que el destino.

Tomás bajó con una camisa limpia, los zapatos de domingo y una sonrisa que le temblaba en la comisura. No dijo mucho. Sólo le abrió la puerta del acompañante, sin mirar, y esperó.

Ella subió en silencio, con un vestido liviano que Irma había planchado con esmero. En el asiento, olía a jabón blanco. En el aire, a nervios.

Llegaron a la casa de Tomás, una construcción sencilla, rodeada de gallinas y silencio. Su padre no estaba. Todo era para ellos. En el fondo, bajo un árbol torcido por los años, había una mesa de madera con dos sillas distintas. Una tenía un almohadón. La otra, flores silvestres sobre el respaldo. Todo improvisado. Todo cuidado.

—¿Te molesta si cocino adelante tuyo? —preguntó él, con las manos detrás de la espalda.

—Me encanta —respondió ella, sincera.

Entonces lo vio: amasaba pan sobre una tabla, con los codos bien pegados al cuerpo, como quien hace algo sagrado. El horno estaba encendido desde temprano. La masa crecía bajo el repasador. A un costado, tenía un pollo ya limpio, con limón, ajo y orégano sobre la tabla.

—¿Te gusta el ajo? —preguntó, de golpe.

—Me encanta —dijo Constanza, y se rieron juntos. Esa risa les soltó algo.

El pan fue al horno. El pollo a la parrilla. Él no se apuraba. No hablaban mucho. Pero cuando se miraban, era como si las palabras ya hubieran sido dichas. En algún rincón del aire. En los días pasados. En lo no dicho.

Cenaron con las manos. Él sirvió en platos desparejos. Había agua con rodajas de limón en una jarra de vidrio. Y una vela encendida, clavada en una botella vacía de vino. No era romántico. Era real. Era de verdad.

Después de comer, se quedaron en silencio. Ella jugaba con las migas. Él con el borde de la servilleta.

—Quería decirte algo —dijo de repente.

Ella lo miró. El corazón le dio un salto.

—No sé si esto que siento es amor —dijo él, sin levantar la vista—. Porque nunca estuve enamorado. Nunca estuve con una chica.

Hizo una pausa. Ella no se movía.

—Pero pienso en vos todo el día. Y no es que quiera. Me pasa. Cuando te veo, todo me tiene sentido. No sé cómo se llama eso, pero... es lo que siento.

Constanza tragó saliva. No sabía qué decir. Pero tampoco hacía falta.

—Yo también pienso en vos —dijo—. Todo el tiempo.

Y ahí se quedaron. Sin hablar. Con las manos juntas sobre la mesa. Los dedos apenas rozándose.

Fue él quien se inclinó. Despacio. Sin apuro. Y le dio un beso. No un beso de película. No un beso aprendido. Un pico. Rápido. Inocente. Como una flor que se abre y se cierra sin hacer ruido.

Ella sonrió. Le apretó la mano. Y se la quedó mirando, como si no pudiera creer que eso que estaba sintiendo... le estaba pasando de verdad.

Volvieron en la camioneta con las luces bajas. La luna les iluminaba el camino. Constanza se recostó en su hombro. Él manejaba con una sola mano, lento, cuidando cada pozo. No hablaban. Solo el viento.

Cuando llegaron a la casa, eran las once y media. En la galería, bajo la campana, estaban sentados Irma y Don Ernesto. Tomaban mate, en silencio. Como si los hubieran estado esperando sin esperar.

—Buenas noches —dijo Tomás, bajando primero.

—Buenas noches, m'hijo —respondió el abuelo, sin moverse.

Constanza bajó después. Lo abrazó a Tomás con fuerza. Le dio otro beso en la mejilla, corto, pero más largo que un segundo. Luego lo soltó. Él subió a la camioneta y se fue.

Ella se quedó quieta unos segundos. Mirando el portón por donde había desaparecido.

Luego se giró. Caminó hasta la galería. Y antes de subir los escalones, se le quebró la voz.

—Abuela...

Irma ya estaba de pie. La recibió con los brazos abiertos. Constanza se le colgó del cuello como cuando era chiquita, y por primera vez, lloró. No de tristeza. Ni de alegría. Lloró por todo junto. Porque el verano se terminaba. Y el amor, tal vez, recién empezaba.

Ernesto, seguía sentado, con media sonrisa en el rostro, sabiendo todo lo que había pasado, como si alguien se lo hubiera contado.

Desde adentro de la casa se oía el llanto de Constanza. Un llanto apagado, tierno, que salía como un hilo desde el fondo del pecho. Estaba sentada en la cama, aferrada a la cintura de Irma como si fuera el último refugio posible.

—No me quiero ir... no me quiero ir...

La abuela la sostenía con firmeza y con amor. No decía “ya va a pasar”. No decía “tranquila”. Solo la abrazaba, la envolvía. La dejaba llorar como se llora cuando una parte del alma empieza a desprenderse.

—Contame qué pasó —susurró, cuando la vio más calma.

Y entonces Constanza lo contó todo. La cena bajo el árbol, el pan horneado por sus manos, el pollo con limón y ajo, la forma en que él preguntó si le gustaba el ajo y ella dijo que sí, y se rieron. Le habló de la camioneta vieja, brillante como nueva, de cómo la había limpiado sólo para buscarla. Le habló del beso: un pico corto, torpe, sincero. Y de cómo le temblaron las manos después. Le habló del regreso, apoyada en su hombro, del modo en que sentía que el tiempo se le escurría por los dedos.

—No me quiero ir, abuela. Me cuesta respirar sólo de pensarlo.

Irma la escuchó, con los ojos húmedos y una ternura que no le cabía en el cuerpo.

—Entonces hace una cosa, mi amor. Disfrutá estos dos días que te quedan. Completitos. Sin pensar. Mañana, tipo diez de la mañana, va a venir Tomás. A buscarte.

—¿Cómo sabés? —preguntó Constanza, en voz baja—. Si no quedamos en nada...

—Yo sé. Haceme caso. Levantate temprano. Hace la tarea como todos los días. Las gallinas, la vaca, el maíz. Estate lista. Yo voy a tener preparadas unas sopaipillas. No sé si es una despedida... o algo más lindo todavía. Pero va a venir. La mañana siguiente amaneció clara. El gallo cantó con una convicción salvaje. El pájaro de la ventana volvió a gritar como si anunciara un milagro. Constanza se levantó sin que la llamaran. Sacó los huevos del gallinero, limpió el patio, alimentó a todos los animales y se bañó sin que nadie se lo pidiera.

La vaca de don Zoilo la miró con ojos mansos mientras la ordeñaba. Dio casi diez litros. Buena señal. A las nueve y media ya estaba lista. Ropa limpia, pelo suelto, manos secas. Irma amasaba sopaipillas en la cocina y fingía no mirar el reloj. Pero lo miraba.

A las diez y cuarto, se escuchó la bocina. Una sola. Corta. Respetuosa.

Era la camioneta de Tomás.

Ella salió y lo vio bajar. Camisa azul, mirada baja, flores silvestres en la mano. No habló. Se acercó lento. Ella también.

—¿Querés salir a dar una vuelta? —preguntó él.

—Sí.

No dijeron más. Subieron a la camioneta. Él abrió la puerta como la vez anterior. En el asiento había una mantita doblada. En la caja, una canasta tapada con un repasador.

—¿Adónde vamos?

—A donde no haya nadie —dijo él.

Fueron hasta un claro, al costado del arroyo seco. Se sentaron sobre la manta. Sacó pan, queso, y una botella de vidrio con limonada casera. Las sopaipillas estaban tibias. Las había puesto Irma, sin decirlo. Comieron en silencio, como se come cuando las palabras estorban. Después, él la miró.

—No sé cómo va a ser cuando no estés.

—Yo tampoco.

—Pero estos dos días... los voy a guardar como si fueran una vida entera.

Ella sonrió. Lo tomó de la mano. No hubo besos. Solo el roce de los dedos. Y la certeza de estar vivos en ese instante.

Cuando regresaron, eran casi las doce. Don Ernesto los vio llegar desde la galería. No dijo nada. Sólo miró.

Ella bajó, con la cara encendida y el corazón desbordado.

—¿Estuvo lindo? —preguntó Irma, sin dejar de amasar.

—Fue perfecto.

—Entonces mañana... mejor.

—¿Qué hay mañana?

—Mañana es todavía tuyo. Y eso ya es mucho.

La tarde se le hizo eterna. El tiempo no pasaba más. Se había detenido.

No pegó un ojo en toda la noche. Daba vueltas en la cama, con la mirada fija en el techo, en la nada. Había algo en el silencio que le pesaba, como si todo lo vivido ese verano quisiera instalarse de golpe en su pecho. Se levantó a las cuatro y media, descalza, en puntas de pie, y salió al patio envuelta en una manta. El cielo todavía era una sábana negra salpicada de estrellas. El aire, espeso y tibio. Pensaba en su llegada, en todo lo que detestaba del campo, en la idea de contar los días para irse. Y ahora, sin saber cómo, los estaba contando al revés, deseando que fueran más.

Pensó en Micaela. En lo mucho que le enseñó sin siquiera intentarlo. En su risa. En su silencio. En su “hoy fue mi mejor día”. Pensó en el fuego, en los vecinos formando una cadena humana. En su abuelo, mojando una frazada y corriendo hacia las llamas como si tuviera veinte años. En Don Zoilo llorando con las manos vacías. En su abuela amasando empanadas a las seis de la mañana. Pensó en Tomas. Y ahí, en ese pensamiento, se detuvo.

Recordó su voz insegura, sus manos firmes, su mirada esquiva y honesta. El pan recién horneado. El pollo con limón. El beso. Ese beso breve, torpe, que se sintió como una semilla cayendo en la tierra exacta.

De pronto, algo se movió en la oscuridad. Una figura cruzó el patio. Constanza se quedó quieta, observando desde la sombra de la galería. Era su abuelo. Caminaba despacio, con una bolsita en la mano. Se acercó a la ventana de su pieza, vació un puñado de maíz molido en el suelo y se fue en silencio, sin mirar atrás.

Minutos después, el gallo apareció como invocado. Picoteó con entusiasmo, alzó la cabeza, y a las 5:30 exactas, lanzó su canto agudo,

estridente, triunfal. Constanza se tapó la boca para no reír a carcajadas. La imagen de su abuelo alimentando al gallo en secreto explicaba todo. El misterio, la puntualidad absurda, el ritual.

No volvió a la cama. Buscó la harina, el agua tibia y la grasa. Amasó en la cocina mientras el cielo comenzaba a clarear. Acomodó la mesa con loza despareja y pan caliente. Preparó mate cocido. Cuando la abuela entró, frotándose los ojos y atándose el delantal, se la encontró con las manos en la cintura, sonriendo.

—¿Qué hacés levantada tan temprano? —preguntó, con la voz aún dormida.

—Adiviná quién alimentó al gallo en mi ventana a las cinco de la mañana —dijo Constanza, guiñándole un ojo.

Irma subió las cejas.

—¿Cómo sabés eso?

—Lo vi. Tiró maíz molido en la ventana de mi pieza.

—¡Ernesto! —gritó, sin enojo, más bien con esa mezcla de ternura y regaño que sólo ella sabía usar.

El abuelo, que justo entraba con la radio portátil bajo el brazo, soltó una carcajada que hizo temblar las tazas.

—¡Es para que no se te peguen las sábanas, dormilona! —dijo, dándole un beso en la frente a Constanza.

Desayunaron los tres juntos por última vez. Compartieron pan y sonrisas, sin hablar mucho, como si todos supieran que no hacían falta las palabras.

Después, Constanza hizo su rutina como cada mañana. Alimentó a las gallinas, revisó los bebederos, llevó pasto fresco a los

caballos. Se despidió de cada uno en silencio, como si los animales también supieran que algo terminaba.

A las 10 en punto, la camioneta apareció por el callejón. Era la misma que Tomás había limpiado con esmero días antes. Traía el pelo peinado, una camisa que parecía recién planchada, y el corazón latiéndole en la garganta. Bajó, saludó al abuelo con un apretón de manos firme.

—Don Ernesto... ¿le puedo robar a Constanza un ratito? —preguntó, con la mirada baja.

—¿Otra cena? —preguntó Ernesto, serio, pero con la comisura de los labios doblada hacia arriba.

—No... Quería... Quería despedirme.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

LA DESPEDIDA

Tomás se paró frente a ella, sin saber por dónde empezar. Tenía las manos frías a pesar del sol, y el corazón le latía tan fuerte que temía que se le notara en el cuello. Se pasó la lengua por los labios, respiró hondo, bajó la mirada. Los cordones de sus zapatillas estaban sucios de tierra roja.

—Yo no sé si esto está bien —empezó, apretando los puños dentro de los bolsillos—. Pero... no me lo quiero guardar más.

Constanza lo miraba, en silencio. Tenía una miga de pan en la comisura de los labios, y el delantal seguía blanco de harina. Había algo en sus ojos, entre la ternura y la duda, como si presintiera lo que venía y no supiera si quería escucharlo o detenerlo.

—Desde esa tarde en el arroyo... no dejo de pensar en vos —dijo él, con la voz apenas temblorosa, como si cada palabra le costara trabajo físico—. Es como si... no sé... como si algo se me hubiera metido en el pecho y no me dejara en paz. No puedo trabajar tranquilo, no puedo dormir igual. Estoy haciendo un alambrado y me olvido los guantes, riego la huerta y me quedo quieto mirando las nubes. Mi viejo me gritó el otro día porque me pasé con la motosierra... estaba pensando en vos.

Hizo una pausa. Constanza no hablaba, pero tampoco lo interrumpía. Sólo lo escuchaba con los brazos cruzados, no como defensa, sino como si tratara de contener algo.

—No sé si esto que siento es amor. Nunca me enamoré antes. Nunca tuve una novia. Nunca... —se rascó la nuca, incómodo—. Pero sé que cuando te veo, me pasa algo. Se me aprieta la panza, me dan ganas de quedarme quieto al lado tuyo, aunque no hablemos. Como ese día que fuimos a llevar la leche y no dijimos casi nada, pero... no sé, me sentí completo. Como si no me faltara nada.

La voz le falló un segundo, pero tragó saliva y siguió.

—Y ese beso que me diste... ese pico, aunque haya sido un segundito... fue como si todo el cuerpo me dijera “esto es”. Y desde entonces, es como si no pudiera pensar en otra cosa. Me parece que el mundo se acaba, y que yo ni siquiera empecé a vivir.

Constanza bajó la vista un momento, pero no habló. Se mordió el labio. No sabía si llorar o sonreír.

—No te voy a prometer nada, porque no sé prometer —agregó él—. No sé si esto va a durar, si te voy a gustar siempre, o si el verano que viene vas a volver... pero yo voy a estar acá. Y si volvés... si te dan ganas de venir... yo te voy a esperar. Capaz no como en las novelas, con flores y todo eso, pero... con el corazón abierto. Porque todos estos días, todas estas charlas, esas miradas, esas caminatas... yo las voy a guardar. Como un recuerdo que se lleva en el pecho. De esos que no se olvidan nunca.

Y ahí se quedó, mirándola. Esperando. Con miedo, con el alma expuesta, con los pies firmes en la tierra, pero el alma flotando en el aire.

Constanza lo miró unos segundos largos. No sabía si abrazarlo, si llorar, si salir corriendo y dejar que se le pasara la emoción sola. Tenía un nudo en la garganta que no era tristeza, pero tampoco alegría. Era como si todo lo que había vivido ese verano se le

hubiera juntado ahí, en ese instante, como una canción que termina y no sabés si volver a ponerla o dejar que siga el silencio.

Se acercó un paso. Muy despacio.

—Sos tan tierno que me duele —le dijo, con la voz bajita, como si se hablara más a sí misma que a él.

Él frunció un poco el ceño, confundido, pero no dijo nada.

—No sé cómo explicarlo —siguió—. Este verano fue... distinto. Al principio, yo no quería venir. Me pareció una condena. Pero ahora... me duele irme. Me duele más de lo que pensé que me podía doler algo. Y no es solo por vos. Es por todo. Pero vos sos parte de eso.

Tomás respiraba sin moverse, como si cualquier gesto pudiera romper el momento.

—A mí también me pasa eso —dijo ella, mirándolo directo a los ojos—Lo que contaste... de que te sentís raro, distinto, que no sabés lo que te pasa... bueno, a mí también. Es como tener cosquillas en el pecho todo el tiempo. Como si algo se estuviera despertando y no supiera todavía cómo caminar.

Ella estiró la mano y le acomodó un mechón de pelo que se le había caído sobre la frente. Él se quedó inmóvil, como un potrillo que no sabe si debe correr o quedarse.

—Y ese beso... —dijo Constanza, sonriendo apenas—. Ese beso chiquito, torpe... me lo guardé. Lo tengo acá —y se tocó el corazón, suavemente, con la yema de los dedos—. Es el primero que no quiero olvidar.

Tomás tragó saliva. Le temblaban los labios.

—Yo no te puedo prometer nada tampoco —continuó ella—. Porque mi vida está lejos, y la tuya está acá. Pero vos estás en mi historia, Tomás. Ya sos parte. Me hiciste reír, me hiciste pensar, me hiciste sentir cosas lindas. Me hiciste bien. Y eso... eso no se borra.

Tomás bajó la mirada, emocionado.

—Y si el verano que viene vuelvo —agregó ella, con una sonrisa luminosa, frágil pero decidida—, no va a ser para ver a los caballos. Va a ser para verte a vos. Y entonces lo abrazó. Fuerte. Con el cuerpo entero, como quien no quiere irse, como quien se queda un poco en el otro para que la distancia no duela tanto.

Tomás se quedó quieto, como si su cuerpo no pudiera entender lo que acababa de escuchar. El corazón le latía tan fuerte que casi no podía pensar. Pero sí sentía. Y eso le bastaba.

—Me da miedo que cuando te vayas te olvides de mí —dijo en voz baja, sin mirarla del todo—. Capaz conocés a alguien en tu ciudad, uno que sepa hablar mejor, o que tenga cosas lindas para decirte. Yo... yo no sé hacer esas cosas.

Constanza negó con la cabeza despacio.

—Yo no quiero alguien que sepa hablar. Quiero alguien que me mire como vos me mirás. Que me escuche como vos me escuchás. Que se ría conmigo por pavadas. Que me regale una flor sin saber si está bien o mal. Y eso sos vos, Tomás. No lo cambies nunca.

Él sonrió apenas, y bajó la mirada, como si no supiera qué hacer con tanta ternura.

—¿Y si no volvés? —se animó a preguntar, con un hilo de voz.

—Entonces... vas a tener que seguir siendo vos. Y vas a encontrar a alguien que vea lo que yo vi. Y cuando eso pase, vas a

entender que no fuiste mi amor de verano. Fuiste mi primer amor. Y eso no se olvida.

Tomás se mordió el labio, emocionado. Se inclinó hacia ella, sin apuro, sin certeza. Esta vez no fue un pico. Fue un roce lento, suave, tímido, pero decidido. Un beso que no pedía nada, que no prometía nada. Un beso que decía gracias.

Detrás de la ventana de la cocina, Ernesto e Irma miraban sin ser vistos. El viejo tenía la radio apagada sobre la mesa, y los brazos cruzados. Irma lo miró con los ojos húmedos, y le apoyó una mano en el brazo.

—Hicimos un buen trabajo, viejo —susurró, como si no quisiera romper el hechizo.

Ernesto no respondió. Solo asintió, con esa sonrisa diminuta que se le formaba en la comisura de los labios cuando algo lo conmovía más de la cuenta.

Afuera, el sol empezaba a trepar por los árboles. Una hoja cayó entre ellos dos. El mundo no se detuvo. Pero para Tomás y Constanza, por un instante, lo pareció. Y cuando él subió a la camioneta, y cerró la puerta despacio, como si no quisiera hacer ruido, ninguno dijo adiós.

Porque sabían que algunas despedidas no se dicen. Se sienten. Y se quedan ahí, latiendo bajito, como un verano que no se termina del todo.

Cuando la camioneta se perdió entre el polvo del camino, Constanza se quedó inmóvil. Sentía una presión en el pecho que no sabía nombrar. No era tristeza exactamente, pero tampoco felicidad. Era eso que se siente cuando uno sabe que algo se termina, aunque

no lo quiera. Apretó los labios, bajó la mirada. El silencio del campo volvió a ocuparlo todo.

Irma salió de la cocina sin hacer ruido. Llevaba un paquete en las manos: un cuaderno de tapas gastadas, atado con un cordón viejo, deshilachado por los años. Caminó hasta la galería y se detuvo justo bajo la campana de hierro que colgaba sobre la puerta. Se quedó ahí, mirándola.

—¿Te puedo dar algo? —preguntó, con esa voz suya que siempre sonaba serena, como si supiera más de lo que decía.

Constanza levantó la cabeza y la miró, confundida. Dio unos pasos hasta acercarse. Irma le tendió el cuaderno.

—Quiero que te lo lleves. No lo abras ahora. Guardalo en tu mochila. Y cuando un día estés sola... o sientas que necesitás hablar conmigo y no puedas llamarme, lo abris.

—¿Qué es? —preguntó Constanza, sin tocarlo todavía.

—Un recuerdo —respondió la abuela—. Uno que va a crecer con vos, si lo dejás.

La chica lo tomó con ambas manos. Pesaba más de lo que parecía. Tenía olor a madera, a papel viejo, a cocina, a casa.

—Gracias —murmuró, sin entender del todo, pero emocionada igual.

Irma la miró un momento más, sin hablar. Y luego la abrazó. Un abrazo largo, entero, sin apuro. De esos que dicen muchas cosas sin decir ninguna. De esos que no son para ahora, sino para después.

—Estoy tan orgullosa de vos, Coni —susurró al oído—. Este verano te vi crecer. Vi cómo te abriste a la vida, a la tierra, a los

silencios. Cómo aprendiste a escuchar sin interrumpir, a esperar sin enojarte, a amar sin pedir nada.

—Yo no sabía que me iba a doler tanto irme —dijo Constanza, con la voz hecha trizas.

—Eso es porque lo que viviste acá fue verdadero. Y lo verdadero deja marca. No pasa sin tocarte.

La abuela se separó apenas para poder mirarla a los ojos.

—Allá afuera te van a apurar. Te van a decir que hay que correr, que hay que ganar, que hay que ser más que otros. No les creas. Vos ya sos. No necesitás probarle nada a nadie. Todo lo que importa, ya lo tenés adentro.

—¿Y si lo olvido?

—Entonces abrí ese cuaderno —dijo Irma, tocándole suavemente la frente con un dedo—. Y te vas a acordar.

Constanza bajó la mirada, emocionada. No sabía qué decir. La abuela le levantó la barbilla con dos dedos.

—Escuchame una cosa más, mi amor. No dejes que te apaguen. Ni las noticias, ni los miedos, ni el ruido. Vos tenés algo en los ojos que no se enseña. Se nace con eso. No lo pierdas.

—Te voy a extrañar, abuela —dijo Constanza, quebrada.

—Y yo a vos. Pero no me voy a preocupar por vos. Porque te veo firme. Te veo viva. Y eso me alcanza.

La abrazó otra vez, más breve, pero no menos fuerte. Luego le acomodó el morral, le secó las lágrimas con el pulgar, y le puso el cuaderno contra el pecho, como si fuera un escudo.

—Guardalo bien. Y no lo pierdas. Porque ahí va todo lo que no sé decirte ahora.

Constanza asintió, sin poder hablar. Se limpió los ojos, tragó saliva. Quiso decirle que la quería, que le cambió la vida, que le enseñó a mirar distinto, pero no pudo. Sólo la miró con un brillo que decía todo eso y más.

Desde la sombra del galpón, Ernesto observaba en silencio. Brazos cruzados, la mirada firme, la expresión seria, pero los ojos húmedos. Cuando vio que Irma se hacía a un lado, dio un paso al frente.

Irma le hizo una seña leve con la cabeza.

—Te está esperando —le dijo, apenas en un susurro.

Ernesto caminó hacia ella despacio, con las manos en los bolsillos y la mirada fija. La sombra del galpón lo había envuelto todo el tiempo, pero ahora, bajo el sol, su silueta se recortaba firme contra la galería. Constanza lo vio venir y enderezó la espalda. Quiso decirle algo, pero se le formó un nudo en la garganta.

Él se detuvo a un paso de distancia. La miró. No sonrió. No hacía falta.

—¿Ya tenés todo? —preguntó, señalando con la cabeza el bolso y el cuaderno apretado contra el pecho.

—Sí —respondió ella, apenas audible.

—Bien.

Silencio.

El campo entero parecía escuchar.

—¿Sabés qué es lo que más me gusta de vos? —dijo él, sin moverse—. Que no sos de esas que se creen mejores por vivir en una ciudad. Llegaste con cara de “a mí no me gusta esto”, pero después te vi. Te ensuciaste las manos. Te metiste en el gallinero. Aprendiste a cebar mate como la gente. A levantar la vista cuando saludas. Eso no lo enseñan en ningún lado.

Constanza tragó saliva. No sabía si llorar o reír.

—¿Y sabés qué es lo que no quiero? —siguió Ernesto—. Que te olvides de eso. Que vuelvas allá y empieces a caminar apurada, a mirar el teléfono a cada rato, a contestar sin escuchar. Que se te borre el olor a pan, o el ruido del gallo, o la manera que tenías de mirarlo a ese chico... como si el mundo entero te entrara por los ojos.

Ella bajó la cabeza.

—No me voy a olvidar, abuelo.

Él se acercó un poco más. Sacó algo del bolsillo del pantalón. Era una lapicera vieja, de esas con cuerpo de metal y tinta azul. Tenía el clip torcido y la tapa gastada.

—Esto la usé yo durante más de treinta años —dijo—. Para llevar el cuaderno de las vacas, anotar los gastos, firmar cheques que no podía pagar, hacer listas de cosas que después no cumplía. Pero nunca se me rompió. Escribe, aunque haga frío o calor. Aunque llueva. Aunque te tiemble la mano.

Se la ofreció.

—Te la doy porque vos ahora vas a escribir otras cosas. Y porque algún día, capaz, te das cuenta de que escribir también es trabajar. No con los brazos... pero con la cabeza y el pecho.

Ella la tomó con cuidado, como si recibiera una herencia.

—Gracias... —susurró—. Es hermosa.

—No. Es útil —dijo él—. Lo hermoso viene después.

La miró un momento más. Luego, sin aviso, la abrazó. No fue largo, ni blando, ni perfecto. Fue un abrazo de Ernesto: apretado, breve, directo al hueso. Le dio dos palmadas en la espalda y se separó.

—¿Sabés una cosa más? —dijo entonces, sin cambiar el tono.

—¿Qué?

—Esa lapicera me la regaló mi viejo, cuando yo tenía más o menos tu edad. Era la única que tenía, y me la dio con una frase que no me olvido: “Si vas a escribir, que valga la pena el papel”. Yo la usé para todo. Pero lo más importante... —hizo una pausa breve, como si dudara—. Con esa lapicera le escribí todas las cartas a tu abuela cuando éramos novios.

Constanza lo miró, sorprendida.

—¿En serio?

—Nunca dejé de escribirle. Aunque estuviéramos bajo el mismo techo. A veces una palabra en papel dice más que una cena, o que un abrazo torpe.

Ella miró la lapicera con otros ojos. Como si de pronto entendiera que estaba recibiendo más que un objeto.

—Entonces... prometo cuidarla.

—No la cuides. Usala. Para eso sirve.

Ella lo abrazó otra vez, por su cuenta. Más largo. Más suave. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Te voy a extrañar, abuelo.

—Y yo a vos, mocosa.

Se separaron. Él le hizo un gesto leve con la cabeza, como una bendición muda. Luego se quedó en el lugar, con las manos otra vez en los bolsillos, mirando cómo ella se alejaba hacia la tranquera.

En la cocina, Irma la observaba desde la ventana, mordiéndose el labio, con un mate frío entre las manos.

Ernesto no se movió. Solo murmuró para sí, casi como un pensamiento suelto:

—Nos va a doler el silencio, su ausencia, esta vez...

Y el viento, suave, pareció estar de acuerdo. Fue entonces cuando se escuchó el ruido del auto doblando por el callejón. El motor familiar, la bocina corta. Constanza se dio vuelta. La madre había llegado.

El auto frenó levantando una nube de tierra seca. Apenas se detuvo, Marta bajó de golpe, sin apagar el motor. Llevaba anteojos de sol, el cabello recogido con apuro, el bolso colgando del hombro y el celular en la mano.

—¡Hola! ¡Hola! —dijo al pasar, sin detenerse demasiado. Le dio un beso rápido a Irma y un abrazo apretado y breve a Ernesto—. Perdón, llego tarde. ¡Nos tenemos que ir ya!

Se giró hacia Constanza.

—¿Estás lista? Dale, subí las cosas. ¿Dónde está tu mochila?

Constanza señaló sin hablar. Marta ya no la miraba. Tenía la vista fija en la pantalla del celular, moviendo el teléfono en el aire buscando inútilmente señal.

—No puede ser... —murmuró, irritada—. Ni una rayita acá, nada de nada.

Caminaba impaciente, levantando el teléfono en todas direcciones, girando con frustración.

—Necesitaba avisar que ya estamos saliendo. Bueno, no importa. En la ruta les mando un mensaje. Dale, Constanza, apurate que no llego. Tengo una reunión clave mañana y necesito terminar unos informes esta noche. Y no llego si no salimos ya.

Guardó el teléfono en el bolsillo con un gesto de resignación mezclado con ansiedad. Respiró profundo, mirando por primera vez a Constanza en serio.

Constanza no decía nada. Solo miraba. Miraba ese ritmo, esa urgencia. Esa forma de estar pero no estar. Esa costumbre de vivir entre pantallas, de ansiedad permanente, de órdenes encimadas. Ese mundo donde cada segundo importaba más que las personas. Alzó la mochila con una sola mano. Sintió el cuaderno de la abuela adentro. También la lapicera. Como si llevara escondido en la espalda un pedazo de otro tiempo. Uno más lento. Más humano.

Irma la abrazó una última vez. Fuerte, silenciosa. Le dio un beso en la frente y le acarició el pelo como quien despide a una hija más que a una nieta.

—Vos no te apurés tanto allá afuera, ¿eh? —le susurró.

Ernesto le palmeó el hombro con la misma firmeza de siempre.

—Y escribí algo lindo —le dijo, con la voz rasposa—. Aunque sea un par de líneas.

—Lo voy a hacer —respondió ella. Y esta vez sí, sonrió.

Se despidió con un beso a cada uno. Les regaló una última mirada. Una larga. De esas que uno guarda como fotografía.

Subió al asiento del acompañante. Marta ya estaba dentro, impaciente, abriendo y cerrando una carpeta sobre las piernas, mirando el reloj con insistencia.

El auto dio marcha atrás, giró en el callejón, y se perdió entre el polvo.

Los abuelos se quedaron quietos frente a la galería. Ernesto con los brazos cruzados. Irma con las manos juntas. No hablaban. Solo miraban.

—Pobre criatura... —murmuró ella.

Ernesto asintió, sin palabras.

Y en medio del calor del mediodía, el silencio volvió a la casa.

Pero ya no era el mismo.

Era un silencio con olor a pan, a tinta, a pasto recién cortado, y a un verano que había dejado su huella.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

MODULO REALIDAD

Muestra digital gratuita para valoración educativa.

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ

Si usted ha llegado hasta esta página, significa que acompañó a Constanza durante las dos primeras partes de *Vulnerables*: su vida atravesada por las pantallas, la exposición digital, la ansiedad, la necesidad de aprobación, la soledad emocional y ese desconcierto silencioso que muchas veces los adolescentes no logran expresar con palabras.

Esta muestra ha sido preparada especialmente para su valoración como posible material de lectura, reflexión y trabajo en el ámbito educativo. A través de una historia cercana y emocional, *Vulnerables* propone abrir conversaciones necesarias sobre problemáticas cada vez más presentes en las aulas, en los hogares y en los espacios de orientación escolar: el acoso entre iguales, el bullying digital, la dependencia del celular, la presión de las redes sociales, la baja autoestima, la ansiedad adolescente, la desconexión familiar y la dificultad de pedir ayuda a tiempo.

La novela no pretende dar respuestas cerradas ni reemplazar el trabajo profesional de docentes, orientadores, psicólogos o equipos directivos. Su propósito es otro: ofrecer una historia capaz de generar identificación, incomodidad, diálogo y reflexión. A veces, un personaje permite decir lo que un alumno no se anima a expresar

en primera persona. A veces, una escena abre una conversación que llevaba meses esperando una oportunidad.

Por eso, *Vulnerables* puede ser utilizada como punto de partida para talleres, tutorías, debates en clase, espacios de convivencia escolar, encuentros con familias o actividades vinculadas al uso responsable de la tecnología y al acompañamiento emocional de los adolescentes.

La historia de Constanza continúa en la tercera parte de la novela, donde se desarrolla el tramo final de su proceso emocional y personal. Allí la obra profundiza en las consecuencias de lo vivido, en la posibilidad de reconstruir vínculos más sanos y en la búsqueda de una identidad que no dependa únicamente de la mirada ajena.

La versión completa de *Vulnerables* está disponible en Amazon en formato tapa blanda y tapa dura.

Si considera que esta lectura puede ser valiosa para su institución, sus alumnos, sus familias o su equipo de trabajo, puede adquirir la novela completa:

- **Desde Argentina:** comuníquese directamente conmigo al correo ventas@carlosechevarria.com
- **Fuera de Argentina:** puede adquirirla a través de Amazon visitando mi sitio web, donde encontrará el botón de compra directo.

También le agradeceré profundamente si, después de leerla, deja una reseña en Amazon. Cada valoración ayuda a que el libro llegue a más docentes, orientadores, padres y adolescentes que puedan encontrar en esta historia una herramienta para mirar de frente una realidad que muchas veces sucede en silencio.

Muchas gracias por su tiempo, por su lectura y por el trabajo cotidiano que realiza acompañando a las nuevas generaciones.

Carlos Echevarría

Autor de Vulnerables

Sitio web: www.carlosechevarria.com